



JORGE BARON BIZA

El Desierto y su Semilla



En el coche que la lleva de urgencia al hospital, el rostro de Eligía se va desintegrando por el efecto del ácido. A su lado va Mario, su hijo y narrador de los hechos, que desde entonces la acompañará a lo largo del lento proceso de reconstrucción de ese rostro, sin el cual ninguna identidad sería posible, ni la de la madre ni la del hijo.

Corría el año 1964. Con el paso de los meses y las sucesivas remociones de carne muerta y cirugías, la cara de Eligía se iría transformando en un páramo, una semicalavera. Por demasía de sufrimiento, dice Mario, la realidad de Eligia —política exiliada bajo el peronismo, funcionaría de máxima jerarquía, autora del primer Estatuto Docente— ya no era convincente. El ataque había convertido su cuerpo en una sola negación, sobre la que no era fácil construir sentidos figurados, y esa imposibilidad se convertía para Mario en imposibilidad de pensar metáforas para sus sentimientos.

Una novela que expone el dolor y el horror sin paliativos al punto que parece anular el sentido humano de lo que ocurre; no hay lugar para el drama, solo queda mantener la perspectiva y dejar que operen la reconstrucción —de la carne pero también de la memoria y de la historia— y el lenguaje —ese cocoliche delicado y totalmente inventado de algunos personajes—, y que la pura facticidad, esa «pintura feroz realizada por un artista embriagado de sus poderes», se transforme en pura literatura.

«Un drama familiar, una mancha social, un escándalo lógico. Una filosofía del dolor, un tratado sobre la carne o la historia de un amor apasionado. Todo esto puede tener lugar en una novela. (...) Sin embargo, a veces una historia basada en hechos reales puede, como en el caso del libro de Baron Biza, ir más allá de un argumento impresionante, adquirir vida propia y exhibir una contundente calidad literaria (...) que convierten a esta novela en una de las mejores publicadas en los últimos años».

(Hinde Pomeraniec, *Clarín*)

A la doctora Silvia Bermann
y a mi tía con nombre de tía,
María Luisa Pando de Sabattini.

ESTÁS AQUÍ POR TI acaricia esta idea
de carne como la libertad en el vaivén de las tinieblas
no la quemes con el aire de la nostalgia
los deseos viajeros el reto de la insumisión
relampaguean no esperan te dan lo que te atreves
para que no mueras con las viejas heridas.
Estás aquí entre tus hermanos que responden
en el filo de tu audición en páginas que deshojan
la abundancia de silencio
sus bellezas te protegen a cada movimiento de tus párpados
su penuria es el enigma admirablemente propio
descífralo con esos labios separados por su línea oscura
el haz de lo sensible la descarga en los miembros
purgan tu suerte desquician tu sitio brotado de nuevo
en el espacio sin consuelo eres el invitado máximo.

[1985]

FEDERICO GORBEA

I

En los momentos que siguieron a la agresión, Eligia estaba todavía rosada y simétrica, pero minuto a minuto se le encrespaban las líneas de los músculos de su cara, bastante suaves hasta ese día, a pesar de sus cuarenta y siete años y de una respingada cirugía estética juvenil que le había acortado la nariz. Aquel recortecito voluntario que durante tres décadas confirió a su testarudez un aire impostado de audacia se convirtió en símbolo de resistencia a las grandes transformaciones que estaba operando el ácido. Los labios, las arrugas de los ojos y el perfil de las mejillas iban transformándose en una cadencia antifuncional: una curva aparecía en un lugar que nunca había tenido curvas, y se correspondía con la desaparición de una línea que hasta entonces había existido como trazo inconfundible de su identidad.

La cara ingenuamente sensual de Eligia empezó a despedirse de sus formas y colores. Por debajo de los rasgos originarios se generaba una nueva sustancia: no una cara sin sexo, como hubiera querido Arón, sino una nueva realidad, apartada del mandato de parecerse a una cara. Otra génesis comenzó a operar, un sistema del cual se desconocía el funcionamiento de sus leyes.

Quienes la vieron todos los días de agosto, septiembre, octubre y noviembre de 1964, se llevaron la impresión de que la materia de esa cara había quedado liberada por completo de la voluntad de su dueña y podía transmutarse en cualquier nueva forma, teñirse de los matices reservados a los crepúsculos más intensos y danzar en todas las direcciones, mientras, en el centro, todavía la coqueta nariz resistía por ser el único elemento artificial de la cara anterior.

Fue una época agitada y colorida de la carne, tiempo de licencias en el que los colores desligados de las formas evocaban las manchas difusas que los cineastas emplean para representar el inconsciente, en el peor y más candoroso sentido de la palabra. Esos colores iban dejando atrás toda cultura, se burlaban de toda técnica médica que los quisiese referir a algún principio ordenador.

Mientras la llevábamos del departamento de Arón al hospital —en el coche de uno de los abogados que antes de la entrevista me habían jurado que nada malo habría de ocurrir— se quitaba las ropas quemantes, empapadas. Los reflejos de las luces de neón del centro de la ciudad pasaban fugaces por su cuerpo. Al irrumpir en la calle de los cines, el semáforo nos detuvo, en tanto que una multitud zángana se paseaba

indiferente a nuestros bocinazos. Algunos seres erráticos atisbaban hacia el interior del auto, sin entender si se trataba de algo erótico o funesto. Las luces titilantes y escurridizas echaban acordes fríos sobre los cromados del auto y el cuerpo de Eligia. En el cine de la esquina daban *Irma la Dulce*, y el enorme retrato de Shirley McLaine lucía festoneado de guioncitos rojos y violetas que corrían uno detrás del otro: Shirley llevaba una pollerita corta —en aquellos tiempos caracterizaba sólo a las putas— y una cartera muy volátil.

Eligia no gritaba; se arrancaba la ropa y gemía en voz baja. Yo hubiera querido que gritase con fuerza para que algunos peatones dejaran de sonreír, estúpidos o salaces, y nos permitiesen pasar. Pero Eligia sólo gemía, con la boca cerrada, y se arrancaba sus ropas mojadas con ácido quemándose también las palmas, una de las pocas partes de su cuerpo que hasta entonces no habían ardido con la humedad traicionera. Una buena cantidad del ácido que Arón había arrojado a los ojos —porque su intención había sido dejarla ciega y con la imagen de él grabada como última impresión— pudo detenerlo ella con el dorso de sus manos, en un movimiento rápido de defensa que delató la inquietud alerta con que había asistido a la entrevista, pero las palmas se salvaron al comienzo, sólo para terminar quemándose así, durante el *strip-tease* ardoroso, en el coche que la llevaba a los primeros auxilios.

No la conocía muy bien entonces, pero siempre sentí una curiosa ternura por ella, tan aplicada, tan trabajadora, con sus vestidos sobrios, sus pedagogías. Había llevado siempre el cabello corto, como rasgo de mujer moderna y para que quedase libre el perfil de la mandíbula fuerte y la boca de labios llenos. Se había pintado siempre con un dibujo fino de *rouge* que embozaba la sensualidad de su boca. Los párpados caían en su cara originaria con un peso indolente, pero, por debajo, los ojos miraban alertas, con vivacidad. Había estado siempre orgullosa de su frente lanzada hacia arriba, que ella trataba de ensanchar aun más con el peinado.

Su rostro había sido el lugar en el que con más evidencia se manifestaron su historia, la sangre de los Presotto —pobres inmigrantes italianos— y su fe empecinada en la razón y la voluntad de saber. Pero los «siempre» de su cara se estaban esfumando.

Los dos éramos lacónicos. Durante mi niñez, la institutriz polaca se interponía en nuestra vida cotidiana. Eligia actuaba aparte, con sus estudios y su política. Pero en mi adolescencia, comprendí que no todos los vacíos podían atribuirse a la gobernanta. Ya sin ésta de por medio, cuando nos exilíamos en Montevideo y permanecí interno en un colegio alemán al que me venía a visitar algunos fines de semana, las preguntas que le dirigía quedaban suspendidas. Ella me escuchaba, por cierto, y me sonreía apenas o me miraba torciendo la cabeza, pero no contestaba o contestaba lo estrictamente necesario, o contestaba con otra pregunta: «¿Por qué no te gustan las Humanidades? ¿Te enseñan

latín en este colegio?», o «No sé». Yo recibía esas respuestas como figuras incompletas, como si algo inacabado quedase entre los dos.

Volví de Montevideo a mi país a los catorce. A los dieciocho, cuando Eligia y Arón se separaron una vez más, opté por quedarme con Arón en la capital. Por su parte, ella aceptó una cátedra de Historia de la Educación en su provincia natal, en las sierras, y a partir de entonces nos veíamos muy espaciadamente.

Estaba en el asiento delantero de un auto, gemía sin gritar, y no era por mi culpa: le había advertido que Arón se había convertido, durante los años finales, en que vivió conmigo, separada de ella más tiempo que durante los divorcios anteriores, en un ser peligroso.

Me incliné por encima del hombro suyo que daba al interior del coche para enjugarle con mi pañuelo algunas gotas de sudor o ácido, y la tela amarilleó como si el algodón se transformase en seda. Las sombras de la noche ocultaban esa mitad de su cara con un velo violeta donde relucía el blanco de su ojo, que miraba fijo a través del parabrisas buscando una meta para el viaje penoso. Cuando me recliné en mi asiento trasero, sólo pude ver de su cara, a través del espejito, el blanco de ese ojo, rodeado de sombras y fijo en un punto lejano, con una borla de color púrpura intenso en el párpado inferior, como en aquellos dibujos animados en los que se quiere representar grotescamente a un animalito que no ha dormido. El resto del sector en sombras de la cara de Eligia era un misterio que hervía bajo la oscuridad.

Después de unos momentos nerviosos, volví a inclinarme, esta vez sobre el otro hombro, el que daba a la ventanilla del auto. Pude ver así la otra mitad de su cara — iluminada por la marquesina del cine— que contrastaba, por la movilidad de las luces, con la mitad en sombras. El ojo expuesto a los brillos de neón estaba tan fijo y obsesionado con una meta lejana como su compañero de las sombras. Le susurré «ya llegamos», aunque ni ella ni yo le habíamos preguntado al abogado que conducía a dónde íbamos. Noté un amarillo espeso en el pómulos; una segunda mancha del mismo tono, en el entrecejo, próxima al límite de las sombras, y que con toda probabilidad se propagaría al otro lado, el de la oscuridad. El resto de la media cara en luces se componía de tonalidades de púrpura muy diferenciadas entre sí.

Me bajé para abrir la multitud. No lo conseguí. Cuando miré al interior del auto a través del parabrisas tuve la primera visión completa de las transformaciones en Eligia. Las dos mitades se ensamblaron: el silencioso violeta, por un lado, y los estridentes púrpuras y amarillos, por el otro. Vi también los dos ojos bien abiertos, y subrayados por las ojeras inflamadas. Pero lo que no había podido apreciar desde mis anteriores perspectivas parciales era la boca, que, tanto en el sector de sombras como en el de luz, se había teñido de un tono magenta; en los labios no regía, por un curioso efecto, el

límite entre la mitad en luces y la mitad en sombras. El magenta de la boca se internaba en la zona violeta con la misma intensidad con que se destacaba en la zona policroma, y los labios aparecían dotados de un resplandor propio. Recordaba, por lo ancha y colorida, la boca de los payasos, aunque la de Eligia permanecía inmóvil.

En la clínica le dieron un calmante y dejó de gemir. Se la llevaron a la sala de primeros auxilios y me invitaron con un whisky en la minúscula, aséptica cafetería. Cuando pedí el tercero, me miraron de mal modo en lugar de alegrarse porque les había caído un buen parroquiano; los otros los tomé en el bar de la esquina. Siempre hay cerca de las grandes clínicas algunos bares que sirven de límites entre el desinfectante y el hollín; fronteras en los que, a los horrores de la vida que nos han empujado hasta allí, oponemos los horrores que nosotros mismos hemos cultivado con empeño. Todo esto lo supe después.

Durante cuatro meses volví todos los días a ese bar, varias veces por día, pero nunca pude entablar conversación con nadie. Allá no pude —en ciento veinte días— hacer avances sobre ninguna de las enfermeras y mucamas que se citaban con sus amigos para escapar del ámbito de la clínica. Me resulta difícil establecer si nadie quería hablar conmigo por alguna reciente cualidad que oscurecía mi persona, o si era yo quien rechazaba ese lugar en el que practicantes y enfermeras se besaban después de tapar una cara con una sábana.

Regresé a la guardia a las dos horas. Eligia dormitaba con un gesto de perplejidad. De tanto en tanto emitía un estertor profundo, involuntario, cansado de sí mismo. Le pregunté qué necesitaba: «Nada. Cuidáte», suspiró.

Sobre Arón no hizo ningún comentario. Las quemaduras se fueron oscureciendo hacia un púrpura muy señorial, grandes zonas centrales en las que una materia grave se espesaba. Más allá del púrpura, circulaba por los límites de las quemaduras un amarillo tenue y escaso ante la imponentia del color central. El dolor agitaba signos para conquistar su autonomía en el cuerpo de Eligia, como el placer seguramente también se había independizado en tiempos mejores. Pero en tanto que los placeres de Eligia habían actuado en su cuerpo con desenvoltura y claridad, el dolor llegaba con torpeza, y no sabía o no quería separar claramente las partes sanas de las partes quemadas: mezclaba lo intacto con lo herido para ostentar mejor —por confusión— los daños que producía.

A la mañana siguiente, ya instalados en un cuarto del sanatorio, un familiar me dijo que la policía había forzado la puerta del departamento de Arón y lo había hallado con un balazo en la cabeza: «¡Mejor! No tenía carácter para estar preso», comentó.

—Mira que estuvo adentro muchas veces.

Yo era el único que había vivido con Arón durante sus últimos años y sabía que este final era inevitable. Mientras moraba con él, sentí rechazo por sus violencias, cada día mayores, y sus novelas, que yo consideraba cursis —ni siquiera intenté leer la última, que escribió poco antes de matarse— pero también sentía de manera inevitable cierta admiración por su coraje en la pelea, su disposición a jugarse entero, hasta la vida, en cualquier momento. Todos hablaban con respeto de su proverbial temeridad, incluso los que habían sufrido sus furias. Cuando me dijeron que se había suicidado, tuve un gesto equivalente a la reverencia por el guerrero caído en su ley, aunque estaba horrorizado por su agresión. También me invadió la pregunta que nos asalta siempre cuando se suicida alguien que conocemos bien: hasta dónde y cómo fuimos cómplices. Me obligué a abandonar esa inquietud en seguida; intuí la amenaza del ejemplo, la idea sencilla y equilibradora de una corrección con otro balazo.

No yo: al irme a vivir con Arón aprendí a conocerlo mejor que en los años anteriores, de constantes mudanzas, reconciliaciones y nuevos alejamientos de la pareja. En nuestros últimos cuatro años empeoró día a día. Mi desprecio se volvió más intenso, pero se deslizaba siempre sobre un fondo de asombro. Decidí rehacerme por oposición, ser todo lo contrario: nada de violencia, nada de resentimiento, nada de ira. Como no me sentía un santo, practiqué la apatía desde muy temprano.

Después de la visita del familiar a la clínica, llegó a nuestro cuarto el médico jefe. Tenía un falso aspecto enérgico. Se sentó en una silla y contempló en silencio y muy largamente a Eligia, que le devolvía breves miradas esperanzadas. El doctor ejerció primero una contemplación pasiva, enfundado en su guardapolvo almidonado y con iniciales bordadas. Finalmente, sus ojos se cargaron de preguntas imperiosas, como si quisiera extraer un sentido de ese paisaje de dolor y no lo consiguiese.

—¿Cómo funciona su estómago? —preguntó, mientras escrutaba la planilla adherida a una tabla de madera que le ofrecía una enfermera.

Por el efecto de los calmantes, Eligia le respondió con voz pastosa, pero firme.

—Bien.

—Es muy importante. Hay que cuidarlo mucho. Es allí donde se forman las sustancias nutritivas que van a reparar el daño... Yogures más abundantes, licuados de fruta, y suplementos de vitaminas —agregó dirigiéndose a la enfermera.

—Eligia siempre tuvo salud de hierro —intervine yo.

—Quiero que la lavé cuatro veces cada día con un preparado —dijo después de mirarme con penetración—. Son unas aguas minerales con azufre, cobre, arsénico y

otros elementos. Hay que frenar esa desintegración —señaló con temor una gasa que se había humedecido con las supuraciones—. Hay que ofrecer, para que la Naturaleza pueda restaurar. Esos lavajes la van a poner otra vez en contacto con los elementos originarios. Además, de noche, abra la ventana y deje que la luz de las estrellas y la Luna la bañe también... ¿Usted qué parentesco tiene con la paciente?

—Doctor, no creo que llegue mucha luz de estrellas hasta aquí. Si abro, van a entrar hollín y algunos lamentos desde otros cuartos.

—¿Eh?... Nunca va a entender.

—Es cierto que estrellas no —dijo Eligia—, pero la Luna... Anoche me desperté... y había un poco de resplandor.

—Eligia —le dije cuando el médico hubo partido—, ¡una persona razonable como vos! No me desilusionés. Se empieza con la Luna y se termina como Arón.

—¿Una persona razonable? —me contestó con una voz que se le debilitaba—. Eso no tiene sentido...

Su voz gangosa y somnolienta pareció hundirse en sí misma.

—... sólo tenía sentido antes...

—¿Antes de qué?

Pero Eligia no contestó.

Al día siguiente comenzaron a tratarla. «El ácido es muy especial», me dijo el médico después de la primera cura en el quirófano, cuando me encontró en la salita de recuperación, aunque no parecía dirigirse a mí, sino a una audiencia invisible.

—No nos llegan muchas quemaduras de esas —hablaba sin prisa—. Por ahora no se puede injertar; hay que ir quitando cada día la carne necrosada, hasta que el ácido se aplaque. No crea que me gusta hacerlo. Es un proceso de exposición de lo interno, una impudicia. Las quemaduras de fuego nos permiten tapar en seguida; cuanto antes se tape todo, mejor: la naturaleza retorna sola a sus cauces sensatos. Usted sabe, en nuestro país todo se cura naturalmente, sin mucha intervención de nadie. En el caso de ella, no voy a poder dormir hasta que le coloque injertos y cubra todo ese delirio.

—¿Cuánto dura el proceso?

—No sé. Pero hay que estar muy seguro de que el ácido haya perdido su poder;

si no, el injerto no se irriga, no se produce hemostasis.

—Pero, más o menos...

—Yo, para estar bien seguro, esperarí a unos veinte días, a lo mejor quince, depende... Después de ese período, colocar los injertos va a llevar unos meses. ¡Qué profesión, la mía! —se recostó sobre una pared y miró al vacío—. La incertidumbre es la maldición de esta especialidad.

Cuando volvió del quirófano, a Eligia le faltaba parte de las mejillas y tenía vendadas las dos manos. En la cama, se las ataron a unos soportes; el médico no quería que se tocara la cara, ni siquiera en sueños.

Así empezó la imposibilidad de Eligia de asistirse por sus propios medios. Las enfermeras se ocuparon de servirla con eficiencia. Alguien había retirado el espejo del baño y —al atarle las manos— la privaron también de la perspectiva que, desde su tacto, podía construirse de ella misma. A partir de ese momento, sólo conoció lo que ocurría en su cuerpo a través de su imaginación, que se alimentaba con palabras sueltas que escuchaba a los que la asistían.

Del fondo de las mejillas de Eligia se desprendía a lapsos irregulares un arroyito de sangre o exudado, que sólo era perceptible cuando llegaba a la sábana, porque sobre su carne sin piel y brillante el líquido no se distinguía, de modo que yo vigilaba con mucha atención para descubrir por dónde se escurría, y enjugarlo antes de que manchase la sábana inmaculada. Para mí, el afán por evitar que las sábanas se manchasen se convirtió en una obsesión. Si fracasaba, la mancha se expandía sobre la tela, antes de tornarse parda y detenerse. Trataba de lavar la huella por mis medios, pero sólo conseguía emborronar más aquella sangre ya seca. Entonces, no me sentía en paz hasta que cambiaban la ropa de cama; percibía como una falla grave esa presencia de la mancha.

Durante las primeras semanas, nada fue estable en su carne. Mientras algunos sectores de su cara se vaciaban, otros se hinchaban como frutos inciertos que parecían nacer maduros, prometiendo algún jugo succionado de los vacíos cavernosos que se empezaban a abrir cerca de esos extraños florecimientos. Yo procuraba echar miradas esperanzadas sobre estas formaciones, pero con el transcurrir de los días me resultó cada vez más difícil, porque lo que hoy prometía ser una manzana en la mejilla, mañana se transformaba en una pera roja, y al día siguiente en una frutilla inmensa. Su cuerpo se convertía en un ritmo de vacíos y tensiones. Esta capacidad de transformación de la carne me sumió en el desconcierto. Traté de proyectar algo fructífero sobre lo que veía, pero mi tranquilidad sólo llegó cuando acepté todo lo que ocurriera como incomprensible y regenerador, fuerza que renovaba el tiempo y la materia cada vez que

Eligia volvía del quirófano mostrando frutos completamente distintos, que yo ya sabía que no eran promesas dirigidas a una maduración.

Tuve la vaga sensación de haber visto algo parecido a esa superposición de frutos y cara en algunas imágenes de arte. Pero ahora era testigo involuntario de los caprichos de una sustancia torpe y descontrolada que no se molestaba en borrar o pulir sus propios esbozos.

Transcurrieron quince días. La parte anterior del cuello se fue acortando poco a poco. Yo acomodaba las almohadas para que los chamuscados tendones no tironeasen. La cara y el cuerpo quedaron juntos pero sin conexión, como si un capricho eventual los hubiese reunido.

Lo insólito ocurría en las mejillas. La ablación parcial dejaba rebordes de carne que aumentaban la hondura de las cavidades, en donde el borbotón de los colores ofrecía una falsa sensación exuberante, pintura feroz realizada por un artista embriagado de sus poderes.

En el fondo de los pozos que cavaban los médicos, reaparecían cada mañana, después del quirófano, los colores alegres del primer día, los colores de las heridas frescas, que delataban vida y prometían curación. Al comienzo, pude creer que aquel incendio tenía una belleza armónica: los tonos se definían recíprocamente por complementos o vecindades. Algunas zonas tomaban el mismo valor de saturación, pero cuando había diferencias de intensidad, se compensaban, de manera que a un púrpura muy intenso lo rodeaba un violeta desvalido. Si dos manchas se desequilibraban hasta que predominase un tono sobre otro, en la próxima curación la situación se invertía.

Como las zonas de color se escondían en las cavernas que abrían los médicos, estudiaba de cerca los abismos de las mejillas para observar su evolución y desear que de esas pinceladas rebrotase la armonía. Así me introduje en los secretos del espacio negativo, la hornacina sin tallas ni estatuas. Allí las heridas tenían vida propia y retirada, escondidas por los gruesos rebordes. Esos rebordes, y la concavidad que circundaban, formaron un espacio cada vez más profundo, en el fondo del cual cada punto parecía pronto a estallar de energía vital por la fuerza que surgía de la piel herida, renovada constantemente por el bisturí. El descarte cotidiano generaba una vida diferente, ajena al cuerpo y a los cuidados, origen autónomo de la sustancia orgánica liberada de toda regularidad. La laboriosidad del caos plagó.

Este florecer estrafalario cesó por causa de las rocas. Después de las dos semanas empleadas en remover las necrosis, le aplicaron los primeros, apresurados injertos. El ritmo de las intervenciones quirúrgicas se calmó, y las idas al quirófano se espaciaron

más y más en los tres meses siguientes. Eligia dejó de ser brillante y se tiñó de una costra oscura y opaca. El tiempo de los colores había pasado y llegaba el tiempo de las formas. Sobre la piel se dibujaron líneas que se extendían por caminos inesperados. Las corrientes de ácido se manifestaron con taimado retraso, moldeándose sobre la carne, erosionándola, transmutando la vida en geología, no una geología sedimentaria y horizontal, sino un trazo de la actividad volcánica, que aparecía ya enfriada y con pretensiones de eternidad, estable, fija e inexpresiva como el desierto.

El exterior había cobrado una importancia que rivalizaba con el interior. Ya no se modelaba en Eligia una forma apoyada sobre los huesos, sino que un nuevo principio estructurante competía tironeando desde la superficie. Los músculos se adaptaban a un sistema de leyes en el que las tensiones de la piel y los relajamientos de las cicatrices contaban tanto o más que las articulaciones y los apoyos firmes, como si al quedar descarnados, los huesos hubiesen perdido parte de su eficacia formal y tuviesen que competir con los injertos por el modelado del cuerpo.

En aquel día de la agresión, el ácido había llegado a la cara de Eligia de abajo a arriba: se había puesto de pie con sus consejeros jurídicos, convencida de que la entrevista con Arón había terminado, todavía temerosa, pero con la esperanza de haber resuelto el problema definitivamente —todo estaba arreglado, ahora sí el divorcio después de tantos años—. Arón permaneció sentado y sonriente, sirviéndose de una jarra un líquido que parecía agua. Las marcas del ácido quedaron, entonces, orientadas de una manera que contradecían la ley de gravedad.

La transformación de la carne en roca tapó los colores brillantes. Comprendí que, para mí, había terminado la ilusión de las metáforas. El ataque de Arón convertía todo el cuerpo de Eligia en una sola negación, sobre la que no era fácil construir sentidos figurados. La fertilidad del caos la abandonó. Solo con el transcurso de los meses pude comprender esto en su acepción completa, y más adelante supe cómo la imposibilidad de ver metáforas en su carne se convertía para mí en imposibilidad de pensar metáforas para mis sentimientos.

Los frutos de cada día dejaron de madurar. Una rigidez general invadió la cara de Eligia; las protuberancias se estabilizaron en una superficie lunar inexpresiva. Pero con la rigidez, las cavernas y los vacíos tomaron un nuevo sentido: la carne petrificada confirió a los rasgos una quietud que permitía que se dedujesen relaciones entre una forma y otra. Con las relaciones fijas, renació en mí la pedantería de las certezas y las perspectivas, que me permitían analizar la situación desde un punto de vista puramente espacial e impersonal evitando que me asaltasen meditaciones sentimentales. Realicé mis observaciones sobre una base abstracta, fijando mi atención, no en la mano que impulsó el ácido ni en el sufrimiento de la víctima, no en el odio o el amor que habían motivado la agresión, sino en las relaciones espaciales de la cara de Eligia. Si era

preciso, desmenuzaba con el ojo la piel quemada hasta llegar a fragmentos tan pequeños que en ellos se perdía el sentido humano de lo que ocurría. En estos espacios minúsculos centraba mi atención y construía con ellos relaciones con las que trataba de explicarme lo que estaba ocurriendo.

Antes, los frutos efímeros que se habían insinuado en todo el cuerpo de Eligia invitaban a tocarlos para certificar su forma inesperada, con la excusa de enjugar la sangre o el plasma que supuraban de ellos. Los socavones y hendiduras que aparecieron después exigían la mirada escrutadora y cercana, porque así era reclamado por la estructura asombrosa de lo que se mostraba, pero también porque lo que se percibía en esta etapa pétrea era mucho más abstracto —por lo tanto más irrefutable e intangible— que la fascinación de los frutos del período anterior.

Su figura expulsaba colores y tomaba la conformación de aquellos huecos encontrados entre las cenizas de Pompeya, que marcan el lugar donde se ha consumido un ser humano sofocado por la erupción, vacío que sólo por un esfuerzo de la inventiva del espectador dejaba entrever la carne que lo había generado, hasta que a un arqueólogo obvio y sacrílego se le ocurrió rellenarlo con yeso. Al igual que los cirujanos, el arqueólogo obtuvo el horror que nadie puede dejar de mirar, volver a la sencilla mostración de lo cruel, a diferencia de lo que habían sido antes esos huecos en la lava: una teoría general de lo que nos destruyó y todavía nos amenaza.

La precisión de la piedra, aunque sólo conformase ruinas, se presentaba como el reverso eterno de toda figura humana, el límite —aterradoramente cognoscible y presente— de nuestras ilusiones, el no-ser que se instalaba con la exactitud de un geómetra en el interior del barro que con tanto descuido somos. Así, en ella, se operó el paso desde las alucinaciones de la apariencia a las falsas leyes del relleno.

Sin embargo, de tanto en tanto, cuando las anestésias y calmantes le concedían un segundo de conciencia plena, Eligia rearmaba su cuerpo, y arrancaba de esos fragmentos, regidos en aquella etapa por una ley hermética que la aprisionaba, vislumbres de entereza, un «no me rindo al páramo», con el que toda ella se constituía en torno de una dignidad tenaz a la que no le importaba el proceso que la erosionaba.

Me complacía creer que la flamante rigidez del espacio en la cara de Eligia frustraba los designios de Arón: al quemarla, no había eliminado la carne que amaba, sino que la había sublimado por demolición, como ocurre con las ruinas románticas. Así como cualquier ojo reconstruye por instinto la geometría incompleta de un embaldosado, también reconstruía yo con los fragmentos minúsculos que pervivieron de su cara. Mi vista rehacía de memoria las actuales elipsis de su cuerpo, y ese recuerdo intensificaba lo que ya no se veía.

A pesar de las ataduras, empezó a experimentar con el movimiento. Eran movimientos muy localizados y reducidos que Eligia practicaba, creo, para ir formándose una idea quinesésica de su nuevo cuerpo, a falta de otros sentidos. En esos días no cavilé lo suficiente para comprender qué grande debían de ser sus ansias por reconocer los cambios que estaban produciéndose en ella. Para mí no tenía sentido dejarla comprobar con exactitud cuánto había cambiado; temía que el golpe fuese excesivo, y los médicos me daban la razón. Parecía mejor mantenerla en su obstinación de cambiar a cualquier precio, de modificarse aunque no supiese qué era. Solo muchos años más tarde advertí hasta qué punto la cobardía, disfrazada de buena voluntad —de los médicos, las enfermeras y mía— montó una tortura que ni un villano de ópera hubiera imaginado.

Cuando Eligia se movía, en la mínima medida que se lo permitiesen las ataduras, sus rasgos carcomidos hasta lo inverosímil indicaban claramente que le había ocurrido algo imposible: por demasía de sufrimiento, su realidad ya no era convincente. La condición de su nuevo cuerpo le vedaba todo goce, todo orgullo, la remitía sin escapatoria a un destino, a una intención absoluta: cambiar la situación en que se hallaba. Sin poder verse, sin poder tocarse, sólo podía pensar en su cuerpo como terreno de reparaciones, es decir, como algo que no existe, sino que está preparándose para existir. Amuralló ese presente reducido a puro sufrimiento; tuvo la inteligencia de no poner ninguna connotación reflexiva o existencial al dolor. Para salir estaba obligada a apuntar en una dirección precisa y mantenerse en ella.

No preguntó sobre la tecnología que le aplicaban; le interesaba mucho más verificar que iba hacia una vida distinta. Toda señal en ese sentido era un alivio enorme para ella. Su conciencia se inundó de futuro. Ninguna acción, ningún objeto, tenía importancia por lo que era en esos duros días, sino por lo que podía tener de salvavidas o, por lo menos, de brizna de corcho, que la llevase derivando a otro modo de existir. Esa necesidad de futuro actuó positivamente, en primer lugar porque era esencial y constante, pero además porque borraba para siempre sus pruritos psicológicos —que ya habían sido carbonizados— y fundaba sobre la esperanza una racionalidad necesaria.

Así opera en nosotros la serpenteante eficacia del bien, el paso de lo efímero a Dios.

Mi hermana no vino a la capital porque era casi una niña y todos convinimos en que permaneciera en la ciudad de provincia donde había vivido con Eligia desde cuatro años atrás. Mi hermano debió atender los negocios de la familia para pagar los costosos tratamientos médicos. Sin que nadie hablase del tema, yo quedé a cargo de los cuidados de Eligia.

Siempre había odiado responsabilizarme por alguien. Ahora estaba a cargo de

Eligia. En la clínica me atareaba con falsos deberes, no me duchaba nunca, ni tampoco me metía en la cama prevista para el acompañante. Apenas encontraba tiempo libre corría a ducharme y cambiarme a lo que había sido el departamento de Arón, donde me reinstalé porque no tenía lugar propio. Un mes antes de la agresión, me había escapado de ese mismo departamento, después de una discusión con él. Lo temía.

Pasé entonces veinte días vagando por la ciudad. De noche, tarde, cuando la gente desaparecía por el frío del invierno, las plazas recobraban su aire de jardín, pero quedaba flotando un regusto bárbaro, de espacio saqueado, con faroles rotos, papeles sueltos que revoloteaban con las brisas, canteros que habían sido hollados por miles de zapatos, de modo que los bajos alambrados que los protegían sólo servían para señalar «aquí hubo verde». Una fuerza iracunda asolaba las plazas durante el día y se ensañaba con cada banco, cada estatua, cada sendero. Pero después de la medianoche parecía que la catástrofe hubiera ocurrido mucho tiempo atrás. A pesar de la furia renovada durante el día, los arbustos y los árboles infundían de noche la confianza de que resistirían a todo, y en la oscuridad dialogaban silenciosos entre sí, atrapados por las arquitecturas utilitarias que, en las sombras, no eran más que un borde inflexible.

Si no soplaban el viento, yo quedaba inmóvil como ellos, bebiendo a sorbos tranquilos, fundido en una fascinación sin tiempo, hasta que los primeros autobuses de la madrugada rompían el encanto. Pero de esas noches quietas salía cargado de un humor incómodo.

En cambio, cuando el viento hacía bambolear las ramas y se desplegaba un juego de oposiciones entre la rigidez de los troncos y la flexibilidad de las copas, mi cuerpo se activaba caminando de un punto a otro para ver cómo resistían o cedían, y no perder ni un ángulo, ninguna perspectiva de la agitación.

Un familiar me encontró y habló conmigo hasta convencerme de que me alojara en su departamento. Poco después, Arón atacó a Eligia.

Cuatro años antes, a los dieciocho, cuando empecé a emborracharme con regularidad, se me habían hecho evidentes lo ridículas que son las pretensiones de maldad de los seres humanos. En los bares eran más obvias aun: los patéticos borrachines se agredían, traicionaban todo lo bueno que les ocurría, exhibían esperanzados sus perversiones. Resultaban risibles e impotentes. Pero aun entre los peces gordos, aquellas personas sobrias que llevaban lúcidamente a cabo sus planes, la voluntad de ser malos era irrisoria ante la disposición tan superior de los hechos y las cosas.

Por aquellos tiempos, la historia nos convertía sistemáticamente en payasos. Vivíamos épocas de inestabilidad política y las noticias consistían en un desfile de

civiles y militares, todos recargados de símbolos de poder y prometiendo escarmientos o paraísos. Los veíamos desaparecer al cabo de pocos años o aun meses, sin cumplir nada. Algunos de estos salvadores reaparecían, después de sus períodos de poder, en nuestros boliches, en carne y hueso, con la mirada apagada, que sólo se encendía cuando fantaseaban sobre sus pasados tiempos de gloria.

Así me hice desde muy joven una idea burlable del mal.

En una oportunidad, un abogado trajo al sanatorio una carpeta de Arón en la que había papeles que servían para empezar la sucesión. Sostenía los documentos frente a los ojos de ella, explicando con voz aburrida de qué se trataba cada hoja. Entre los escritos burocráticos, que pertenecían a los muchos juicios de divorcio que habían iniciado con frecuencia en sus veintiocho años de matrimonio, encontramos una foto de Arón con Eligia, en la que ella estaba instalada muy comfortable bajo su hombro. No reflexioné sobre la expresión de felicidad que mostraba Eligia en la foto ni sobre los motivos que había tenido Arón para guardarla. La manoteé con un gesto hosco y me la guardé en un bolsillo, creyendo que ella no quería verlo ni en fotos.

Después, sentado en el bar, examiné con atención la imagen. Comprendí que la relación de Eligia con Arón no se mostraba de una manera sencilla ni se prestaba con facilidad a las palabras. El episodio me sirvió para desechar toda certeza respecto de mis suposiciones. No estaba para sutilezas. El andamio de necesidades construido por el sufrimiento de Eligia y las exigencias del tratamiento me sirvieron para no ahondar en el tema. Pero la idea de que lo caótico es más tolerable que lo desértico, que yo había referido tanto al Arón espiritual como a la Eligia física, quedó sembrada en mi conciencia de aquellos años: la idea de que el mal no era un tema al alcance de la voluntad, que si alguna vez afectaba al hombre (con menos frecuencia de lo que su orgullo lo suponía) era bajo la misma condición que tiene en la naturaleza: involuntario, total y ausente, como en los desiertos de rocas.

Para distraer a Eligia durante sus horas de lucidez, tomé la costumbre de leerle los artículos más entretenidos de una revista de historia. Hojeando unos ejemplares viejos con la intención de seleccionar algo apropiado, encontré un artículo sobre la resistencia contra los gobiernos fascistoides de la década del treinta. Vi la foto de Arón. En el texto se transcribía una proclama política que había redactado en 1934:

¡LA HORA DE LA LUCHA HA LLEGADO!

Desde los campos de nuestra patria, desde los ateneos y las universidades y las fábricas, ha partido el clamor de la nueva generación que se resiste a continuar impasible frente a la prepotencia de las minorías oligárquicas, que amenazan con hundir definitivamente la estructura democrática y republicana de la Nación.

Intensa crisis sacude la comunidad desde hace tres años. Hemos visto romperse la regularidad constitucional, pervertirse las normas jurídicas, disminuirse la dignidad de la magistratura, humillarse nuestro orgullo internacional, mutilarse el derecho proletario, perderse nuestro crédito extranjero, menoscabarse el honor del ejército. Y hoy vemos en la desorbitación y la impunidad, a grupos armados, imbuidos de una plagiada ideología extranjerizante que ya no ocultan su rencor antidemocrático y anuncian la imposición por la fuerza de una dictadura de clase: la derecha conservadora lucha por el advenimiento de esa dictadura, pues advierte que es el único medio de seguir manteniendo sus monstruosos privilegios políticos y económicos que avergüenzan y empobrecen al país.

La ola de violencia que estremece la vieja civilización con sus odios de raza y de fronteras, no puede tener eco entre nosotros.

Las derechas preparan la substitución definitiva de la voluntad de las mayorías populares que consagra la Constitución, la brutal esclavitud de las clases trabajadoras, y la entrega de las fuentes nacionales de nuestra riqueza, a los imperialismos capitalistas extranjeros.

Frente a este humillante espectáculo, constituimos la Asociación Democrática, organización civil de lucha que se inspira en los principios básicos de la constitución...

Por este manifiesto exhortamos y llamamos a la acción a todos los argentinos valientes. Repudiando la debilidad y la claudicación, llamamos a los hombres jóvenes de mentalidad, cuerpo y espíritu, sin distinguir clases ni corporaciones.

Medimos y comprendemos el significado de nuestra palabra, y asumimos la responsabilidad de la actitud que adoptamos. Quedan empeñados en la lucha nuestro honor y nuestra vida. Arón Gageac.

El artículo también reseñaba los encarcelamientos que sufrió, fugas, conspiraciones contra gobiernos militares, exilios, huelgas de hambre, trenes que pagaba para movilizar a sus partidarios, diarios clandestinos... Volvió a mí un sentimiento de contradicción: el viejo había sido violento, cruel, furioso, pero hizo las cosas con pasión, se había jugado por ideas, había gastado fortunas en combatir a los dictadores, después de malgastar otras mayores en putas europeas. No comenté la nota con Eligia.

Una mañana sorprendí a un curioso espiando desde el pasillo en un momento en que la puerta del cuarto de Eligia se abría. Miraba desde otro mundo, desde una realidad en la que la salud y la enfermedad se solidarizaban en una palabra, lo normal, aquello que tiene derecho y miedo de atisbar lo que no es de su naturaleza. Un señor

normal que venía a visitar o atender a un enfermo normal, es decir, alguien que sufría un dolor que no había sido deseado por nadie. Más tarde me volví a encontrar con el mismo curioso mientras comentaba a sus familiares: «¡Pobrecita! ¡La tienen así...!», y levantaba los brazos rígidos tratando de dar la sensación de inmovilidad crucificada. Todo el grupo se había olvidado de su propio enfermo, que silbaba con dificultad a través de su traqueotomía.

Los momentos libres los empleaba en ir al bar; a eso se limitaban mis contactos con el exterior. Asistirle a Eligia era una tarea tolerable, porque a los dos nos gustaba el silencio. Ella nunca hacía dramas ni caprichos; pasaba horas y horas callada, sin que nadie supiese en dónde tenía sus pensamientos. Solo me perturbaban los momentos en que no podía evitar la cercanía más inmediata: ayudarla a incorporarse, cuando se entreveían las heridas ocultas del cuerpo; darle de beber y comer, lavarle las heridas.

Así, con esa constancia, la verdad desmenuza los andamios protectores de nuestro ingenio.

Después de tres meses, el único indicio todavía identificable era la nariz corta e insolente, que se había petrificado junto con las mejillas cóncavas. Una furia inmóvil de hielo herrumbrado se apeñuscaba en torno de ese antiguo rasgo, arqueología de una coquetería del pasado. Era la letra final de una identidad que se iba, azotada por olas de un nuevo perfil, inhumano. Las aletas habían desaparecido rápidamente, pero el dorso de la nariz, sostenido por el cartílago, resistió bastante. Al quitarle, en la última sesión quirúrgica, la punta de la nariz y la parte más blanda del cartílago, cayó el último baluarte que la hacía reconocible.

En el cuarto mes de tratamiento, observar la cara de Eligia me producía una sensación de libertad. Fin del funcionalismo: si somos lo que somos porque tenemos la forma que tenemos, Eligia nos había superado. Es cierto que una cara, un cuerpo, significan tanto para nosotros, que su presencia resulta siempre vaga, borrosa por la turbación que nos produce todo aquello que se manifiesta completo y desnudo. Las caras —por lo menos para mí, que soy tímido— sólo son precisas después de la reconstrucción de la memoria.

Un día llegó el nuevo jefe del equipo médico. Nadie nos explicó la desaparición del anterior. El reemplazante anunció con júbilo forzado que había terminado la primera etapa. Alabó a Eligia por su coraje, por ser una excelente paciente, casi una estoica, mujer tan fuerte como había visto pocas veces en su vida. Llegaba el tiempo de un merecido descanso y recuperación, antes de empezar con la cirugía reconstructiva, «que hace maravillas». También alabó el trabajo del jefe anterior, «un sabio a pesar de sus ideas poco ortodoxas sobre la eficacia simbólica, pero que nunca interfieren con su labor científica, créanme».

—Para casos como el suyo —prosiguió— hay aquí poca experiencia. Le recomiendo que se haga operar con el doctor Calcaterra, en Milán. Es el mejor del mundo. Ya era jefe de cirugía reconstructiva del rostro cuando empezó la guerra. Puede deducir la experiencia que tiene. Es cierto que nuestro jefe anterior defiende opiniones distintas de las de Calcaterra, casi diría que parten de concepciones opuestas de la cirugía. Uno se especializa en reconstructiva, y el nuestro en quemaduras.

—¿No me va a operar un cirujano plástico?

—Los reconstructores del rostro son la crema y nata de la cirugía plástica. Nosotros actuamos como los bomberos de la curación, pero los de la restaurativa son espeleólogos, van en profundidad.

Antes de viajar a Italia, un amigo médico me comentó que ningún cirujano plástico del país quería operarla a Eligia porque era una personalidad conocida y no iba a quedar bien, hicieran lo que hicieren. «Aquí cumplieron con lo único que podía cumplir cualquier equipo de curación en un caso así: sacar la necrosis y tapar».

—Entonces los lavajes cuatro veces por día y los baños de luna, ¿todo fábulas?

—No. Sirvió para que vos te sintieras útil.

* * *

Montevideo, 2 de octubre de 1955

COMPOSICIÓN: «YO ESTOY ORGULLOSO DE ESTA COLEGIO», por Mario Gageac

En mi tercer Año en la Alemán Colegio Hender de Montevideo, al que todos tanto amamos, quiero a través de esta Composición mi Agradecimiento expresar.

Yo me recuerdo de aquel primer día lectivo de 1953, cuando solitario adentrollegué, con mi afrancesado Apellido a cuestas, y la poca Alemán Lengua que yo recordaba, aprendida cuando todo un pequeño seisañero Niño era, en Suiza, más otro poco que después con la Institutriz, practiqué, que hablaba Alemán aunque polaca era. Pero antes de que yo en esta Colegio adentroarriegara, yo mi Alemán lastimosamente olvidando estaba y muchas Dificultades tengo para aprenderlo porque esta Colegio es para chicos que nacieron hablándolo, no para Extraños

como yo. Pido Perdón por mis Errores.

En aquel momento del Ingreso, la Miedo todavía sentía, porque ocho Meses antes había en el Cárcel de las Malasmujeres una semana, con Eligia y mi Hermanita, allá en mi País, encerrado permanecido, porque la Policía quería no decir que Eligia empuertada quedaba. Yo creo que la que debió en ese Cárcel empuertada quedar debió ser la gran Politicamujer de mi País, la esposa del General, en Lugar de nosotros. Entre las Putas y Ladronas debió dormir, como nosotros, porque en aquel Lugar tienen ni siquiera un Pabellón especial para las Politicasmujeres, porque el mío es no un país que la Era de la Razón vivido haya: sólo Medioevo y Romanticismo. No como esta Libertatierra uruguaya donde nos refugiamos. Yo sé yo debo de estas Cosas ni hablar: de mi País, ninguna Palabra.

Pero una de esas sucias Putas que ni para Seguidoras del General servían (y por eso en el Cárcel quedaban, en esos Tiempos —hace tan poco superados para siempre— en que las Putas por ahí andaban, y querían Vicepresidentas ser) con mucho Cariño tratóme, y sosteníame abrazado cuando Eligia a Interrogatorio llamada era, y también de la Ladrona defendióme, que siempre «Oligarca» a mí gritaba, y que prometía que ella a toda mi Familia mataríamos, incluido mi opositor Abuelo.

Cuando volvía del Interrogatorio, Eligia muy enérgicamente recomendábame no de la Política del País y menos del General y su Esposa hablar. Que eso muy peligroso era. Que si yo decía algo equivocado o un Nombre propio, siempre en el Cárcel quedaríamos. De mi País, en suma, absolutamente nada decir; eso era lo Mejor. Yo debía no hablar.

Tampoco debería Palabras como «Putas» aquí escribir, pero confío en que el Señor Profesor comprenda que sé muy bien que muy Malasmujeres son, y la que era buena no le creo porque algo en su Mente llevaría escondido.

Cuando de la Dictadura de mi País escapamos, cursé en este pequeño País y este gran Colegio, el final de la Primaria. Ese Año de 1953, en la Herder, teníamos todavía no el Colegio secundario. Solo en 1954 nuestra querida Colegio Herder a la Enseñanza media se abría, después de la injusta Clausura durante el Mundialguerra. Cada Año un nuevo Grado de Enseñanza inaugurábamos, de Modo que yo siempre entre los Mayores quedaba. Me gusta en el Curso de los Mayores siempre quedar, porque así entendí —como el Señor Rector Von Zharschewsky nos dijo y también el querido Señor Profesor Bormann— que una Responsabilidad era, y no como ocurre en los ingleses Colegios. Que no tomásemos un derecho a los indefensos Menores a azotar. Aquí, por Suerte, los únicos que Derecho de aplicar Correcciones físicas tienen son los Profesores y Celadores, no los Alumnos mayores, y siempre con toda Justicia lo hacen; no hay ninguna Duda.

Con los primeros Varillazos (que yo, después, explicado fui por mis compañeros que no

duelen tanto, aunque yo, en la primera Vez, como una Mariquita lloré) comprendí que había entrado en una Realidad completamente distinta de las muchas Colegios anteriores en los que estudiado había. Por las otras Colegios había pasado sin desde adentro mi Carácter formar, salvo en aquella primera Colegio en Freiburg en Suiza, donde las Hermanas, Habas o Guisantes o Porotos o algo así, en sus Hábitos guardaban y en el Piso esparcían las secas Bolitas y arrodillábannos sobre ellas cuando nos portábamos mal. Si nos portábamos muy mal, debíamos, además, al Sol mirar.

Gracias a los Consejos del Detlef y el Bernhardt, mis mejores amigos aquí en Montevideo (ahora ambos de Regreso feliz a el Padrenación después de que gloriosamente el Campeonato Mundial de Fútbol de Suiza fuera obtenido, en el que mi País ni participar quiso, y Uruguay fue eliminado porque el Hochberg muy pateado fue, y los Húngaros en el Alargue, aprovechando la Oscuridad, dos Jugadores cambiaron; yo pido excusas por tratar Temas banales), comprendí yo que adaptarme a una nueva Lucidez espiritual debía, que adoptar debía un Cursovida voluntariosa en el que todas mis Acciones bajoentresí confluyesen para que yo un Destino superior lograra.

Ahora que estoy por ser treceañero, convencido estoy de que mi Colegio la mejor Enseñanza me ofrece, sin descontroladas Emociones privadas ni femeninas Sentimentalidades. Aquí, en la Sección Masculina, los Deberes mal hechos, desgarrados resultan, rotos por los mismos que los hicieron tan mal. Los rompen en Clase y delante de sus Compañeros, después que el señor Profesor les explica por qué tan mal resultaron. La primera vez, parecióme a mí que como un Daño o un Vacío sentía, pero con el correr del Tiempo (y gracias a los Señores Profesores que con Dedicación a su Trabajo han retornado después de la Clausura del Colegio durante la Mundialguerra, y retoman su Tarea en esta triste Posguerra que es Penguerra contra los Rusos, y entonces van a necesitarnos), cada vez con más Frecuencia escucho: «Señor Gageac, tiene un Bueno», o un Distinguido, o un ¡Sobresaliente!, y mi Pecho de Ideales se expande. Solo el Latín aquí es descuidado, como señala Eligia. Pero nuestro Rector dice que ya práctico no es.

Quien más me elogia es el anciano Profesor de Dibujo, Bormann, aunque yo dibujo mal, pero yo sus Explicaciones sobre el gran Arte y los Ideales con Aplicación escucho. Se dice que un gran Mejorsabio ha sido en el Hogartierra, y él dice que los Ideales le importan más que los Dibujos. A los Ideales, nos dice el Profesor Bormann, debemos a través de la Observación llegar: las Leyes de la Visión fisiológica domadas en el Marco de los Cánones y las Medidas áureas. Y nos explica en Láminas la Armonía de las Estatuas clásicas, que están desnudas. Así mi preferido Señor Profesor Bormann piensa. Además, es quien mejor por mí se preocupa en este Internado, me trata como si siempre algo a mí me faltara.

Gracias a estos Amigos, Profesores e Ideales, siento una Seguridad de mí mismo como nunca había sentido en mi País y en los otros Países donde Arón se mudaba con nosotros, Seguridad que más allá de todos los Riesgos del Mundo exterior me coloca, y de todas las

Vacilaciones que cuando era Niño tanto me desesperaban.

Tengo ahora de regreso viajar, con mis señores Padres, a mi País, porque el tirano General ha sido depuesto (¡y voy a volver en un Crucero!); estoy seguro de que ya no voy a expresar más Emociones ante cada una de las Mudanzas de Calle, Ciudad, País y Clase social de mi Señor Padre Arón. No estoy seguro de que yo tan sentirme seguro quede como aquí. Pero cuando uno un Sobresaliente en recitado de Goethe obtiene, no puede asustarse por lo que en América del Sur ocurre.

Pero antes de Yo partir, nuestro amado Rector Von Zharschewsky murió. Su necrológica a mí me fue encargado escribir para el Boletín del Colegio. Yo fui solo en el Privado del Profesor dejado, frente a sus Fotos de la Guerra, con Uniforme. Me senté a la Máquina: «Perdimos a un Ser muy especial, que daba todo sin exigir nada. Uno de esos excepcionales Seres que, en lugar de Sonrisas malgastar, Conocimientos y Ejemplos espartanos brindaba. Yo me recuerdo que muchas Veces de mantenerme erguido como él procuré, pero siempre terminaba cansándome y en un Descuido encorvábame. Mas él, ochentañero, no, no encorvabase. Cuando cerca de su Persona rondábamos, yo sentíame intimidado por su Espiritual fortaleza y quería parecerme a él. Ahora, cuando elevo mis Ojos para encontrarlo en el Cielo, sólo los Versos de Goethe que leíamos en Clase con él recordar puedo: "... die Beschwörung war vollbracht, / und auf die gelernete Weise / Grub ich nach dem alten Schatze / Auf dem angezeigten Platze / Schwartz un stürmisch war die Nacht". Que en Español significaría (¿osaré traducir?)...».

II

Eligia pasó el verano y el invierno siguientes en las sierras, recuperándose junto a mi hermana menor. Me quedé en la capital, en el departamento de Arón, en el que me había reinstalado después de que el juez ordenó retirar las fajas de clausura; quedaron unos bordes sucios y en diagonal sobre las puertas de entrada forzadas por la policía.

Sin modificar nada, sin cambiar ningún objeto de lugar, volví con mis pocas mudas. Mi lugar favorito era esta biblioteca en la que escribo apresurado antes de que se venda el departamento. En aquel tiempo había lecturas suficientes para varios años: pornografía kitsch francesa de los años 20 (encuadernaciones lujosas y dibujos pseudohistóricos que recreaban Babilonia y Alejandría), más colecciones de los años treinta de precarios diarios clandestinos antifascistas que el mismo Arón había dirigido contra las dictaduras, más Stirner, Papini y Lenin, más ejemplares autografiados de pésimos libros de importantes políticos de mi país, y también algo del habitual relumbrón de estanterías: los grandes filósofos, novelistas franceses del XIX y las obras que le habían regalado o compraba porque le atraía el título. Sumados, constituían una muestra de las contradicciones de Arón, con las que cada persona que lo conocía armaba el modelo de personaje que prefería.

El cuarto tenía entonces las paredes cubiertas de libros (algunos eran botellas de licor que simulaban un lomo) y estaba amueblado con este escritorio chinesco, apoyado sobre patas que representan pezuñas doradas. La madera del mueble luce completamente laqueada con tibios tonos negros y guindas, que se destacaban más aun por aquella clara alfombra persa con diseño espaciado de flores de colores cálidos.

Aquí le había arrojado el ácido. Ni una gota cayó sobre el escritorio; un reguero negro se veía sobre la alfombra —suficiente para impedir toda restauración— que unía el escritorio con un sillón de un vago estilo Luis XVI en el que permaneció Eligia durante la entrevista, si bien ya se había incorporado cuando recibió el líquido. Había quedado impecable en los brazales y las patas, pero la quemazón había devorado la mayor parte de la seda; se lo veía desventrado, con sus entretelas y espaldares de bastante buena calidad al aire. El almohadón del asiento exhibía las plumas chamuscadas de su seno.

En la pared del poniente hay una puerta de vidrio que da al balcón, abarrotado en aquel tiempo de hiedras y jazmines trepadores, de manera que la luz que se filtraba a

la tarde tenía siempre una sombra vegetal. En la esquina de esa misma pared, sobre una mesita sobria, reposa un cofre que sorprende por su tamaño grande, también laqueado con motivos al estilo chino. Nunca me había ocupado de su contenido, guardado bajo llave, durante los cuatros años en que habité con él aquí, pero después de su suicidio sentí curiosidad. Forcé la cerradura y todavía hoy puedo ver los raspones torpes que estropearon la laca. Arón había guardado unas fotos pornográficas que pude vender a buen precio, y cuadernos y boletines de los años de estudio de sus hijos. Vi las tapas de algunas de las carpetas de los ocho colegios a los que asistí. Al dorso de un boletín de calificaciones de una escuela suiza en donde había empezado mi periplo educativo, Arón había anotado sus planes respecto de mis estudios: incluían desde profesores de piano y latín (que él desconocía por completo) hasta clases de esgrima y prestidigitación. En un nivel más profundo encontré los deberes que yo había escrito en mi carpeta de una humilde escuelita en las sierras. La abrí al azar y hallé una composición sobre «El Puma» en la que Arón había tachado mi expresión «patas con largas uñas» y sobreescribió «garras»; al margen anotó con letra grande «¡... ni para jabalí!». Sus observaciones tenían que ser varios años posteriores a la redacción de mi tarea, porque en la época en que estuve en las sierras él no vivía con nosotros. Cuando las leí, odié esas palabras de desprecio a pesar de los catorce años que habían pasado. No seguí escarbando en el estrato inferior, donde se veían mis carpetas de la Escuela Herder de Montevideo.

Así era entonces este cuarto que había elegido yo para leer a ratos perdidos, en esos días finales de 1964, pero a la semana de mi regreso las quemaduras y raspones en los muebles empezaron a molestarme como me molestaban las manchas de sangre en la clínica de Eligia. Opté por leer en mi antiguo, pequeño dormitorio, el que había ocupado durante los últimos cuatro años, porque del grande, que era más soleado, se habían llevado la cama en la que él se pegó el tiro, y faltaba un vidrio, roto por la bala. Ésta, después de salir de su cabeza —ya con menos impulso por haber atravesado dos veces los huesos de las sienes— perforó la cortina y el vidrio, de manera que al pegar contra la persiana cerrada cayó exangüe, sin conseguir escapar de ese octavo piso al centro de manzana con jardines, y a una iglesia en el extremo opuesto al departamento, al oeste, de manera que el sol se ponía detrás de la cúpula: una trayectoria de levante a occidente. Yo creía que esas balas tenían mucha más fuerza.

Años más tarde, cuando revisé el expediente judicial del suicidio, vi las fotos forenses: Arón permanecía sentado en la cama, estaba vestido con una robe muy importante, de camello con alamares de seda negra. En una mano un whisky, en la otra, un 38 largo.

Ese verano y el invierno siguiente estuve enamorado, largo paréntesis en el que me despreocupé de Eligia. Como la mujer que amaba era toda una belleza, yo no tenía muchas ganas de viajar, pero tampoco debí forzarme mucho para poner mis mudas en

un bolso y descolgar mi viejo abrigo negro —carpa que disimulaba toda mancha en la superficie y todo abultamiento petaquista en el interior—. La mujer que tanto me atraía, por su parte, no era de aquéllas que les piden a los hombres que no se vayan.

Habían pasado doce años desde la ocasión anterior en que emprendí un viaje con Eligia. Aquella vez el viaje se frustró. Ella junto con mi hermanita, que no caminaba todavía, y yo, con mis diez años, debíamos ir a Montevideo —donde nos esperaba Arón para una de las consabidas reconciliaciones—, pero la policía política llegó cuando la nave ya partía. Eligia se negó a desembarcar, alegando que a bordo gozaba de extraterritorialidad. El capitán le rogó que bajase porque cada hora de retraso le costaba miles de dólares de multa portuaria. Se fue media tarde en discusiones, hasta que los policías la tomaron del brazo libre (con el otro cargaba a su hijita) y tuvo que volver a tierra envuelta en un aire de drama. Nos llevaron a la cárcel de mujeres y nos quedamos allí una semana. Por aquellos tiempos había muy pocas políticas, de manera que en las penitenciarías femeninas no se habilitaban pabellones especiales para ellas. Fuimos alojados en el pabellón general. Después la policía nos llevó, a mi hermanita y a mí, a un hotel, y avisó por teléfono a nuestra abuela materna. Eligia permaneció unos meses detenida. A la larga, viajamos a Montevideo clandestinamente.

Antes de intentar mi segundo viaje con Eligia —esta vez a Italia— en septiembre del 65, tuve la precaución de sacar al pasillo del departamento las botellas vacías de coñac barato que nos habíamos tomado con mi amor, y comprobé que ocupaban un buen tramo de la escalera. Me sonreí. En aquel tiempo, el alcohol gozaba de buena prensa: Bogart bebiéndose una copa si una rubia lo plantaba; el cowboy Wayne chupando directamente de la botella (la primera vez que traté de imitarlo, sustituí los whiskys escoceses de la película por una botella de grapa y casi dejo el alma en el intento).

Eligia llegó desde las sierras en un vuelo de cabotaje, con un avión de hélices. El avión internacional tenía forma muy ahusada. Los primeros jets traían por entonces a la imaginación viajes futuristas, interplanetarios, pero en realidad esos Comet caían con más frecuencia que los probados viejos aviones. En la cabina, un chico de unos ocho años empezó a llorar cuando entró Eligia. Aunque ya era bastante grande, no parecía sentir ninguna vergüenza por sus propias lágrimas y berridos, ni la madre hizo nada por impedirlos, mientras los otros pasajeros desaparecían detrás de sus silencios. «¿Qué es? ¿Qué es?», preguntaba el chico, y la madre contestaba: «No mires; no mires». En dos minutos apareció el capitán. Por mi mente cruzó la vieja escena del capitán del barco pidiéndonos que nos bajáramos, y Eligia, tozuda, negándose.

El capitán aéreo nos invitó, todo sonrisas, a instalarnos en la clase de lujo. Allí había mucho espacio y fuimos atendidos a cuerpo de rey. Antes de despegar, una azafata, más alta que la de la clase turística, nos preguntó qué queríamos tomar. Pedí

whisky y me trajeron escocés —como en las películas de Wayne— generosamente servido y gratis. No tomaba importado desde que me había escapado de lo de Arón, pero la que servían en clase de lujo era una marca más suave que la que bebía él. Apenas despegamos, nos prepararon una comida acompañada con vinos franceses y después coñac. Viajamos en dirección contraria al sol, que se hundía en el océano primaveral. Al terminar la cena, empezó la gran actuación de la azafata: mientras una voz nos explicaba por altoparlante que íbamos a volar casi todo el trayecto sobre el océano, y nos revelaba dónde estaban los salvavidas y cómo había que usarlos, la mujer alta y morena representaba —sólo para Eligia y yo— todos los movimientos con los que teníamos que protegernos en caso de accidente. La voz del altoparlante, que funcionaba mal, hablaba en un inglés incomprensible y terminó su discurso con unas referencias a los horarios y los cambios en nuestros relojes; por detrás de las distorsiones eléctricas, sonaba muy contenta.

Eligia tomó su pastilla para dormir, pero yo permanecí bien despierto, excitado con la idea de visitar el carrito de los whiskys, que la azafata de piernas largas había escondido en un extremo del pasillo. Me bebí sus gestos esperando con ansiedad que terminase la pantomima. Ella me devolvía una sonrisa fija; se puso la máscara de oxígeno sobre la boca, para que no me quedasen dudas de cómo había que activar el mecanismo, y ejecutó su demostración sin dejar de sonreír.

Cuando acabó su show, le pedí un whisky. Me sirvió y se sentó dos asientos detrás. El color de la cabina era azul, morado y beige. Uno se sentía muy protegido y cómodo allí, adentro del pez volador, respirando aire recalentado, mientras abajo el mar se convertía en metal fundido a la luz de la luna. Giré varias veces la cabeza para mirarla. Me sonrió. No podíamos charlar mientras no me levantase del asiento próximo a Eligia. Me quedé donde estaba y volví a mirar a la azafata varias veces. En lugar de devolverme cada vez la sonrisa, mostró, primero, un gesto de desconcierto, y después, de preocupación. Se me acercó y me preguntó —muy profesional, muy susurrante, en la cabina en penumbras— si quería algo. Pedí whisky. Me sirvió con demasiada generosidad. Toda la secuencia se repitió un par de veces. Mi proveedora llevaba maquillaje por todas partes, polvos de colores beige, barros de colores morados, líquidos de colores azules. Le pregunté si la compañía la obligaba a usar esos tonos que copiaban los matices de la cabina, o si era una decisión de ella, para armonizar con esa cápsula disparatada que atravesaba el cielo sin que nadie supiese si explotaría o no.

—¿Vos sos raro? —y frunció el ceño.

En aquellos tiempos, los viajes aéreos a Roma duraban casi treinta horas. Al cuarto pedido de whisky, la luna había desaparecido, el mar se había apagado y las luces rojas que giraban bajo el ala del avión marcaban la única coordenada de mi espacio. La azafata tomó un aire casi maternal hacia mí, un poquito cómplice y otro

poco irónico. «Comprendo», dijo con dulzura, y la miró a Eligia que dormía a mi lado entre relámpagos rojos. Me trajo un vaso para jugo de fruta, colmado de whisky puro. Después se instaló seis filas atrás, se colocó sus antiparras opacas y se durmió.

Dejé vagar mi fantasía. Traté de imaginarme las enfermeras de la clínica. Alguna se parecería a Catherine Spaak. Además, me esperaba arte del bueno en Milán... Al paso de las semanas la piel de Eligia se alisaría y, por la magia de las habilidades reconstructivas del mejor cirujano del mundo, volvería a lucir de color de rosa. Algunas cicatrices, pero sería una mujer nueva. La acaricié; no la mano, sino la manga del vestido marrón. Eligia había sido siempre discreta en los colores de la ropa; trataba de dar la impresión de una mujer estudiosa, de una política y funcionaria de educación, eficaz y actualizada, impresión que estaba perfectamente a la altura de sus antecedentes: medalla de oro en la facultad, profesora de historia, dos años de perfeccionamiento en Suiza, veinte de práctica, funcionaría de máxima jerarquía que había sancionado el estatuto del docente, arrancando a miles de inocentes maestritas de las vicisitudes de los nombramientos a dedo y las garras peligrosas de los diputados donjuanescos. Estaba muy orgullosa de lo que no había trascendido de su tarea: las escuelas de doble escolaridad, para que las madres pudieran trabajar; los institutos de perfeccionamiento técnico, la ley de escuelas de frontera que puso en marcha a centenares de establecimientos educativos en lugares remotos, la modernización de la enseñanza con verdaderos contenidos democráticos. En el fondo de su alma ingenua y tecnócrata, se había visto —durante sus tiempos de funcionaria— como la continuadora de la famosa política casada con el General, mujer que era todo lo opuesto a Eligia en métodos y estilos. Eligia se ilusionaba con demostrar que, gracias a una educación racional, las mujeres de su país estaban a la altura de todos los desafíos del mundo moderno.

Aunque varias veces había terminado presa bajo la influencia de la poderosa esposa del General, Eligia sentía cierta admiración por ella, pero nunca hubiera tenido la audacia de competir con el estilo enérgico de la esposa del General. Creía que bastaba con estudiar y ser eficiente.

Doce años después de su último encarcelamiento, viajaba hacia Levante para recuperar un mínimo de cara que le permitiese presentarse otra vez en público. Soñaba sus esperanzas con la boca abierta y las rugosidades de los injertos «de urgencia» que apenas tapaban los huesos, mientras voces infantiles le repetían «¿qué es?» en los oídos. El cadáver embalsamado de la esposa del General —murió el mismo año en que nos escapamos a Montevideo— se había perdido en el misterio, luego de la revolución que derrocó a ambos, en 1955, el General viviente y su esposa embalsamada.

Mis pensamientos volvieron al carrito con las botellas doradas. Caminé a tientas hasta el fin del pasillo, donde había sido guardado. En las sombras no encontré el

whisky; bebí de otra botella, un líquido con gusto dulce. El recoveco donde estaba el carrito de mis delicias permanecía completamente a oscuras. Cuando giré hacia el pasillo con la extraña botella en la mano, me encontré a contraluz con una figura femenina, más baja que la azafata. «¡Eligia!... El baño queda allá. Me asustaste».

—No te asustes; no soy tu madre —me dijo la azafata, sin tacos—. Me hubieras despertado; estoy para ayudarte... ¿Tanto te serviste? ¿Siempre te servís así o sólo cuando es de arriba? ¿Querés más? ¿Querés comida? Está todo a tu disposición... ¿Por qué mierda no decís lo que querés?

—Sí.

—Los chicos de menos de treinta siempre viajan para buscar a la mamá o para escapar de ella. Vos sos el primero que viaja con la madre a cuestas. Y llevo años volando...

—Las mujeres tendrían que ser más estables, en vez de andar paseando sus caras pintarrajeadas por los cielos. ¿Para qué te maquillas tanto?

—¿Tenés novia?

—No exactamente.

—¿Por qué no?

—¡Qué sé yo! Supongo que no tuve buenos ejemplos. No me hagas preguntas complicadas; no me siento bien.

—Es que tomaste mucho y no comiste nada. Te sirvo unos fiambres. Después de comer algo, te vas a sentir mejor.

Me alcanzó un plato desbordante de carnes, más tenedor y cuchillo del servicio del avión. Apoyé mi plato sobre el carrito de los tragos deliciosos y traté de cortar un bocado, pero, con los cubiertos de metal redondeados, fue en vano. Entonces, la azafata volvió a la cabina y escarbó en su bolso. Regresó con un objeto amarillento.

—Tomá, probá con esto.

—¿Qué es?

—La compré en un mercado de pulgas, ya ni sé en qué ciudad. La uso para depilarme, pero la afilaron demasiado y me lastimo; para cortar carne va a servir.

Miré el objeto: un cuerpo tendido de mujer desnuda, de no más de quince centímetros. En el centro de la pieza sobresalía cerca de la cadera, imprevista, alta y gorda, un reborde metálico. Tiré y apareció una hoja de navaja reluciente a pesar de la oscuridad. Corté la cima de pavita sin que mi mano percibiera ninguna resistencia.

Días después, en la clínica de Milán, pude observarla mejor durante el aburrido curso de las horas blancas y asépticas. Hecha con pasta de hueso, en molde; nada artístico, por cierto. Mostraba la vaga forma de un pez, pero tenía sobreimpuesta la forma de una mujer desnuda, con la cabeza cerca de la boca del animal y los pies apoyados sobre el perno que sujetaba la hoja. Las formas humanas resaltaban más que las animales, se imponían con abultamientos procaces, no una caricatura divertida, sino una exageración desmañada de las curvas. El efecto era involuntario, se había logrado entre el mal molde y la mala terminación.

—Vení, te llevo a tu asiento —me dijo la azafata cuando vio que dejaba de comer y me servía otra copa generosa. Era una mujer de más de cincuenta años y ya no hubiera podido volar en las compañías aéreas más importantes. Yo no comprendía bien si me estaba maternalizando o seduciendo; me tomó de la mano, no de la manga. Avanzamos por el pasillo. A los pocos pasos dejamos atrás la fila donde soñaba Eligia. Las piernas se me endurecieron de cansancio; una pesadez opaca tiñó toda la cabina. Mis pasos se hicieron lentos.

—Tengo que cuidarla —le dije a mi guía, deteniéndome.

—Tenés que cuidarte.

En mi asiento terminé la copa y dormí hasta Dakar.

... (¿osaré?): «... El exorcismo se cumplió. / Y a la manera aprendida / Cavé en busca de los antiguos tesoros / En los lugares indicados: / Negra y tormentosa era la noche».

Cuando terminé de traducir estos versos, me vi como por ensalmo, parado dentro de la fosa que esperaba a Von Zharschewsky. Volví a elevar los ojos al cielo, para inspirarme y conseguir una buena traducción, pero sólo me venía a la cabeza la letra de una canción de moda: «Lo veremos triste y amargado, / lo veremos triste y sin amor, / lo veremos triste y amargado / porque la chica de al lado / dijo que no...». Traté de recordar temas elevados, frases en las que cupiesen palabras altisonantes, como Morada, Jornada, Nieveinvernal, Regreso.

Parado en la fosa, el suelo del cementerio estaba exactamente al nivel de mis ojos de trece años. En la mano tenía la necrológica que yo mismo había escrito. El fondo de la fosa estaba húmedo, compuesto por un barro violáceo que tenía olor a mujer y cal. Me fui hundiendo resignada, apaciblemente. El barro me cubrió los ojos; me ahogaba en un pantano viscoso.

Cuando salí otra vez a la superficie, emergí a un lodazal sin costas, en medio de un cabrilleo deslumbrante que me encegueció porque el día del entierro del maldito Von Zharschewsky era un día nublado y lloviznoso. Me mantuve a flote en el barro y, de pronto, en el espacio acuático que se extendía entre la banda de cabrillas movedizas y el lugar donde yo hacía la plancha sin saber qué rumbo tomar, pasó un bote silencioso en el que nadie remaba. El único pasajero era Von Zharschewsky, reclinado sobre la borda más alejada de mí, mirándome, vestido con ropas que parecían de fajina. En la banda que pasaba más cerca de mí yacía apoyada al descuido una cruz de mármol blanco con una foto en el centro. Era mi foto, y en los brazos de la cruz, estaba mi nombre, y una inscripción: «En este maldito país nunca sabes quién sos». Von Zharschewsky me sonrió como nunca lo había visto sonreír antes: una sonrisa abierta, alegre, vital, de alguien que no tiene ningún cuidado.

Entonces el barro en el que flotaba me succionó otra vez, pero cuando estuve completamente cubierto y esperaba desintegrarme, me encontré volando en el cielo, rubio y dotado de un cuerpo más alto de lo que sería jamás el mío. Me sofocaba una garúa rojiza; divisé una mancha negra en la tierra. Descendí sobre una enorme comejonera, cubierta de hormigas negras, de patas muy largas y enrolladas como rizos. Nada ni nadie podía caminar sobre esas extremidades tan endebles, de modo que las hormigas quedaban donde estaban y agitaban sus extrañas patas rizadas. Sentí una voz que decía: «¡Guárdate de aplastarlas!», de manera que empecé a comérmelas; y cuantas más comía, más liviano me sentía. Me harté, hasta que descubrí la única entrada de la comejonera. Metí mis dedos para extraer hormigas, y hurgué con esmero, pero no pude sacar ni una; estaban todas afuera. Volví a volar, contra mi voluntad, remontándome entre la llovizna que ahora era de color violáceo.

* * *

Al despertarme, la azafata estaba entregando la cabina a una nueva tripulación. Había dos sustitutas, y mi amiga de la noche me señaló con el dedo y un meneo de cabeza. Le retribuí agradecido el saludo.

Bajé al aeropuerto. Ese día debuté con vodka. Cuando volvía a mi asiento, le pedí un destornillador a una de las nuevas chicas. Eran más jóvenes que la anterior. Me trajeron una gran copa colmada, y supuse que la mujer de la noche me había recomendado para que me atendiesen con generosidad. Pensé en ella con simpatía, ya seguro de que no la volvería a ver. Se había portado bien; me invadió una oleada de sentimientos afectuosos y aferré como un talismán su navajita en mi bolsillo.

Dejamos Dakar. Estaba un poco confundido con los horarios: la aparición de una

luz repentina e intensa hirió mis ojos. Habían subido otros dos pasajeros; la intimidad de la noche estaba rota. Eligia se deslizó hasta una posición incómoda y poco natural, pero seguía durmiendo y, por causa de la mandíbula retraída, lanzaba los sonidos guturales, húmedos, esforzados, que compusieron mi canción de cuna durante los próximos dos años. Traté de acomodarla suavemente, pero no pude. Entonces la desperté con la excusa del desayuno. El resto del viaje fue luminoso: las chicas me servían todo lo que deseaba, ante la mirada silenciosa de Eligia.

Mientras volábamos sobre Roma y su crepúsculo, me incliné con interés hacia la ventanilla. Ya había estado en Italia en el 49, cuando tenía siete, y en el 58, a los dieciséis. Conservaba reminiscencias infantiles, con jerarquía propia: recordaba la momia de un santo en una urna, pero no el Moisés de Miguel Ángel; una armadura con el casco recortado de manera que el bigote renacentista de su propietario pudiese ventilarse, pero no la Galería Borghese. Nunca logré distinguir bien entre esas remembranzas y las charlas y lecturas sobre arte que me dio el viejo profesor Bormann, en Montevideo, ayudándose con ilustraciones en blanco y negro, o a lo sumo sepiadas. Esas combinaciones de recuerdos infantiles y aprendizajes de adolescencia habían cavado un rincón estetizante de la peor laya en mí, un lugar de Vírgenes del temprano Renacimiento, dorados a la hoja y otras ingenuidades. Desde el avión, miré con codicia hacia Italia, y pedí más destornillador.

El avión apagó sus motores con un suspiro de alivio. Me puse de pie. Eligia viajaba tan liviana como yo, de manera que en un santiamén estuvimos frente a la escotilla abierta, mientras los otros dos pasajeros se afanaban con sus portafolios, bolsos y regalos. Antes de salir nos detuvo una de las jóvenes. «No, por favor, esperen un momento. Ustedes descienden después». Nos miramos intrigados con Eligia, y decidimos sentarnos en las butacas más cercanas a la puerta. Bajaron los otros pasajeros.

Al cabo de mucho esperar, bajó también la otra azafata, con su bolso reglamentario, acompañando al resto de la tripulación, incluso el capitán sustituto, que ni nos saludó. Solo entonces, su compañera, que nos atendía con una sonrisa forzada y amplia, nos autorizó a salir. Eligia, entumecida por tantas horas incómodas, se apoyó pesadamente en mí y caminó con dificultad. El aire fresco de otoño despabilaba los ánimos. Al pie de la escalerilla estacionó una ambulancia. Pensé que esa atención del capitán era una exageración; después de todo, el pequeño partido político en el que actuaba Eligia ni siquiera estaba en el gobierno por esos días. Tres hombres fornidos subieron hasta nosotros una silla de ruedas e invitaron a Eligia a sentarse. Se negó al comienzo, pero la azafata le pidió que obedeciese: «Son reglamentaciones. Si se tropieza o lastima me van a echar la culpa a mí. ¡Por favor, señora!». Los hombrachones manipularon la silla como si llevaran algún ídolo milenario. En su esfuerzo se notaba un temor reverencial y asombrado. Al pie de la escalerilla se reunió un grupo de curiosos —trabajadores del aeropuerto y pasajeros de otros vuelos— que miraban

incrédulos mientras la silla descendía en andas, con un movimiento continuo y regular, como si flotase. Miré a los curiosos: se me antojaba increíble y envidiable que tuviesen piernas, brazos bien torneados, caras carnosas. Esas totalidades y plenitudes me parecían falsas, ostentosas. Bajamos la escalerilla del avión escoltados por la azafata. Recordé el otro viaje, cuando bajamos la escalerilla del barco escoltados por la policía. Me atrapó un vahído.

Apenas tocamos tierra, un enfermero bajó de la ambulancia y me invitó a subir a la parte trasera. En el interior, bastante espacioso, me esperaban un médico y un policía aeronáutico. Me pidieron que no hiciese escándalo. Los desprecié. Mientras me daban una inyección endovenosa, el médico se explicó sin que yo se lo pidiera: «Son las ordenanzas, sabe. No se puede cruzar la aduana tan alcoholizado. Tiene que comprender, es por su bien». Se fue, pero el policía se quedó. Le dije que me sentía perfectamente, que mi compañera de viaje había quedado afuera, en la silla de ruedas, sobre la pista. «Tiene que esperar media hora», contestó con tono impersonal, y comprendí que cualquier insistencia podía terminar en la oficina de seguridad.

A la media hora me liberaron de la ambulancia. La tarde declinaba. En torno del avión se realizaban los aprestos íntimos del aparato, esos que le dan un aire de dama desollada que se deja hacer la toilette. Veía partes del fuselaje levantadas, que mostraban interiores metálicos, fácilmente reemplazables; señores con uniformes multicolores que conectaban cables y caños a extrañas máquinas resopladoras que parpadeaban con sus manómetros. Se producían efectos mecánicos precisos; se enjugaban sin demora los exudados de aceite antes de que ensuciasen el cemento del suelo. En los lugares más convenientes, carritos amarillos y negros se comunicaban con las entrañas de la máquina con toda facilidad.

Eligia me esperaba en la silla de ruedas, abandonada en la pista, a un costado del avión brillante. Arriba, en la cabina, ya todo estaba oscuro. La joven azafata se había ido. Eligia me miró, pero no podía componer ninguna expresión. Solo por eso se decidió a hablar.

—Ay, Mario... no tomes tanto como Arón.

—No me compares con ese gángster. Mira lo que te hizo. Soy exactamente lo contrario.

Durante el vuelo nocturno de cabotaje a Milán, otra vez en avión de hélice, recordé a la azafata de la noche, que al dejar su turno me había señalado con el dedo a sus compañeras. Allí había empezado su traición, que terminó en la ambulancia. Aferré la navajita con fuerza.

III

Es suave como su mejilla se crispa
Fluyen las miradas que reconocen límites
y su cuerpo es una mezcla de maderas,
chapas y miedos nocturnos

RAÚL SANTANA

Nos albergamos directamente en la clínica donde operaba el profesor Calcaterra, en el sur de la ciudad, Vía Quadronno, callecita de edificios de posguerra que no eran más que cirugía de urgencia urbanística para paliar los destrozos de las bombas. Nos acercamos por Corso de Porta Vigentina, bordeando un paredón triste que escondía escombros, y al doblar nuestro taxi en la esquina de Quadronno, vi un barcito minúsculo. Llegamos a la clínica después de las diez de la noche y pedimos el cuarto más pequeño y un descuento por estada prolongada. Aun así, a la mañana siguiente, en la administración, confirmamos las sospechas que nadie en la familia había querido decir con franqueza: el precio del tratamiento quirúrgico de Eligia iba a terminar de arruinarnos.

Desde que pusimos nuestros pies en la clínica, todos los empleados demostraron que sabían al dedillo lo que tenían que hacer; ni una enfermera, ni una mucama vacilaba nunca. A nadie parecía llamarle la atención el aspecto de Eligia; la rodeaban de un aire de «aquí es donde debe estar».

La puerta de nuestro cuarto era verde, muy ancha, y su hoja se articulaba en dos, pero con una sola de las secciones sobraba para que pasasen tanto la gente como los carritos de curaciones o comidas. Daba acceso a un pasillo interior, con armarios del tipo de los que se encuentran en los clubes deportivos, y a través de otra puerta, pequeña, al bañito minúsculo, sin bañera: por el tipo de accidentados sin movilidad propia que se atendía en la clínica, habían sido planeados sólo para el uso de los

acompañantes. El vestíbulo y el bañito estaban diseñados al sesgo respecto del recinto principal del cuarto, de manera que si se dejaba la puerta abierta, no llegaban hasta la gran cama las miradas indiscretas desde el pasillo. La intimidad era sepulcral.

El recinto del cuarto estaba dominado por esa gran cama céntrica, articulada y con un mecanismo de ruedas que las enfermeras accionaban moviendo un pie. Frente a ella, se veía una reproducción con un panorama del Monte Sainte-Victoire en colores brillantes que impedían cualquier perspectiva aérea. Tapé la imagen con una toalla, pero durante los próximos dos años las mucamas la quitaban una y otra vez: «¡Pero por qué hace el malo! ¿No ve que los colores alegres tiran arriba el ánimo de la señora más que esas brutas toallas?». El profesor Calcaterra, en cambio, sonreía al ver la reproducción tapada.

En la misma pared, a la derecha del espectador que admirase la lámina —es decir, el paciente inmóvil— se abría, tan alto como la pared, un ventanal angosto con sistema de persianas regulable que permitía entrever el exterior. Afuera, casi todo el panorama era invadido por el ábside de la iglesia de Santa María del Paraíso.

A la izquierda de la cama estaban el vano que llegaba desde el vestíbulo sesgado, lo cual le daba un aire teatral a la irrupción de los visitantes, que aparecían en un solo paso y sorpresivamente, si no se anunciaban antes de viva voz. Sobre la misma pared del acceso, paralelo a la cama principal, un sofá verde, de plástico, que se transformaba en un pequeño catre de acompañante, mucho más bajo que la complicada cama central, puesto que apenas llegaba a la altura de las manivelas y palancas que elevaban o bajaban distintas secciones del gran artefacto.

A la derecha del lecho del internado se estacionaba la tabla-mesa, con ruedas, que se usaba para dar de comer a los accidentados sin moverlos. En pocos días comprobé que su pésimo diseño resultaba inútil. El piso del cuarto era verde y plastificado para facilitar su lavado con soluciones desinfectantes. Odio los plásticos.

Eligia parecía esperanzada. A partir del momento en que entramos en el edificio, aquella primera noche, se notó que un peso desaparecía de su ánimo. La actitud del personal de mostrarse familiarizados con las heridas tuvo en poco tiempo efectos narcóticos, la desconectó. Su espíritu se retrajo a una región más alejada de la vida de relación, menos responsable, en la que los pensamientos quedaban libres de girar hacia la esperanza sin arrastrar consigo las tristezas cotidianas. Pero este abandono de su identidad carnal también causó una pesadez mayor en las heridas, mayor densidad de la naturaleza rocosa de su mal. Mientras en el fondo de sus ojos brillaba una nueva serenidad (difícil de apreciar detrás de los plomizos párpados cubiertos de quelonios) el resto de la cara se cargó de una densidad silenciosa, que no había sido visible mientras ella se apoyó en la sustancia del dolor, en las muecas que hacía en la otra clínica para ir

verificando el progreso de las transformaciones de su cuerpo. En ella, lo rocoso había tenido —allá en nuestro país— una ingravidez lunar, pero en esas primeras horas en Milán, invertía su dirección, y en lugar de señalar la trayectoria ascendente del ácido, se había tornado en una materia entregada que quería arrastrarse hacia abajo, despegarse del hueso que tan mal la apoyaba, y caer hasta donde no llegase ninguna mirada, como si compartiera las intenciones de los arquitectos que tan bien habían planeado la privacidad del cuarto mediante el bies del vestíbulo de la habitación.

Por arte de la arquitectura y el trato impersonal permanecíamos tan solos como anacoretas. El aislamiento de toda tibieza incluía —de parte de los que trabajaban en la clínica— un formalismo disfrazado de humanitario buen humor. Mientras los cuerpos se atareaban por cumplir con su trabajo, sus voces propalaban fórmulas repetidas hasta el cansancio, que sonaban como la música de esos pianistas que recorren el mundo tocando unas pocas sonatas, ejercitadas todas las mañanas mientras leen el diario. Se escuchaban los «¡Buenas tardes! Le traemos una rica sopita, pero antes le vamos a controlar la temperatura». Se entendía desde la primera sílaba, que nadie esperaba una respuesta. Hubiera producido asombro una contestación que demostrase que se escuchaba atentamente la fórmula, un atisbo de diálogo, algo así como: «No es necesario que me tome la temperatura porque sé que estoy perfectamente bien. En cuanto a la sopa, primero quiero probarla, y si no me gusta, tráigame un muslo de pollo con salvia». Una réplica de este tipo era inimaginable, y aunque yo la imaginase y la pusiese en boca de Eligia cada vez que traían la comida, ella permanecía siempre en silencio, aceptando todos los platos y todas las fórmulas verbales.

La previsibilidad en la que quedaban encerrados los pacientes, sumada a aquellos interiores tan planificados, tenían un solo objetivo: que nadie molestase demasiado por el simple hecho de yacer destrozado, que nadie expresase una idea personal, que ningún adolorido hallase en el mundo que lo rodeaba el más pequeño asidero para creer que estaba justificado quejarse por su desgracia.

Si alguien lloraba porque le habían cortado una mano o la nariz, las enfermeras ponían una cara de consternación en la que se advertía una pizca de ofensa personal: «¿Por qué hace así? No ve que todos cuanto lo quieren bien aquí y hacen lo mejor para curarlo». Y si cabía, deslizaban una frase sobre el ocupante del cuarto vecino al que le habían quitado las dos manos y hacía bromas sobre las largas vacaciones que se iba a tomar. El final era infalible: «Y después, piense a los suyos caros, que lo quieren tanto bien. ¡Qué pecado si lo vieses lamentarse así!». Por lo general, el paciente se sentía al final de este discursito bastante avergonzado de sí mismo.

Esta camisa de fuerza aprisionaba a todos los verdaderos internos, aquellos de «larga estada»: al mes de yacer en esos cuartos, la muerte se presentaba como una alternativa insignificante para el cuerpo, que ya había sido abandonado por los sujetos

gracias a la ascesis de los imperforables modales del «humanitarismo sonriente». Ninguna extravagancia, ninguna acción imprevista de los pacientes acontecería nunca.

Detrás de esos modales discretos se percibían, escondidos y firmes, los límites verdaderos: el personal de seguridad en la planta baja y la sorda «línea de desmontaje de la vida», que funcionaba con formidable eficiencia llevándose los cadáveres y limpiando el cuarto en un instante.

La situación de Eligia ganó, con el tiempo, sus beneficios secundarios: un aire de importancia animaba a los más antiguos cuando decían que llevaban allí quince o veinte días. Se presentaba una oportunidad de despreciar a los que no eran en realidad de cirugía reconstructiva, a los colados de la plástica, a los de las narices con internación de dos días, para estar más bonitos, más lisos, los que no se internaban por una necesidad tan evidente como la falta de boca o nariz. Un respeto épico la rodeó después del primer año de nuestra estada en el sanatorio, pero al instalarnos, ante la pared de «humanismo sonriente», añoré a Arón.

Para recordarlo, mi memoria empezó por el globo de sus ojos, muy blanco y marcado cuando quería infundir terror y se esforzaba por mirar sin piedad. A partir de esas esferas blancas, la remembranza pasó a otros puntos prominentes —las cuencas de los ojos, el puente de la nariz— y de allí una cascada creadora fue generando las ventanas de la nariz, las mejillas... hasta que se completó mi reconstrucción deductiva, en la que cada forma llamaba a la siguiente. Solo entonces advertí que el origen, la esfera blanca del globo de los ojos, carecía de mirada.

Emprendí una búsqueda suplementaria, no ya de memoria visual, sino de reconstrucción de intenciones —la imprecisa psicología que en aquellos tiempos de mala divulgación me parecía además estúpida— con las que traté de recrear esa voluntad de Arón por penetrar en la carne de cualquier manera, de poseer con violencia a todo cuanto estuviese a su alcance, sobre todo aquello que se le escapaba o se estaba por desvanecer. Me encontré, sin quererlo, con el carozo de su pánico: la presencia de cualquier vulva. Conseguí por unos momentos apiadarme de esos espoletazos que lo habían convertido en Don Juan y violento. Pero después recordé las agresiones que yo mismo había sufrido de él y, egoísta, me sentí alguien con una conciencia ultrajada, un puro que odiaba toda agresión. Me declaré pacífico, no por amor a los destinos que la paz pudiera depararme, sino por conocimiento temeroso de los rincones del alma en donde se genera la violencia.

¿Qué hubiera hecho él en ese sanatorio? Sin duda, pelearse hasta la exasperación, arrastrarle el ala a alguna de las desabridas enfermeras, protestar por la disposición del cuarto, por la pobreza de la lámina, pedir que sustituyesen la montaña de Cézanne por algún grabado porno o de Goya, y armar una batahola bien tarde en la noche, para que

se enterasen todos en el piso de que él había llegado con su bata de pelo de camello, alamares y solapas matelase de seda negra... y llegaba para pelearse con cualquier ser que hablase con él durante más de diez minutos. Una ola de simpatía pasó por mi sangre. No lo podía concebir como acompañante, en un papel secundario, ni tampoco como paciente. Para internarse en ese sanatorio había que padecer alguna destrucción, pero no pude representármelo con las heridas de Eligia auestas. No tenía casi señales de deterioro cuando lo retiramos de la morgue. Lo habían guardado al frío, y lucía como un cadáver saludable, como si conservase todavía algún elemento indestructible: «Podría haber vivido mil años más», dijo el forense, frente a los familiares, que acariciábamos la esperanza de que algún cáncer fuese la explicación de su gesto final. Le habían anudado una banda que escondía las perforaciones de sus sienes y también sujetaba la mandíbula al resto del cráneo.

De la morgue, rápido al crematorio. Como el amigo testigo se desmayó, tuvimos que pasar nosotros. «Es una formalidad, no hace falta mirar», nos dijo el empleado del cementerio. Miré fascinado: primero la inmovilidad wagneriana rodeada de llamas, después la oscura carbonificación y hasta algún breve retorcimiento de despedida.

La imagen de Arón no cuajaba en esta clínica de restauración del rostro. La ola de simpatía volvió, pero la reprimí en seguida. No iba yo a permitirme esas afinidades. Él había planeado cuidadosamente su despedida para dañarnos a todos con el máximo efecto posible. No iba a dejarle ninguna puerta entornada —pensaba yo en aquella noche italiana—, me reconstruiría a mí mismo con la misma tenacidad que Eligia, contradiciendo todos los designios de Arón. Yo sería el anti-Arón; tendría mi propia manera de ser fuerte, de desafiar destinos. Mi indiferencia no iba a ser una deuda filial.

—No hagas como en el sanatorio de allá. Acostáte y dormí bien. Estamos cansados por el viaje —me dijo Eligia, esa primera noche en Milán.

La enfermera nocturna nos trajo algo de comer y anunció que al día siguiente, por la mañana, nos visitaría el profesor. La alimentación de Eligia ya estaba en los honorarios de la clínica, pero tuve que firmar un vale extra por mi sándwich. Consideramos con Eligia el problema de mi comida.

—Vos tenés la alimentación incluida —le dije— y yo voy a encontrar alguna fonda por ahí.

Me prometí buscar un lugar barato para aligerar el presupuesto de la familia y amortizar de paso algunos tragos. Fui al bañito para colocarme el pijama, mientras ella se cambiaba en el cuarto. Nos dormimos en seguida, pero desperté en una hora incierta de la noche. Comprobé que en ese lugar la oscuridad no cerraba nunca, porque por la celosía regulable de plástico se filtraba un poco de la iluminación lejana del Corso de

Porta Vigentina, sobre el cual estaba la fachada de la Iglesia del Paraíso. El resplandor caía en el cubrecama de algodón blanco de la cama de Eligia. Dormía empequeñecida, inmóvil y tapada hasta el cuello. Las frazadas de mi catre eran verdes, pero mis sábanas brillaban tan blancas como las de Eligia. Al tratar de incorporarme sentí una humedad tibia cerca del ombligo. Me indigné. ¡Hacía tanto que no me ocurrían esos derrames! No los esperaba, mucho menos después de los tragos en el avión. «Si uno se toma la molestia de beber hasta que lo suben a una ambulancia, lo menos que puede pedir en compensación es que no le sucedan estas cosas tan repugnantemente húmedas», pensé aquella lejana noche. El pantalón del pijama estaba mojado y el líquido se había escurrido por la cadera izquierda hasta encharcarse en los fondillos y humedecer también la sábana. Miré con terror a Eligia, que dormía en las alturas. Me imaginé el día siguiente, cuando alguna enfermera parecida a Catherine Spaak viese una mancha costrosa. Las olas de mi indignación crecieron. Le atribuí la culpa al medicamento que me dieron en la ambulancia, alguna de esas porquerías que disipan el efecto de la borrachera en un segundo, apenas clavan la aguja. No era la primera vez que, por borrachera, terminaba en una ambulancia; por lo general me daban coramina. Maldije al enfermero del aeropuerto, pero más maldije a la azafata que primero me había dado tantos tragos, para delatarme a sus compañeras y al comandante después.

Tratando de no hacer ruido, me escabullí hasta el pequeño vestíbulo y saqué del armario la lapicera que estaba en mi abrigo. Me duché, y lavé también con cuidado la parte sucia del pantalón pijama. Me coloqué otra vez la prenda húmeda. Volví a mi catre. Sobre la mancha en la sábana, que consistía en apenas un poco de humedad, derramé la tinta de la lapicera. Cada tanto echaba miradas furtivas a la cama que ocupaba casi todo el cuarto. Me movía en la penumbra, alumbrado por el reflejo del cobertor de la cama grande, que me servía de referencia para mis movimientos. Finalmente, me acosté de manera que la parte lavada del pijama coincidiese con la tinta de la sábana. En las horas que faltaban hasta la limpieza del cuarto, el agua, la tinta y el semen se secarían formando una mancha verosímil que delatase sólo a alguien que se había dormido con la lapicera en la mano. El calor de mi cuerpo debía apurar el proceso.

Nunca recordé cuál fue el sueño que me había acarreado esos efectos tan fértiles. Me llevó casi diez años percatarme de que desde esa noche había dejado de soñar o de recordar mis sueños. El último fue el del avión. En la clínica me había despertado con la confusa sensación de imágenes que huían envueltas en la niebla, pero en seguida me dediqué a las operaciones de limpieza y no las retuve. Durante los dos años siguientes, me asaltó con frecuencia la misma ansiedad por atrapar figuras huidizas, pero sin poder precisar nunca qué fantasmagoría había desfilado por mi cabeza. No volví a humedecer la cama en toda mi vida.

Por la mañana comprobé que mi estrategia de limpiar ensuciando había sido

inútil. La mucama del primer turno no se parecía a Catherine Spaak: era rubia, de pelo seco y corto, casi de cincuenta, con una gordura sólida, proporcionalmente distribuida en todo el cuerpo. Yo había dejado al lado de mi catre algunos libros, para hacer más evidente la situación. Cuando le traté de explicar lo que había ocurrido, ni me contestó. Quise un «biombo», una de las palabras italianas que no había aprendido mientras veía cine neorrealista. Para darme a entender, tuve que recurrir a gestos, lo que aumentó mi impotencia. Por fin, la mujer, que exhalaba un aliento con regusto a fiambre sazonado, exclamó: «¡Ah! Un paraviento. Pero a usted no le conviene un ‘biom-bo’ —pronunció con dificultad la palabra española y se rió—. Usted debe estar atento a su madre. ¿Usted se sentiría de dar pronto socorro, escondido detrás de un paraviento? ¿Cómo puede hacer atención detrás de un ‘biom-bo’? No, así no se cuida a estos accidentados. Yo me entiendo de estas cosas. Necesita ser alerta. Sería toda una otra cosa si usted contratase a una enfermera, al menos por la noche, para poder descansar o incluso salir a dar una vuelta, a bailar, no sé cosa podría tramar por allí... Entonces sí podría poner un biombo».

El precio por una enfermera especial era altísimo. Me pasó por la mente la imagen de una mujer desconocida velando, mientras yo, dormido y traicionado por las imágenes inaferrables, humedecía la sábana. «Comopués —insistió, al ver la cara que le ponía— si no todas las noches, alguna noche; tengo una prima que se especializa en este tipo de enfermos, ¡si viese cómo los mueve, como si fuesen marionetas rellenas de plumas, sin hacerles sufrir nada, nada! ¡es un don!, un don que se tiene o no se tiene. Con estos accidentados, lo más difícil es manejarlos. También darles de comer deviene un arte. Se imagine: un mal movimiento puede arrumar todo un trabajo de injertos; un pequeño descuido y todo va perdido. Y después, en más, el material —supongo que se refería a la piel, no a las gasas y algodones— termina pronto. Hay que cuidarlo mucho. Usted no sabe en qué lío se ha metido, todo solo. Venga después a ver la sala de curas, las grúas y banaderas especiales que hay que saber manejar para hacer este mester». Me molestó también la idea de una mujer con aliento a especias fuertes moviendo con una grúa a Eligia, como un títere relleno de plumas.

A media mañana volvieron las mucamas y enfermeras para repasar el cuarto. Apenas terminaron su limpieza, llegó el profesor Calcaterra, anciano saludable que hablaba con tranquilidad, aunque el sentido de sus palabras fuese inquietante. En seguida transmitió una confianza firme en Eligia. Yo, otra vez molesto, pensé que la pobre no tenía más alternativa que ponerse en manos de los médicos. La cara del profesor Calcaterra era sintética: la boca, la nariz y las cejas se resolvían en un solo trazo económico, mientras los amplios terrenos de la frente y la mejilla se extendían hasta las orejas diminutas, el pelo lacio, ralo, canoso, y la mandíbula en forma de proa.

El profesor estaba siempre rodeado de tres o cuatro asistentes, por lo general silenciosos, pero bien dispuestos a responder a cualquier duda. Parecía un equipo

capaz. Los honorarios ya habían sido arreglados por carta. El costo grande provenía de la clínica. La menguada herencia de Arón no iba a bastar.

—Será una larga cura, muy larga —dijo Calcaterra—, mas le aseguro que recuperará todas las funciones. El estrago ha estado grande, pero hay soluciones... Fíjese —fue señalando con su índice los vericuetos caprichosos que trazaban las crestas y cicatrices.

Su dedo se orientaba firme en una dirección, pero terminaba describiendo círculos que duplicaban los de la piel.

—¡Laberintos!, señora mía, en los cuales usted misma se pierde. ¡Invenciones inútiles! ¡Caprichos! ¡Laberintos! ¿Qué sentido tienen? He estudiado atentamente los informes de mis colegas de ultramar y las fotos...

—¿Fotos? ¿Qué fotos? —preguntó Eligia.

—Alguien ha tomado fotos en el quirófano para documentar el proceso. ¿No lo recuerda?... Quizá la anestesia... Un gran servicio a la ciencia —y se concentró en la cara de Eligia.

—¡Ah! Esto es un mal verdaderamente complejo: un laberinto en movimiento... —suspiró con pena teatral—. Hay visiones que sólo deberían estar reservadas para aquel que tenga una mirada superior, aquél que se anime a ver lo oculto con un saber más profundo que la confusión que produce el ácido, «saber reconciliador» dirían los religiosos que andan por aquí... Escúchelos.

—Pero pienso que con lo que ya vio usted en sus años de práctica —puse un poco de ironía en mi voz— habrá conquistado ese saber, esa visión profunda para interpretar aquello que ocurre.

—No, eso no lo he adquirido con la medicina. En esta especialidad, necesita contar también con aquello que no está al alcance de la ciencia, la mano, ni el ojo: los movimientos ocultos de la materia, los cambios bajo la piel. Hubo casos en los que cosía en el hombro y los puntos de sutura reaparecían por la cadera. Todo lo que entra en nuestra carne se convierte en botella al mar. No conocemos las cometas, ni sabemos qué fuerzas se mueven ni hacia dónde ni por qué. Tenemos registros, nada más, de lo que sale a la superficie. Aquello que verdaderamente sucede ahí adentro es inexplicable. ¿Qué nos oculta la piel? Necesita haber una enseñanza fundamental allá abajo, una razón por la que superficies tan deseadas, tan cantadas, tan amadas, se conviertan por un poco de fuego o ácido en un paisaje que asombra. No en desecho, ¿comprende?, no en un derrumbe: es una nueva construcción alejada de la voluntad del

arquitecto. Se necesitaría inventar una palabra que no existe, algo así como «derrumbe constructivo del enigma»... Solotanto así se explican esas regeneraciones portentosas que a veces ocurren. ¡Allá abajo hay una potencia! Verá cómo empiezan a emerger viejos puntos que le aplicaron durante ese tratamiento de urgencia; reaparecerán como si fuesen flechazos que vuelven del pasado. ¡Qué nocividad irrefrenable! Toda esta carne ya no sabe qué hacer consigo misma y su historia, ha perdido su norte y su sentido. No es extraño que lo que esté en ella quiera salir. ¿Sabe, señora, cuál será nuestra estrategia? Vamos a oponer, al remolino, el abismo ordenado. En la superficie, en la piel, sólo se encuentran soluciones superficiales, cosas de cirujanos de urgencia. Pero nosotros, los reconstructores, somos gente que trabaja sobre lo profundo. En vez de cubrir, vamos a adentrarnos, vamos a profundizar hasta donde el ácido no llegó. Por ahora, el laberinto ocupa más de la mitad de su piel, no hay salida. ¡Entonces cavemos! Es la única manera corajosa de solucionar esto. Señora, usted ha sido vitriolada. «Vitriolo», comprende —recitó unas latinejos que yo no pude descifrar, pero que suscitaron un chispazo de esperanza y respeto en los ojos de Eligia.

El médico me miró de reojo y notó mi desconcierto.

—Quitaremos toda esta confusión. La carne quemada formaba parte de una estructura mayor de músculos, muy compleja y sabia. Los médicos que antes curaron a su madre han quitado lo que estaba evidentemente dañado, pero dejaron restos de la estructura, aquéllos que no fueron quemados. Andamios inútiles ahora. Una estructura incompleta es el caos, o peor aún, un fracaso de la razón, ruinas en la que todo se pierde. Pondremos nueva materia, pero la vamos a fundar sobre bases sanas, cimientos firmes y claros —dijo casi en un murmullo.

Sus palabras tuvieron un efecto balsámico en Eligia, pero a mí se me figuraban como una nueva serie abrumadora de colores y formas; me pregunté cuándo llegarían hasta esos cimientos firmes y claros.

—Señora, cavaremos en busca del Creador, lo buscaremos en el fondo de las heridas de usted, señora. Lo vamos a buscar y cuando lo encontremos le pediremos que rehaga una nueva mujer. En modo que, a partir del odio que la ha herido, a partir de este maldito ácido, de estas heridas, usted, señora, encontrará la su grande verdad, sobre la que podrá edificar de nuevo, esta vez para siempre. ¿Sabe usted, señora, cuál es el símbolo del v.i.t.r.i.o.l.o. en la alquimia? Se sorprenderá: ¡Cupido!, el amor ardiente que flecha y regenera. Pero no es un símbolo caprichoso. Como el amor, el desollamiento por quemadura tiene su aspecto razonable: descubrir la belleza interior... Usted, joven, que tiene tiempo, vaya a admirar la estatua de San Bartolomé en nuestro Duomo, un santo tan transparente.

El anciano hizo sonar las palabras con dignidad y convicción. Las había tomado

yo como un exceso profesional, pero surtieron buen efecto en Eligia.

—Podemos empezar mañana mismo. Usted no querrá perder tiempo —terminó el profesor.

Les dio indicaciones a sus asistentes y enfermeras. Desapareció seguido por una nube de respeto y guardapolvos.

Desmontamos nuestros planes de ir esa tarde a Brera. Eligia tuvo que quedarse en la cama, a dieta estricta. Me envió a comprar unas pequeñeces. Sospechaba que otra vez iba a permanecer inmovilizada mucho tiempo y no quería que la tomaran por sorpresa.

Solo tuve tiempo de echar un vistazo al otoño milanés, mientras hacía los mandados. Apenas hube regresado, le trajeron un almuerzo frugal. Después de la visita de un asistente, le dieron sin mayores explicaciones algunas pastillas.

Salí al pasillo. En un rincón alejado de los cuartos y cercano a la guarida de las enfermeras charlaba un grupo de jovencitas, sentadas en pequeños sillones. Me saludaron sonrientes. En aquellos corredores, era el único rincón que tenía asientos. Hablaban de cirugía plástica y elogiaban al profesor Calcaterra.

—Me frota que cueste una fortuna. Es para toda la vida y el profesor es el mejor; ¡te da así... tanta seguridad, confianza! Y además, a mí me explicó todo lo que me va a hacer. ¿Ustedes saben que la nariz es una estructura? Cuando no es armónica, hay que derruirla completamente si quieres construir en su lugar algo armónico, que no te traicione ya jamás.

—Tengo una prima que es resalida bellísima; también sus notas en el colegio han mejorado.

—Es como comprarse un diamante que una va mostrar para siempre. ¿Y usted, cosa se hará? —me preguntó una de las chicas—. Mire que es coqueto... con esa naricita tan derecha.

—No. Yo soy sólo acompañante.

—¿De su esposa? ¿No quiere dejarla sola ni una noche, pobrecita?

Las empleadas de la administración ya conocían mi vínculo con Eligia; no podía negarlo.

—De mi madre.

Un aire de cofradía las hermanaba ya, a pesar de que se habían conocido pocos minutos antes, en ese mediodía: todas estaban en bata y camisón, todas se sonreían tratando de infundirse recíprocamente confianza, todas soñaban con un futuro perfecto a partir de mañana, o a lo sumo del mes próximo, cuando bajase el edema de la operación; todas tenían algún rasgo exagerado que las había mortificado toda la vida: ahora, la perfección al alcance de la mano y a corto plazo.

El profesor no operaba caprichos; si tomaba un caso, era porque lo consideraba necesario, como se podía ver en ese grupo. Cuando me desconecté de la charla y los sonidos, los ojos me mostraron un aquelarre de entrecasa. Bajo la luz intensa de la ventana, contemplaba lo que esas mujeres no iban a ser nunca más, o iban a ser a escondidas en sus recuerdos, lo que —inexplicablemente para sus esposos— iban a transmitir a sus hijos. Me las imaginé destrozando todas las fotos del «antes», tratando de que el tiempo echase un manto de olvido sobre esa etapa de sus vidas que terminaba la próxima mañana. No admitían lo imperfecto. Recordé mi escuela Herder de Montevideo, donde se convencía a los alumnos de que debían destrozarse ellos mismos las tareas mal hechas.

Las brujitas vivían el reverso de la situación de Eligia: aquí, mujeres jóvenes soñando con un futuro prometedor y al alcance de la mano; en el cuarto, una mujer soñando con un pasado conocido e irrecuperable. Me fui al bar de la esquina.

Se trataba de un lugar estrecho, completamente distinto de los que frecuentaba en mi país. Apenas dos mesas minúsculas, a las que nadie se sentaba nunca, un mostrador corto y sin escaño ni barra donde apoyar los zapatos. Solo se salían de la escala liliputiense una máquina de café expreso y un *juke-box*.

En el reducido espacio, charlaban de pie cuatro parroquianos. Su actitud dejaba traslucir prisa por irse; querían volver a sus trabajos. Los atendía un muchacho de mi edad, el único barman parco que encontré en mi vida. Estuve bebiendo media hora, hasta que se fueron todos los clientes. Entonces, alguien interrumpió mis cavilaciones.

—¿Tú eres a la casa de cura? —me espetó una voz femenina, estridente e imperiosa. La pregunta parecía casi una orden dictada por quien no había dictado nunca una orden. Llegaba desde un rincón tan apartado como era posible en ese localcito. Vi una pollera que cubría las rodillas y una blusa cruzada, muy suelta, sin cuello y con un solo inmenso botón a la altura de la cadera, de manera que se descubrían fugazmente porciones del pecho, más o menos generosas según los flameos de la blusa-bolsa. Ropa inadecuada para esa hora laboriosa. A pesar de las variaciones en la cantidad de piel entrevistada, el mínimo era ya más que audaz, y constituía la única sustancia atractiva en ese bar hostil, que hasta entonces me obligaba a tomar apurado, sopesando a cada segundo la posibilidad de volverme sin almuerzo a la clínica.

—Un puesto tan caro ese... Aunque claro que tú... —y pellizcó con desprecio mi abrigo—. ¿Me invitas alguna cosa?

Sin que yo hiciese un gesto, el joven barman le sirvió un líquido achocolatado.

—¿Haces compañía a la tu mujer? No me digas que eres tú quien quiere operarse.

No le contesté. Unos minutos después pedí otro whisky, para irme.

—¿Whisky? Pero de dónde eres... ¡Ah! Sudamericano. ¿Oriundo? ¿Hablas italiano?

—No conozco la ciudad y busco un lugar barato para almorzar. Tengo plata para invitarte, si no pides locuras. No tengo plata para lo otro.

—Conozco una tratoría a cinco minutos de marcha de aquí.

Cruzamos el Corso de Porta Vigentina. Del otro lado del muro se plegaba la inutilidad de los escombros, que escondían su misterio. Después nos internamos en un barrio solitario; bordeamos la parte de atrás de un gran edificio con parque, cercado por una verja que tenía remates dorados, hasta que llegamos a un restaurantecito vacío. Pedí bife.

—¿Paillard? ¿Bisteca?

—Cualquier cosa. Carne.

Ella ordenó una pasta. Me fijé en el menú y los precios consignados eran muy modestos. Casi no hablamos durante la comida. La mujer me miraba con un poco de fastidio, especialmente cuando yo me servía con apuro vino de la garrafa. Pedí la cuenta y me llegó un disparate.

—¡Doce mil liras la bisteca! Si en la lista está escrito tres mil.

—Caballero, fíjese bien por favor, son tres mil por *l'etto*.

Volví a mirar la lista, esta vez con más atención. Junto al precio de la bisteca había un asterisco minúsculo que remitía a una nota en el reverso de la hoja. Allí, con letras de cuerpo seis, estaba consignado, sin duda, *l'etto*.

—¿Qué quiere decir *l'etto*?

—Quiere decir cien gramos —me aclaró la mujer con una sonrisa.

—Mi bistequita no tenía más de doscientos.

—Nosotros la hemos pesado en la cocina —contestó con calma el mozo, mirando el plato en el que quedaban unos tendones rebeldes que yo sólo había podido cortar con mi navaja— y era una bisteca de más de cuatrocientos gramos.

La mujer se levantó para ir al cuarto de mujeres.

—Por lo tanto —agregó— son doce mil por la bisteca, más ensalada, vino, pasta y soda; total veintiún mil.

Pagué y esperé en vano el regreso de la mujer. Me sentí aliviado porque su huida me libraba de castigarla por el robo en que me había metido; sólo el mozo presencié mi humillación. Regresé al local de Corso de Porta Vigentina. Le pedí al barman que me vendiera una botella de whisky.

—Absolutamente prohibido vender botellas aquí... Y después, me queda sólo una, ya abierta. ¿Por qué no prueba un licor? Se lleva la botella por diez mil.

—¿No tiene...? —«petaca» era otra de las palabras que no había aprendido en las películas de Gassman. Entre circunloquios y gestos me hice entender.

—No, éste es un bar serio.

Pagué el licor, de un color artificial de mandarina. En un rincón la mujer se sonreía. Me guardé la botella, que tenía una forma imposible de esconder, con panza en el cuello y un cono ahuecado por la base, en el lugar en que debía estar el cilindro de cualquier botella decente. No le contesté el saludo. Había regresado al bar para burlarse de mí. Esa noche me quedé en la clínica. No cenamos ni Eligia ni yo.

A la madrugada vinieron a buscarla. Todo fue muy rápido. La llevaron en su cama, deslizándola sobre el mecanismo de ruedas. Entonces comprendí la razón de la anchura de la puerta de acceso al cuarto. Las enfermeras abrieron las dos hojas y por allí se fue ella navegando. La seguí hasta el quirófano, y esperé en una sala cercana. Una camilla muy, muy estrecha y alta se usaba sólo para retirar los cadáveres, según comprobé con el tiempo.

Salió en la misma cama rodante, cuando la tarde estaba avanzada. Unos días después me contó que le habían aplicado la anestesia en su lecho, y sólo la transfirieron al quirófano cuando ya estaba profundamente dormida. De esta manera le evitaban el mal trance de ver la sala de operaciones.

Al salir del quirófano, se afanaban a su alrededor varios médicos y enfermeras.

«Todo resultó bien» me dijo uno de los asistentes.

Solo cuando nos dejaron tranquilos en el cuarto, pude observarla con detenimiento. Faltaba todo. Los injertos de urgencia no estaban más; los pesados párpados con quelonios no estaban más, y las cuencas mostraban los ojos en blanco, hundidos y completamente inmóviles. Lo poco que antes quedaba de los labios y la mejilla más dañada, también había desaparecido. Se veían porciones de huesos del pómulo, de la mandíbula, los dientes y molares, con la lengua laxa que sobresalía un poco entre los huecos de la dentadura. El pelo estaba prisionero de una cofia. La contemplé varias horas, absorto.

—Todo ha salido bien —le dije, junto al oído; apenas movió un poco la cabeza y gimió pidiendo agua.

—Todo ha resalido bien —me dijo el doctor Calcaterra cuando pasó solo, tarde esa noche.

Me habló en susurros, en la oscuridad en que yo había permanecido velando por Eligia.

—¿Usted cree?

—Sí. Comprendo que ahora, el su aspecto pueda impresionar un poco. Ha sido una quemadura... que ni siquiera las de la guerra. Permítame que le dé un consejo — me tomó del brazo y me alejó de Eligia—. En estos casos, es necesario ser realistas. Como le advertí, no se trata de disimular, tapar, ocultar. Es necesario aceptar que ha estado inventada una nueva realidad. Su padre ha creado alguna cosa de nuevo. No podemos negarlo: entonces sólo nos resta darle a la tragedia su propia naturaleza, su camino para expresarse. Quitar las viejas ruinas, para que la nueva cara se forme en libertad, sin laberintos engañosos. La vida nos sorprende: con partículas mínimas, casi sin sentido, la creación multiplica la sustancia. Mandar vía los rebordes y quelonios, quitar toda esa cachivachería humana. Dejar lo esencial, para que el fabricante haga su obra sin desviarse ni entretenerse. Nada mejor que el aire, la luz, si se quiere que las formas tomen su mejor curso. Claro que más adelante vamos a ayudar con algunos colgajos. Esa mujer recuperará todas las funciones: párpados, labios, todo. Pero la estética, eso se lo dejamos a la vida. Permita que el mundo se familiarice con esa nueva forma. Solo lo que está a la vista puede ser comprendido; es lo que puede cambiar. Un misterio no cambia ya jamás. ¿Qué misterio puede mejorar? Usted no se deje impresionar. Por lo tanto, ¡coraje! Verdaderamente, usted no conocía las heridas de su madre. ¿La llama Eligia? Tome esta primera etapa del tratamiento como una revelación de la luz, del orden, de la claridad.

Esa noche actué como lo hacía en la primera clínica, y no me mudé de ropa. Me senté en el sofá-catre y al cabo de tres horas particularmente largas, fui deslizándome hasta que mi cabeza llegó al asiento. Me quedé dormido, acostado en un ángulo que delataba mi posición sentada originaria. Cuando desperté, vi desde mi lecho la cara de Eligia, en la penumbra de los reflejos blancos del cobertor de su cama, sin entender la imagen. De pronto, las superficies blancas de su rostro se ensamblaron. Acostado en la oscuridad miré anonadado: ante mis ojos estaban el cartílago nasal descubierto y su posición relativa respecto de las otras manchas claras en la cara. Vista desde un ángulo inferior y lateral, apareció la semicalavera de Eligia, que cada tanto resoplaba en su sueño forzado. La desaparición de la mejilla dejaba una hondonada muy profunda. En la penumbra, no se distinguían los colores, sino los grados de sequedad o de humedad en una imagen en blanco y negro. Los dientes perfectos que antes sólo aparecían cuando esbozaba sus sonrisas indecisas, se mostraban ahora completos, en una serie curvada y elusiva, materia inmaculada que se zambullía con prestancia en el tiempo y los dramas personales, y no se detenía hasta la desapasionada arqueología. En cambio, en las encías anchas y brillantes, bañadas de saliva por fuera, y palpitantes de sangre por dentro, borboteaba la vida.

Después de un tiempo que no pude controlar, me dije que, para mí, se había acabado la ilustración. No tendría nunca más la necesidad de buscar en la biblioteca de la infancia esas láminas anatómicas superpuestas, con todos los niveles de lo interior. Ya sabía lo que somos.

Se filtraba luz mezquina y artificial a través de la persiana.

Los días siguientes fueron absorbidos por los cuidados que requería Eligia. Apenas tuve tiempo para pedir un sándwich a las mucamas, o escaparme algunas veces al bar y pedir el licor más barato que hubiera. Tomé todos los colores artificiales de la química. El muchacho del bar guardaba esas botellas más por adorno que para servir las. Había licores púrpura brillante, violeta traslúcido y cristalino, verde esmeralda, amarillo claro o intenso.

En una de mis escapadas al localcito, la mujer me saludó con una sonrisa desde su rincón.

—¡Chau! Estás pálido. ¿Vas bien?

No le contesté.

—Sin tantos rencores, ¿no?

Cuando ya se me podía considerar el mejor parroquiano, el encargado del bar me

recibió un día con una sonrisa mínima. Al momento de pagar, el precio había bajado estrepitosamente.

—Precio de cliente —me dijo—. Me lo ha sugerido la Dina, para que usted no se me escape a beber quién sabe dónde.

Alentado por el nuevo costo, en la próxima visita tuve una conversación muy seria con el muchacho. Se trataba de terminar con los licores dulces; tenía que conseguirme whisky.

—Es demasiado caro para este bar.

—Entonces alguna otra bebida seca. ¿Grapa?

—Demasiado ordinario para mis clientes. ¿Qué clase de local te crees que tengo aquí?

La mujer salió del rincón apartado, me tomó de la mano.

—Ven que te muestro un puesto donde puedes comprar aquello que te guste. No me mires con esa cara toda arrabiada, ¿no sabes confiarte a la gente?

Caminamos en la tarde. Nos acercamos al centro de la ciudad. A los pocos pasos, caminábamos por un sector desconocido para mí. En una despensa, mi guía pidió una marca de whisky importado y pagó.

—Toma. Un regalo. Hagamos las paces. No tienes sentido del humor: Eres libre: puedes tirarla vía, si quieres.

Abrí la botella, bebí y la guardé en mi abrigo. Nos internamos en un sector de la ciudad compuesto de viejos edificios del siglo pasado que imitaban, en la medida de lo posible y ahorrativamente, las glorias del Renacimiento. No sé cuál de los dos se escabulló, pero a los pocos minutos caminaba solo y perdido.

Soy hombre de ciudad racional, uniforme y cuadriculada. En mis viajes anteriores, siempre me había guiado alguien, pero en esa ocasión quedé librado a mis pasos, ambulando por esas calles caprichosas cuyo trazado obedecía a murallas que ya no estaban, o vaya uno a saber a qué talleres de extramuros donde se habían fabricado armas o brocados, no para pelear o seducir, sino para vender a toda Europa, y que habían desaparecido dejando sólo un ensanchamiento o una plazoleta. Ninguna dirección era constante, ninguna referencia, estable; no había damero que enmarcase el conjunto. El ancho de aquellas arterias era indeterminado: a veces variaba por cambios bruscos, otras por transiciones imperceptibles; lo cierto es que nunca sabía si caminaba

por una calle, una avenida o una plaza.

Toda esa incertidumbre sin referencias empeoraba con la niebla obnubiladora que fue cayendo, la primera gran niebla densa del año. Costaba distinguir si a diez metros se podía doblar a la izquierda, a la derecha o no había salida. Traté de caminar en el espacio asignado como acera, que en algunos tramos estaba demarcado sólo por una raya amarilla, y en otros, por un minúsculo cordón, pero que nunca conformaba un refugio seguro para los peatones. En una esquina imprevista, un automóvil casi me atropello al doblar invadiendo la vereda simbólica. No me sentí seguro. Me pareció que atravesaba una sucesión de fragmentos que nunca se reunían. Pregunté a un caminante apurado por el frío hacia dónde quedaba Corso de Porta Vigentina.

—Es lejos... Es mejor doblar allí —señaló con el brazo una dirección imprecisa—, tomar vía Regina Margherita, que después cambia de nombre y se llama vía Caldara. Cuando llegue exactamente a Porta Romana... Veamos... Después tendría que retornar... No, no...

A medida que se perdía en sus explicaciones iba abandonando el recelo que sentía hacia mí, para concentrarse en su propio extravío.

—Haga así: de la plaza toma Corso de Porta Vittoria hasta vía Sforza... Todo vuelta, por ese camino retrocedería... ¡Le conviene ir hasta la plaza y preguntar allí a algún otro!

Traté de seguir sus indicaciones, pero no encontré la plaza y me perdí otra vez. Vi un edificio cuya fachada se ahondaba en un enorme portal con arco de medio punto, hecho por el arquitecto con toda la intención de comprimir a la pobre gente que pasase por debajo. Al fondo ofrecía cobijo un recoveco más pequeño, especie de zaguán con una puertita sobre la que alguien había dibujado monigotes y leyendas.

Me senté en el suelo del zaguán; bebí. A mi derecha yacían unos objetos convertidos en basura: cajas vacías con etiquetas desteñidas, un paragolpes niquelado, un lavatorio sin canilla. Estas piezas gastadas conservaban su alegría, o la habían recuperado sólo porque alguien las quería convertir en basura. Me llamó la atención que hubiesen escapado a la prolijidad de los servicios municipales milaneses. Imaginé que debían hacer un bonito efecto junto con los monigotes. Bebí y crucé la calle para ver mi zaguán en perspectiva. No estaba nada mal: los simples dibujos de tiza con alguna palabrota, y a un costado los objetos de metal y cartón.

Después eché a rodar mi mirada. El zaguán se escondía, empequeñecido, asediado por las dovelas gigantescas del arco titánico que lo cobijaba; éste, a su vez, quedaba inscripto en una serie de arcos iguales que se perdía en la niebla, en ambas

direcciones. Afuera del zaguán todo color era insuficiente, sobraba. Entre arco y arco, enormes piedras rugosas se oprimían entre sí en una sillería ciclópea que presionaba sobre los interiores con un peso asfixiante. La luz se convertía, sobre esas piedras grises, en un saco mojado, encogido y varios números más chico que la escala de los grandes volúmenes. Busqué con angustia algún límite, algún marco, los ángulos rectos que le diesen sentido a la construcción, que abarcasen un todo, que enmarcasen las tensiones, que las colocasen dentro de una certeza confiable. Cuanto más amplio era el giro de mis ojos, más fuerzas y pesos aparecían aplastando el zaguán. Esas construcciones, ominosas y gigantescas, terminaban por no referirse a nada: hacia arriba, se perdían en un resplandor apagado e incoloro detrás del cual debía de estar el cielo; a los costados, los arcos se internaban en la oscuridad de la calle. Toda continuidad, toda secuencia, toda reproducción, quedaban truncadas. Mi zaguán se veía apenas como una hendidura de color. Volví a él; al agacharme, un suplemento de alcohol llegó a mi cerebro y tambaleé. Me senté, pero ya no estaba cómodo. A través de las paredes sentía los enormes bloques haciendo presión. Tomé, recogí mis tobillos y me arrojé. Me adormecí hasta que una voz me espetó: «No puedes dormir aquí. ¡Vamos, vía!».

Un hombre vestido con un overol municipal me dio unos golpecitos con su escobillón. Estaba atemorizado, y se notaba en su cara pecosa una repugnancia indisimulada. Me levanté y eché a caminar sin rumbo. Cuando giré mi cabeza pude escuchar en sus labios: «¡Estos meridionales!», mientras recogía de mal humor los trastos abandonados en el zaguán y los arrojaba en su carrito de mano.

IV

Mientras el invierno se acercaba, mi vida en Milán era atrapada por la rutina. De noche, dormía sobre la cama sin cambiarme. En las primeras mañanas de mi estada en la clínica, la mucama me decía con tono de reproche:

—Una otra vez ha dormido sin abrir el lecho. ¡Pero qué chico extraño es usted! Si hubiera sido educado antes de la guerra, no resultaría tan holgazán. Hay que ver cómo aprendían entonces los muchachos a hacerse la cama y andar bien pulidos. ¡Qué hombre ese Mussolini! Pecado que se equivocó con la política exterior...

... Y se ahorrraba el trabajo de tender mi catre alisando sólo las frazadas plegando el mueble para transformarlo en el sofá de plástico adosado a la pared. A los pocos días dejó de hacer comentarios.

Inducida por el despojamiento de sus músculos, Eligia entró en un período de quietud. Para mí, el mayor inconveniente era la falta de párpados de ella. Durante las lecturas en voz alta que yo sostenía durante una hora, más o menos, a la mañana, y dos a la tarde, me resultaba difícil precisar si Eligia dormía o no. Sus pupilas podían estar presentes, señalando un completo estado de alerta, o ausentes, señalando la caída en sueño profundo, pero la mayor parte del tiempo permanecían la mitad ocultas, la mitad al aire, en una posición indecisa entre la vigilia y el sueño. De tanto en tanto, interrumpía mi lectura para decirme que lo último que recordaba era tal o cual pasaje del texto. Yo había pasado por ese fragmento varios minutos atrás, de manera que tenía que releer una considerable cantidad de páginas. No me hubiera molestado releer buenas páginas, pero en el primer envío desde mi país recibimos novelitas sentimentales y revistas de ayuda personal, del tipo «su enfermedad es una oportunidad espléndida para empezar una nueva vida». Solo aprovechamos un libro de divulgación de sociología con análisis de la vida cotidiana condimentado con un poco de alienación a la rosada. Escribí a mi familia aclarando el tipo de publicaciones que prefería Eligia. En noviembre nos llegaron novelas del *boom* latinoamericano y ejemplares de la revista de historia en la que habían publicado la proclama de Arón. El número más reciente incluía un artículo con la descripción de una batalla, lucha fratricida y sórdida, recordada por uno de sus participantes y cuyo manuscrito fue hallado pocos meses antes de nuestra llegada a Milán.

... Esa fría mañana, desperté a nuestro querido comandante y caudillo con unos mates antes de la salida del sol. Los otros oficiales se nos sumaron, y algunos trajeron sus porrones. Ante la inminencia del combate y el frío que nos calaba los huesos, el comandante hizo la vista gorda, y aun dio unos besos a las vasijas que tan bien nos predisponían. Nuestro comandante insistió después en montar un potro tordillo muy delgado y medio redomón. Me dijo que el caracoleo del animal levantaba el ánimo combativo de sus soldados. A mí me pareció pura vanidad. Para su mal, lo hizo herrar esa misma mañana, y, al internarse en los pajonales, el brioso bruto empezó a patinar como si caminase sobre lozas.

En ese campo de poca visibilidad, avistamos a los bandidos que perseguíamos, aunque una extraña niebla azulada, desconocida en esa región, no nos permitía ver cuántos eran esos forajidos. Nuestros héroes y esos salvajes cargaron con entusiasmo, unos contra otros, pero al son del primer tiro, ambas líneas se volvieron y huyeron a la disparada. Cuando después de mucho galopar, los oficiales de ambos bandos consiguieron reunir a sus cuadros y formarlos otra vez frente a frente, la tropa se negó a atacar de nuevo. Nuestro comandante, para instar a la carga, hizo caracolear al tordillo, y, después de unas palabras seguramente gloriosas que el vacío de la llanura se llevó sin que nadie pudiera antes registrarlas para la historia, desenvainó y emprendió el avance. No lo siguió ni un solo hombre.

La línea se mantuvo inmóvil. Esos cobardes sólo atinaban a mirarse furtivamente entre sí. A partir de ese momento, todo se me presenta en la memoria como extraordinario e inexplicable. Cuando el comandante se percató de que cargaba solo, trató de sofrenar a su tordillo, pero éste parecía actuar por alguna otra voluntad enloquecida, y llegó hasta pocos metros de donde los enemigos contemplaban en silencio lo que ocurría. Allí, el bruto resfaló y el comandante dio por el suelo. Ante esta situación, yo piqué mi alazán y llegué adonde había caído mi jefe. Traté de que se parase, pero el comandante estaba tan enfervorizado por el aguardiente que había probado antes de la batalla, que cada vez que yo lo incorporaba, tropezaba con una mata y volvía a caer. En esos forcejeos nos demorábamos, cuando el enemigo comenzó un avance al paso, quizá por curiosidad, porque la escena que protagonizábamos con el comandante era inexplicable para ellos. Tomé al comandante del pescuezo y le grité:

—Aguánteselas, desgraciado borracho. Yo me repliego.

En ese preciso instante, una pedrada golpeó al pobre hombre, que quedó tendido, resoplando y regurgitando. Yo apenas tuve tiempo de montar, cuando me vi rodeado de nuestros bravos rivales. Creí que me había llegado la hora, pero, increíblemente, nuestros caballerescos adversarios formaron a mis costados. Yo no cabía de asombro. Pasamos junto al comandante y no pude menos que pensar que si esa caterva que simulaba ser su ejército no fuese tan cobarde, él no estaría tendido en situación tan desairada.

Mientras tanto y contra mi voluntad —¡lo juro por mi honor!— tuve que conducir la línea de la caballería adversaria en una carga contra esos bandoleros que había rejuntado el comandante. Ambos ejércitos se encontraron frente a frente, y se entabló el más insólito movimiento militar del que se haya oído en la historia de la táctica. Cuando atacaba un ala de cualquiera de los bandos, las dos líneas, siempre frente afrente, empezaban a girar sobre los pajonales neblinosos, en el sentido de la presión, pero, antes de entrar en combate efectivo, el bando que estaba cediendo se recuperaba, hacía ceder a su vez alguna de las alas rivales, y el giro de los dos ejércitos se producía entonces en sentido contrario. Esta extraordinaria danza de ejércitos se prolongó durante horas, sin que hubiera que lamentar bajas, y sin que a la postre cambiasen en nada las posiciones de los dos cuerpos, de manera que más parecía una contradanza o un minué. Finalmente, las tropas del comandante —que a esta altura del combate dormía roncando con estrépito— empezaron a presionar en todas las líneas hasta que me liberaron de mi cautiverio. Pude así abrazar a mis heroicos compañeros y su esforzada tropa. Ante el enemigo en retirada, todos nuestros bravos prorrumpieron en hurras por tan difícil victoria, sin que nadie se cuidase de perseguir a esa caterva mal entretenida. Pero algún desgraciado me acusó, vaya uno a saber por qué rencor, de haber colaborado con el enemigo. Sin más trámite, esos brutos que me habían abrazado pocos minutos antes, me desmontaron y se dispusieron para hacerme la violín-violón, sin querer escuchar ni mis ruegos, ni mis lágrimas, ni mis razones, que son como sigue: Para protegerme de las inclemencias del tiempo, mi santa madre me había dado una de las esclavinas que vendía en su puesto en el mercado, única que le sobraba de una partida de cuatro, porque las otras tres se las habían comprado unos oficiales del bando contrario. Eran estas prendas muy solicitadas, porque mi madre empleaba los antiguos usos indígenas de los Andes, y telaba en un urdido que era igual que el tramado, por lo que sus prendas resultaban muy abrigadas e impenetrables a la humedad. Precisamente por causa de la húmeda neblina, me coloqué la prenda antes del combate, y el otro bando me confundió con uno de los suyos. Mis explicaciones tan sencillas no fueron atendidas y me aprestaba a dejar mi alma como única baja de la batalla.

Sin embargo, la caterva que festejaba a puro porrón la victoria, divisó de pronto a lo lejos una columna que se dirigía hacia donde estábamos. En mi desesperación grité «¡Vuelven los salvajes con refuerzos!» y esos peles que estaban a punto de degollarme escaparon como almas en pena. Solo yo quedé en el campo, desmontado y sin armas, pero con vida. Esperé en pie la columna cuya aparición puso en fuga a los bellacos del comandante, que seguía roncando. Pude así comprobar que se trataba de una patrulla de avanzada que habíamos enviado la noche anterior, y de la cual todos nos habíamos olvidado. Estábamos dándonos las explicaciones del caso con el oficial a cargo de la patrulla, cuando aparecieron unos jinetes a lo lejos. La columna puso cascos en polvorosa, porque según decían no habían recibido orden de combatir, sólo de observar. Por segunda vez quedé solo entre los pajonales.

Resultó que los arrieros que se nos acercaban no pertenecían a ningún bando, sino que estaban en la tarea de llevar unos animales para vender al ejército de los oficiales con esclavinas.

Cuando llegaron hasta mí, me trataron con gran consideración y me ofrecieron su mejor caballo. Yo me asombré de que agasajasen tan cumplidamente a un prisionero, pero no abrí la boca porque los arrieros llevaban tremendos cuchillos. Así llegamos hasta el campamento de quienes hasta esa mañana eran mis enemigos. Yo me di nuevamente por perdido, y estaba a punto de arrodillarme para pedir clemencia, cuando uno de los arrieros empezó a explicarles lo que había visto, y era lo siguiente: que yo, desmontado y sin armas, había puesto sólito en fuga a toda una patrulla enemiga. Tan pronto como terminó el relato del arriero, los gloriosos soldados entre los que me hallaba, me nombraron por aclamación su mariscal. Esa misma noche, entre los fogones en que se asaban las reses de los arrieros y se tomaba un vino espeso, empezaron a rodar las más veraces leyendas sobre mi valentía inagotable. Así me vi al frente de este ejército corajudo. Decidí para la mañana siguiente marchar sobre los salvajes que hasta esta madrugada me retenían con sus engaños, e imponerles a sangre y fuego los principios de la civilización, y si no alcanzan los argumentos contundentes de las Luces y la Ilustración, será entonces a puro violín-violón.

Y como no soy hombre de cortedades, a la mañana entramos a pata de lana en la ciudad y arrestamos a esos facinerosos que con engaños me habían hecho su compañero de armas. ¡Era cuestión de verlos bizquear mientras los degollábamos! Mis hombres dejaban clavados los cuchillos en las cabezas jugosas.

Después me lo trajeron al comandante, ese borracho por el que me había jugado noblemente mi vida sin que me concediese un mero ascenso, para no hablar de alguna medalla. Lo hice arrodillar sobre unos guisantes crudos, con orden de no quitar su mirada de las cabezas de sus compinches, clavadas en picas a diez pies de sus ojos.

Cuatro días lo tuve así, hasta que las moscas y los caranchos dejaron en blanco los cráneos. Tenía resuelto degollarlo también, pero los guardias me señalaron que era inútil, que de todas maneras había perdido el seso y ahora sólo les dirigía sus palabras a los muertos y las calaveras, como si fuesen los únicos seres que lo pudiesen entender...

Muchos años después, ya senador, pasé por ese mismo paraje y me hallé con unas plantas de guisantes cubiertas de figuritas de plata y papelitos. Me dijo un lugareño que habían nacido de los que estaban bajo las rodillas de mi rival, y que eran muy milagrosas. Para completar estas supersticiones, en toda la provincia se recordaba que mi rival había vagado durante años haciendo milagros a troche y moche, y que un rayo se lo llevó al cielo.

* * *

—Mario, me dormí.

—¿Cuándo?

—Cuando el oficial se pasa de bando.

El narrador se había pasado de bando en tantas ocasiones que decidí releer todo el artículo desde el comienzo, pero recordé a tiempo el final espeluznante y le dije a Eligia que nada bueno se podía sacar de ese texto.

Las cirugías tomaron un ritmo acelerado, o a mí me parecía así porque la falta de acontecimientos en la clínica echaba a volar el tiempo.

En Navidad, un sacerdote pasó a saludarnos, pero Eligia había sido operada dos días atrás, y no pudo recibirlo. Ésa fue la única de sus operaciones en la que, por la fecha, no la acompañaron cinco o seis narigonas, pero ella tenía tanto empeño en avanzar en su tratamiento que no quiso desperdiciar ni un solo día, sin cuidarse de las fiestas tradicionales.

El profesor nos veía con frecuencia y demostraba un interés científico y humano en el caso. Cuando ya la luz de Milán había tomado esa cualidad sin horario ni sombras que la caracteriza en invierno, ese gris difuminado que tan bien matiza con dorados, rojos y azules, pero aplasta el ánimo cuando ocupa solo todo el campo visual, el profesor miró con atención la cara de Eligia y exclamó satisfecho:

—Progresamos, progresamos. —Su índice volvió a planear trazando volutas, y dirigiéndose a mí agregó—: Mire cómo se ha simplificado la situación. No hay más laberintos; vamos directo al fondo del problema. Y en más, el cuerpo de esta mujer es solidario: fíjese cómo los labios de sus heridas cooptan en lugar de confrontar. Prueba de que trabajamos con un ser en armonía. Ahora que ya hemos terminado con el desorden, podemos sanar lesiones que por lo menos son coherentes. Vía con los queloides.

Mientras se dirigía a la puerta, extrajo con una sonrisa franca un papelito del bolsillo de su guardapolvo y me lo entregó.

—Estudie latín. Aprenda de su madre. ¿Qué va a hacer todo este tiempo, aquí en Milán, sin amigos ni amigas?

Guardé el papel sospechando que se trataba de algo que Eligia no debía ver. Me refugié en el baño y leí:

«VITRIOL: *Visita Interiorem Terrae Rectificando Invenies Operas Lapidem*: Desciende a las entrañas de la tierra y, perfeccionándolas, encontrarás la piedra fundamental».

Si durante las sesiones de lectura se me secaba la garganta de tanto leer, aprovechaba algún sueñito de Eligia y me iba al bar. Muchas veces cruzaba en la acera a la mujer que me llevó a la tratoría, que se paseaba en un trayecto de pocos metros o se acodaba contra el muro en Corso de Porta Vigentina. Se vestía con cierta sencillez, si se comparaban sus ropas con los atuendos de fantasía con los que trataban de llamar la atención sus colegas en otras zonas de la ciudad, más rojas que la aburrida vecindad de la clínica. La encontraba tiritando; se tenía que envolver en tapados de confección que no la protegían mucho ni del frío ni de la humedad.

Para bien o para mal, era la única persona con la que podía hablar, de manera que tomé la costumbre de convidarla con lo que ella quisiera, por lo general leche chocolatada caliente. Se llamaba Rovato, Dina. Mientras conversaba conmigo, controlaba de reojo el rincón del muro en el que solía esperar a sus clientes. Si llegaba un auto hasta allá, salía disparando mientras murmuraba, de espaldas a mí: «Discúlpame, un cliente». Apenas había desaparecido, el barman retiraba su vaso, de manera que a los veinte minutos, cuando volvía, yo tenía que convidarle otra chocolatada si quería seguir charlando.

En uno de los primeros encuentros, me preguntó quién era la mujer que estaba conmigo en la clínica.

—¿Quién te dijo que estoy con una mujer en la clínica? ¿Anduviste de chismes con alguna mucama?

—¡No! —dijo Dina entre risas—. Las mujeres de servicio no hablan conmigo; ni siquiera se detienen aquí, ahora que están todas a comprar la seiscientos... quién las aguanta a esas presumidas. Preguntaba así, por preguntar.

—Es una mujer muy importante y una verdadera belleza de mi país. A mí me paga para que la acompañe mientras se hace la cirugía rejuvenecedora.

—Extraño que no prefiriese una dama de compañía.

—Necesitaba alguien que además de cuidarla la protegiese. Tiene enemigos poderosos. Tú no sabes cómo son estas cosas allá, en mi país.

—Extraño que hayas aceptado un trabajo así. No te creo... ¿Cómo aprendiste a hablar italiano?

—Con los filmes de Gassman.

Dina permaneció unos segundos dubitativa. Finalmente se animó:

—Contigo hay alguna cosa de extraño, pero no sé cosa. —Y agregó con tono profesional—: ¿Por qué no me cuentas?

—Bébetese esa asquerosidad y vete a girar.

Luego de este cambio de palabras, no nos hablamos durante un par de semanas. Al tomar mis copas, podía verla por el rabillo del ojo, acodada en su muro. De tanto en tanto, me echaba miradas sonrientes, pero no sarcásticas. Después de unos quince días, entró una noche en el bar con un hombre.

—Te presento a mi príncipe —le dijo—. Es el que me violó por primera vez. Ten cuidado porque es sudamericano. Lleva una navaja y sabe cuidar a las mujeres.

El hombre me miró con temor. Pidió dos ristretos.

—Invítalo a tomar algo a él también —agregó Dina.

Pedí whisky sin esperar que abriera la boca. La mirada temerosa del hombre se tiñó, además, con la angustia del amarrete.

—Siénteme, caro: no tengas miedo, éste es mi hermanito, que me respeta mucho.

—Sí, claro —contestó el hombre mientras no me sacaba los ojos de encima.

Dina me miró.

—El señor quiere invitarnos a su departamento —me encogí de hombros.

Bastó que recorriéramos unos metros en el auto para que estuviera yo completamente perdido en esa ciudad de círculos excéntricos. Llegamos a un departamento pequeño y húmedo. No había ni whisky, ni vino, ni nada: me quejé. El hombre se me acercó con una mirada ahora despreciativa y burlona; medía unos quince centímetros más que yo. Me tiró unos billetes y dijo: «Ve a comprar lo que te guste; hay un local cruzando la calle; el pasaporte lo dejas aquí. Te quiero de regreso».

—El pasaporte no te lo dejo nada. Te dejo mi abrigo y basta.

A las dos horas estábamos los dos completamente borrachos. Dina hablaba con susurros sensuales a los oídos del hombre, sentados en un sofá, mientras yo me

mantenía alejado en el otro extremo de la habitación. En el tocadiscos sonaba una cantante metalizada, con gritos dramáticos y operísticos.

De pronto, la voz de Dina se sobrepuso con sus matices de prepotencia insegura, esta vez también con cierto dejo burocrático: «Ven, Mario. Sé bueno y viórame». Me saqué los pantalones con un «¡ufa!» de hastío. Dina, que ni se había quitado la pollera, trató de compensar mi desgano exagerando su resistencia teatral. Los pelos de su pubis se movieron como patas de hormigas que no van a ninguna parte. El hombre miraba atentamente hasta que, excitado, me incitó:

—Dale, pégale.

—Yo no le pego a nadie.

—Es mejor que lo hagas tú —me dijo Dina en voz baja.

—¿Qué, tienes miedo de una puta? —insistió el hombre.

—Si te gusta así, bien; si no, buenas noches. Yo no le pego a nadie.

—Déjame ver; apártate un poco, pero no salgas.

El cuerpo vestido de Dina se agitaba fingidamente en la oscuridad, mientras simulaba placer. Yo apenas me movía de aburrido. El hombre empezó a zurrarla con calma, pero con todas sus fuerzas; tenía su ritmo. Sentí que Dina se encogía de dolor, pero seguía representando la farsa de la violación. Mis manos, que sujetaban los brazos de Dina, recibían dos comunicaciones de dolor: una, continua, de movimientos desgarrados que simulaban resistirse a una violación; otra, espasmódica, auténtica, recorría eléctricamente a Dina al recibir los golpes espaciados del hombre. Trataba entonces de no gritar y hundía la cara en el sofá, pero su respiración se cortaba cuando recibía uno de esos puñetazos. El hombre sabía pegar provocando sufrimiento pero sin marcar. No era primerizo: sabía dónde trompear con la mano cerrada y dónde pegar con la mano abierta. Cuando después de un puñetazo, Dina gimió involuntariamente, el castigo cesó. El hombre le ordenó:

—Ahora chúpasela, pero hazlo venir afuera de tu boca.

Dina se aplicó obediente y estuvo afanándose durante un buen rato, hasta que el hombre exclamó defraudado:

—¿Entonces...?

Ni Dina ni yo contestamos. Finalmente, apartó a Dina de mí, echó una mirada

resentida a mi verga erecta y me dijo:

—Pídeme que te la corte.

—Escúchame, tengo una navaja en mi abrigo.

—¡Bravísimo! Te doy plata. Te doy toda la plata que quieras, sudamericanito. Aquí estamos de milagro económico. Un pequeño cortecito superficial, en la base, como si te castrase, apenas lo necesario para ver la sangre, ya que no tienes leche. Te imaginas que no quiero líos. Soy una persona para bien. Es un capricho inocente.

Fui a buscar la navaja de la azafata y la desplegué con la hoja dirigida hacia él.

—Lo de la navaja lo dije porque te voy a abrir si sigues hartando con eso de castrarme.

—Dale, qué te cuesta, es una cosa mínima, casi no se ve, lo hice tantas veces antes. Qué te cuesta; tanto, estás en el extranjero, ¿para qué la quieres?, ¿para estas putas? Si me das el gusto te ganas unas liras y te ahorras otras.

Acerqué el filo a su cara. Me miró a los ojos.

—Pero qué te habías creído... que era sobre serio. Ya me habían dicho que ustedes los sudamericanos tienen un carácter peligroso. No saben jugar. Son malos allá abajo.

Abrió su bragueta y puso su verga en la boca de ella. A los pocos segundos exclamó excitado:

—Chupa y guárdalo en la boca.

Dina emitió unos sonidos abdominales ahogados, mientras el hombre eyaculaba en su boca. Cuando retiró su miembro húmedo, exclamó «no escupas, no escupas, no tragues tampoco».

—Ahora ve y escúpelo en el pelo de tu sudamericano. Te doy cinco mil liras más.

Dina me abrazó con ternura y refregó su mejilla contra la mía. Después me fue dando besos en la cabeza, y en cada beso dejaba un poco del contenido tibio de su boca. Cuando estuvo vacía, encendió un cigarrillo. Mientras el hombre se lavaba, ella me susurró al oído: «Discúlpame, pero necesito el dinero... eres bueno; a mí me friega cosa te ocurre: ahora eres mi amigo, pero en serio... ¿Por qué no aprovechaste para venirte? Después de tantos meses en el extranjero. ¿Tienes alguna enfermerita en esa casa de

cura?».

Todavía preso de mi erección intemporal, me quedé paralizado desde que sentí la humedad en mi cabeza, pero de pronto me llegó una intensa conciencia de mi cuerpo, sentado sobre la alfombra, reclinado contra un sofá. Tuve después también conciencia de la vulva húmeda de Dina y el miembro todavía húmedo del hombre, y aun de todos los hombres que caminaban por la ciudad o dormían, con sus ridículas vergas, y todas las mujeres con sus ridículas vulvas húmedas, todas escondidas bajo calzones y calzoncillos, mientras sus dueños hacían compras, saludándose muy ceremoniosos, vendiéndose estupideces entre sí. Sentí que una gota se deslizaba de mi cabeza hacia mi espalda. Estallé en una carcajada. El hombre le hizo una seña a Dina con su índice sobre la sien y le dijo:

—Sírvale algo de beber.

Casi no podía tomar por la risa. Pude controlarme por momentos, pero tres copas después todavía me atacaban conatos de carcajadas.

Cuando regresé a la clínica, sentía demasiado cansancio para ducharme. Al día siguiente, tenía la cabeza llena de costrones blancuzcos, gomina reseca y tensa. También mi almohada quedó manchada, pero no tomé ninguna precaución ni la mucama notó los costrones.

Eligia atravesaba el período más descarnado de su tratamiento: los huesos de la mandíbula y de la nariz se mostraban con descaro. Amarilleaban los fragmentos en contacto con el aire y blanqueaban los cubiertos por una película de materia orgánica que no llegaba a formar piel, apenas una cutícula. Me pidió que le leyese un artículo, el último por unos días, puesto que en la próxima mañana había programada otra cirugía.

Salió del quirófano con un gran yeso en torno del tórax y aparatos ortopédicos con correas y hebillas, para inmovilizarle el brazo izquierdo, que quedó levantado, en ángulo recto sobre la cabeza, el antebrazo apoyado en la coronilla. Una tira de carne unía la parte interna del brazo —fijo, muy cerca de los huesos de la cara— con la parte inferior de la barbilla. Los médicos la llamaban un «colgajo», pero no colgaba, sino que estaba tensa y no permitía ninguna libertad.

Durante los siguientes días desarrolló un original sentido de la cinética. En la primera clínica, había inventado movimientos que le servían para autopercebirse sin manos ni espejos. Empleaba entonces gestos y temblores locales de la piel, parecidos a los de los caballos para espantar las moscas. En Milán, después de esta operación, desarrolló una gimnasia que estaba centralmente referida al colgajo. Cualquier parte del cuerpo que entrase en acción, lo hacía articulándose con el colgajo. En comparación con

el plan original de la anatomía humana, las posibilidades de movimiento resultaban escasas y, por supuesto, se agudizaron los inconvenientes para asistirse a sí misma. Los médicos le explicaron que atravesaba un momento crucial del tratamiento, que gracias al colgajo iban a tener materia para trabajar, de manera que Eligia tomaba precauciones patéticas para asegurarse el éxito. A través del hueco de su mejilla podían verse con claridad los dientes apretados, durante los esfuerzos que hacía por correrse unos centímetros sin movimientos bruscos.

Dos noches después encontré en el pasillo a uno de los grupos de exnarigonas, a las que los asistentes de Calcaterra habían operado, totalmente anestesiadas, en los minutos libres que les dejaban las intervenciones importantes.

Algunas charlaron conmigo; lo de siempre: «¿Cómo es de ustedes, allá abajo? ¿Cómo se la arreglan los italianos? ¿Usted es oriundo?». Era un coqueteo que implicaba matices originales: provenía de mujeres que habían estado convencidas de que eran feas, y desde veinticuatro horas atrás estaban convencidas de que iban a ser hermosas, pero en realidad tenían la cara hinchada y enormes ojeras moradas de boxeador, con vendajes que les cubrían la nariz y las obligaban a hablar en tonos nasales, con frases cortas y sin aliento. Nadie sabía a ciencia cierta cómo iban a quedar, y menos que nadie ellas mismas.

La que me dirigió la palabra con más frecuencia fue una morenita menuda de pelo corto y bata celeste, que mechaba su conversación con palabras inglesas, además de las abiertas vocales italianas, las cortantes labiodentales del dialecto milanés y la forzada nasalidad francesa del vendaje. No se le entendía mucho, pero me divertían tantos sonidos heterogéneos y me gustaba su cuerpo ancho y poco profundo, construido en sólo dos dimensiones. La bata lucía un complicado dibujo de *paillettes* y estaba cerrada con un gran botón cerca del cuello.

Las enfermeras se dirigían a ella con particular deferencia y satisfacían —incluso adivinaban— todos sus deseos, por lo que supuse que debía ser hija de algún médico accionista de la clínica o que provenía de alguna familia con influencia política. Era muy joven y me dijo: «Sabes, tengo un primo allá de ustedes. Se fue al final de la guerra, apenas levantaron las restricciones a los emigrantes. Se llama Peter Schweppes ¿No lo conoces?».

—No, hay mucha gente allá. ¿Por qué partió?

—Estupideces... cosas de la política.

Una a una, las otras operadas se volvieron a sus habitaciones, y quedamos solos. La enfermera de guardia nocturna nos sonrió y dijo: «Andad a dormir, que ya es

tarde... tanto... ¿cosa queréis hacer?».

—No sé qué me sucede, no tengo sueño —comentó la morochita.

Conversamos hasta muy tarde. Me dijo que se llamaba «Sandie» Mellein, que todavía iba a la escuela secundaria y que vivía en Milán, con su padre. Me confesó una ristra de intimidades, pero en aquellos años era habitual que un extraño comentase su vida privada en el primer encuentro, por la divulgación desmesurada que tenían las teorías freudianas. Esas charlas no revelaban nada importante de la persona que se confesaba, pero —en aquel entonces— servían para romper rápidamente el hielo y entablar una relación cercana. Después de un par de horas, las revelaciones íntimas y trascendentes se repetían hasta el cansancio. La conquistada franqueza servía para darnos cuenta de que los sujetos se agotaban rápido.

—¿Sandie es abreviatura de Sandra o de Sarah? —pregunté—. Pero ella se encogió de hombros sin resolver la duda. La manera de hablar de Sandie era precipitada. Por causa de esas mismas vendas que la embozaban, más la hinchazón de los ojos, yo no conseguía distinguir sus rasgos. Al farfullar detrás de las vendas, revoleaba su mano izquierda en vuelos que hubieran debido subrayar su discurso, pero que en definitiva actuaban completamente divorciados de las palabras.

Me contaba, además, banalidades simpáticas sobre sus compañeras de escuela y su familia; tenía un modo fresco de equivocarse. Advertí que usaba palabras inglesas como *beach-boys*, a propósito de sus vacaciones en Hawái, o «cereal» (lo pronunciaba «siria», y la *e* final apenas si asomaba por su garganta con una hipercorrección pedante) a propósito del desayuno que había ordenado para la mañana siguiente. Sin preguntárselo, me dijo su edad: diecisiete... y me preguntó la mía.

—¡Ah! Veintitrés. Eres ya un hombre.

«Seis años de diferencia no deberían ser tantos —me dije—, Arón le llevaba veinte a Eligia». Traté de seguir las palabras banales de Sandie, pero de pronto me asaltó desde adentro una frase rotunda: «Así terminaron».

Tuve el impulso de volver al cuarto o ir al bar. Para desterrar tentaciones, volqué toda mi atención sobre mi interlocutora. Su familia pertenecía a la ciudad, donde fabricaban desde mucho tiempo atrás las medias para mujer «Cavaliere Marco» y, recientemente, telas para ropa. Le pregunté si no convenía un nombre más femenino, algo como «Piel Suave» o «Durazno», pero resultó que el tatarabuelo fundador de la empresa se había llamado Marco y las medias se seguirían llamando «Marco».

Lucía un peinado cuidado, batido y con un flequillo sobre la frente, auténtica

hazaña de coquetería, si se consideraba que un día antes le habían aplicado anestesia total, y algún ignoto cirujano interno le desmenuzó la nariz a martillazos.

Me esforcé por recordar si la había visto antes de la operación, pero, o no la había visto, o no me había impresionado. Perdí así la última oportunidad de conocer a Sandie al natural. Luego se había abalanzado voraz sobre el borrón y cuenta nueva. Notaba en ella la prisa por estrenar con coqueterías su otra cara, de medir su poder. Un extranjero era el terreno apropiado para esos experimentos. Se le transparentaba la intención de vivir el primer amor de su nueva bella vida, de convertir ese romance en un tapón de los años anteriores, los años de las narices largas. Yo había sido elegido como terreno experimental de sus seducciones, testigo que debía desaparecer cuando los mohines estuvieran perfeccionados.

—Tengo un alma un poco difusa, como si una pantalla de pergamino se interpusiese entre mi conciencia y mi inconsciente. Mi conciencia es nocturna, lunar, como dice el horóscopo de *Bella...* Lo confirma una psicóloga norteamericana que, basándose en Freud, ha establecido las categorías científicas del carácter femenino, en un libro que se llama *The Goddess you will be*. Por la falta temprana de la mamá y el tipo de relación que establecí con el papá, queda clarísimo que me rigen divinidades que simbolizan la liberación por mérito propio, como Atenea o Shiva. Ahora que voy a ser bella, debo superar esta tendencia que tengo a explorar mi preconsciente, a actuar según las órdenes del ello, *the it*. Debo esforzarme por mirar en el espejo sin complejos. Para una ariana como yo, ésta es la época adecuada para los grandes cambios. Por eso decidí operarme ahora. ¿Tú lo sabías que, para Freud, la anatomía es el destino? Por lo tanto, la manera más directa para influir sobre el destino es una bella cirugía plástica. Hay una psíquica, aquí en Milán, que está a trabajar en una combinatoria de las teorías de Freud con los astros. La he consultado antes de hacerme operar, por supuesto, y me dijo que las mías pulsiones cósmicas me modelarán desde el interno, apoyando el modelado exterior del profesor Calcaterra, gracias a una conjunción de Júpiter y Saturno. Ahora que el ascendiente de Júpiter influye sobre mi nariz, empieza el mejor período para cambiar la mía antigua personalidad... *It's the right way*.

Etcétera.

—Cuando yo esté mejor, vienes de nosotros, a casa —me dijo de pronto, con seguridad, como si ya ejerciese algún dominio sobre su primer admirador.

A la mañana siguiente, Eligia, todavía muy abotagada por la operación de dos días atrás, me pidió que le leyese la nota de tapa de una revista de actualidad que había llegado con el último envío:

«Les presentamos este documento, que es el fruto de una de las investigaciones

más detalladas que se hayan realizado en Sudamérica por un medio periodístico. Gracias a ella, y después de casi un año en que nuestros sabuesos encontraban y perdían el rastro complicado y secreto, podemos escribir lo que debe ser considerado como la verdad definitiva sobre uno de los misterios más celosamente guardados de estos tiempos: el destino del cuerpo embalsamado de la esposa del General que dominó la historia del siglo veinte en estas latitudes. Nos enorgullecemos de haber tenido éxito allí donde los mejores corresponsales extranjeros fracasaron. El material que presentamos en este artículo está respaldado por declaraciones firmadas y cintas magnetofónicas guardadas en lugares seguros...

»Con su habitual energía, la esposa del General luchaba contra sus enemigos de siempre, los ricos. Cuando le sugirieron que viese a un médico por sus hemorragias cada día más frecuentes, contestó indignada: “¡Ni loca! Los médicos son todos oligarcas. ¡Me quieren eliminar!”.

»Mientras la mujer se negaba a atenderse, un eminente científico extranjero abría sus ojos asombrado ante un emisario secreto del gobierno.

»—¡Pero cómo se le ocurre que puedo aceptar una propuesta así! Si la señora está viva. ¡Cómo quiere que me ocupe de ella! Es sacrílego.

»El gran científico no era oncólogo ni médico clínico; su especialidad, el embalsamamiento. Después de una vida de estudios y experimentos, había desarrollado un método asombroso para conservar los cuerpos casi intactos.

»Sin embargo, a medida que el desenlace era evidente y los honorarios ofrecidos crecían, el genio fue cediendo y, media hora después del deceso, el científico instaló su complejo instrumental, que incluía enormes finas con grúas y otros complicados aparatos, los cuales se emplean habitualmente para manipular a las víctimas de quebraduras múltiples o de quemaduras muy graves y extensas.

»El método del profesor estaba tan perfeccionado que permitía completar el “tratamiento de eternidad” sin tocar el cuerpo, estragado por la agonía. El científico ordenó un secreto absoluto en los cuartos del Palacio Presidencial en los que desarrolló su labor. Había un motivo para tanta reserva. El cadáver debía ser deshidratado y disecado completamente antes de devolverle su belleza para siempre. Nadie traicionó el secreto.

»Solo habló un mandadero poco confiable, un adolescente apenas. Dijo que echó un vistazo a través de una puerta que se entreabrió fugazmente. Palidece y menciona una terrible momia arrugada, de una piel petrificada como un mineral morado, de rebordes que cercaban oscuros abismos de la carne muerta y evaporada. Pero todo esto

permanece en la imaginación de un pobre joven que abrió la boca una vez y desapareció para siempre. ¿Encerrado de por vida en un manicomio, como aseguran algunos? ¿Ajuste de cuenta con un bocón, por parte de los custodios? ¿Simple modestia? Toda especulación es inútil. Ese período permanecerá en el secreto para siempre. Lo obvio fue la belleza del resultado final, pero durante el largo tratamiento de casi dos años, ni siquiera el General se animó a mirar a su esposa. Una sola vez vio el cuerpo de su mujer, de lejos y sumergido en esteres perfumados. El curtido militar palideció hasta el punto que sus escoltas temieron un infarto.

»Finalmente, de las habitaciones que algunos ordenanzas llamaban con temor la “clínica de la Eternidad”, salió no ya la esposa del Presidente, sino una muñeca angelical: era ella sin duda, pero cuando tenía doce años, cuando su belleza había sido más perfecta, su piel más blanca e impecable y su alma no había sufrido todavía los desgarramientos de la política y la enfermedad. Por su parte, el gran sabio declaró a la prensa: “Es un trabajo perfecto. Este cuerpo es imputrescible, eterno. Solo lo podrían destruir el fuego o algunos ácidos”».

—¿Hay fotos del cuerpo embalsamado? —me preguntó Eligia.

—No, sólo de ella cuando vivía —le contesté.

No se interesó en mirarlas. El artículo seguía con una serie increíble de peripecias que el cuerpo de la mujer sufrió desde que el General fue depuesto hasta que la momia desapareció. Todas las pistas que se siguieron resultaron falsas, incluso algunas que conducían a Europa.

Eligia se mostró particularmente interesada cuando el expresidente civil y constitucional que la había nombrado a Eligia al frente de la educación primaria, y que dirigía el partido al cual ella pertenecía (partido de personas tan estudiosas y razonables que parecían todo lo opuesto a los fogosos partidarios del General, y por consiguiente terminaron siendo sus aliados) declaraba en la nota que el cuerpo había sido destruido con ácido. Según los rumores, eran precisamente los amores de Eligia con ese presidente los que habían desatado la furia de Arón.

Se cronicaban luego en el artículo aventuras aun más increíbles. Terminaba con un informe secreto, redactado según parece por alguno de los militares que con tanto éxito habían planeado la desaparición del cuerpo. Los párrafos finales situaban la acción en un barco:

Después de unos minutos emergió, por la escalera que daba a los camarotes, la figura del sacerdote, impuesto ya con los hábitos. Apoyado contra la borda estaba el cajón, sobre una tabla que serviría de improvisada plancha de deslizamiento. En medio de un silencio tenso, el sacerdote

ofició la ceremonia. El responso se alzó lúgubre, seco, sobre la cubierta de la embarcación. La cadencia de las palabras rituales pareció sedante; los hombres bajaron la cabeza y escucharon el amén final.

Después, reducido a su pequeñez material, el ataúd se deslizó por la borda, golpeó el agua con un chasquido, flotó unos instantes y se hundió lentamente.

El marino no pudo menos que asomarse a contemplar ese remolino tan simple, tan definitivo; la sonda indicaba en ese punto veinticinco metros de profundidad...

Interrumpí la lectura para sacarme una vieja duda de encima.

—Cuando a los diez años me llevaron a la cárcel de mujeres con vos, ¿fue por orden de ella?

—No sé.

—Pero vos organizaste un acto de homenaje a la esposa del Libertador, una mujer del siglo pasado «tan de su hogar», el mismo día en que los generalistas realizaron una marcha en homenaje a la esposa del General.

—Sí. Pero a nuestro acto fueron cuarenta personas y al de ella doscientas mil.

—De todas maneras, se odiaban.

Ella pensó largamente antes de responder «sí».

Luego de la lectura, oímos golpes suaves en la puerta. Era Sandie; ya había despachado su «síria-1». La hice pasar y las presenté con curiosidad.

—Cómo va señora. Las enfermeras me han hablado tanto de usted.

Siempre me había resistido a invitar gente al cuarto de Eligia, sin saber cómo le caerían a ella. Me decía que era necesario tener en cuenta que no podía levantarse e irse si algo le molestaba, pero, además, me invadía el sentimiento de que la visita de alguien que no perteneciese a la clínica resultaba una presencia que me ofendía.

Eligia miró la hinchazón de los ojos de Sandie —toda esa sustancia sobrante— y le dirigió unas pocas palabras muy amables. Sandie no necesitó más para disparar con simpatía sus anglicismos y revolear la mano sin ton ni son. No se quedó mucho tiempo.

Se le escapó un:

—Después de mañana, cuando Marte entre bajo la influencia de Venus, será un buen momento para trabajar sobre la catexis de nuestro narcisismo secundario. ¡Estoy segura de que mejorará mucho!

Antes de irse, insistió en que la llamase, me dio su teléfono y me susurró...

—... y si no me llamas tú, te llamo yo.

Cuando fue a despedirse de Eligia, se acercó a ella con su mejilla extendida y los labios fruncidos al aire, para darle uno de esos besos de mujeres —*cheek to cheek*—, pero advirtió a tiempo la *gaffe*, y se frenó con una sonrisa. Los brazos de Sandie eran de una piel cetrina que parecía una sustancia impenetrable y opaca, que se podía derretir pero no abrir. Se le veían varios lunares en el cuello y me pregunté por qué no se los operaba también, hasta que caí en la cuenta de que, por la manera en que los mostraba, debía creer que la hacían interesante. En cuanto a su cara, era para mí un misterio sin descubrir; cita a ciegas. *Blind-date*, hubiera dicho Sandie.

Desde la gran cama no se oyó ningún sonido cuando partió, pero varios minutos después se oyó un murmullo entre las sábanas:

—Parece una joven correcta... No dejes de aceptar su invitación.

V

Entre las pocas visitas que recibimos en febrero llegó el capellán de la clínica. El enjuto religioso se mostró bastante sorprendido cuando la vio a Eligia; los pacientes graves lo intimidaban. Era un hombre de rasgos regulares, clásicos, y una piel vigorosa y curtida, con una red ordenada de profundas arrugas que partían casi todas del ángulo exterior del ojo y se desplegaban en abanico. Le asomaba una barba gruesa y rala, que crecía en todas direcciones: casi blanca en las sienes, gris en el mentón y negra en el bigote. El cabello, todavía oscuro, se desparramaba en libertad. Mostraba sin disimulo su origen humilde: su cuerpo conservaba en cada rasgo señales de que había trabajado muchos años a la intemperie; una presencia extraña en la clínica de las narigonas con plata. Le preguntó a Eligia si quería confesarse, y los dejó solos antes de escuchar la respuesta.

Cuando el sacerdote salió del cuarto, parecía más indeciso todavía. La mayor parte del tiempo tenía los ojos abiertos con asombro, pero cada tanto los cerraba con fuerza y todo su cuerpo se concentraba en ese gesto, mientras la mandíbula barbada se hundía en el pecho. Entonces sus arrugas se marcaban como si fuesen abanicos sobre las sienes. Había realizado ese gesto un par de veces mientras yo permanecí con él y Eligia, en el cuarto. Al salir, después de un instante de vacilación, repitió el mismo gesto. Me echó una mirada de estupor, y dijo que esperaba vernos en la capilla apenas Eligia se pusiese en pie, pero, en cuanto a mí, podía ir sin aguardar la recuperación de ella.

Cuando chico, yo había pasado por todas las etapas habituales de catecismo, comunión de traje azul oscuro —el primero de largo— con moño blanco en la manga, misas los domingos con novia para charlar a la salida. Después, como era de rigor en aquellos años, dejé de cumplir con los preceptos, pero nunca llegué a burlarme de los símbolos. A mis compañeros de estudio les decía que era una tontería perderse todo el arte sacro que había financiado la Iglesia o, cuando estaba un poco tomado, que ser católico era la única manera que yo conocía de disfrutar de mis pecados, pero en los momentos de gran angustia o de miedo, entraba en una iglesia y rezaba.

En Eligia, había notado cierto acatamiento blando a la religión, mezclado con una lasitud que podía provenir de su padre ateo o del hecho de que había iniciado sus trámites de divorcio de Arón a los siete meses de casarse y, cuando Arón la atacó, veintiocho años después, él la había convocado precisamente con la excusa de resolver definitivamente esa separación que siempre terminaba en reconciliación, ese

apasionado divorcio infinito. Con sus escritos judiciales se podía escribir un tratado del amor en negativo, no tanto por lo que los papeles decían —ambos habían mantenido un tono general de recato en las causas—, sino por lo que se adivinaba en lo que los escritos no decían. La pila de documentos que comenzaban con un «Inicia juicio de divorcio...» terminaba por remitir a esa zona callada e inexplicable en la que se gestaban tanto las reconciliaciones de los litigantes como los próximos conatos de divorcio.

Arón, por su parte, se veía a sí mismo como un rival de Dios, de cualquier Dios. Lo apostrofaba con frecuencia, en parrafadas bastante largas. Nada de «¡maldito Dios!» o imprecaciones de dos o tres palabras: le dirigía discursos de igual a igual, y le escribía largas cartas —a Él o al Papa— que después incluía en sus moralizantes novelas pornográficas. Tenía una habilidad especial para terminar siempre en los márgenes de la sociedad, pero no como lo hace la mayoría de los escritores más o menos malditos, que, por debajo de sus invectivas, golpean la puerta con respetuosa tenacidad para entrar en el poder y la fama, sino con un sentido absoluto del margen, como si fuese su mundo natural o como si él se sintiese el creador del margen. En su correspondencia con Dios, se mostraba más bien acusador que iracundo. Le suponía una bondad indiscutible y la obligación de realizarla en la Tierra, principalmente entre los desgraciados. Por lo tanto, Arón representaba sin darse cuenta un rol que él nunca hubiera aceptado explícitamente: el de alcahuete. Le señalaba a su corresponsal la maldad del Universo en un tono que escondía, detrás del tremendismo, los «mire, señorita, lo que está haciendo el niño Fulano» de los alumnos más aplicados de la escuela. Como Dios no daba señales de prestarle más atención que al resto de los humanos, Arón se sintió profundamente defraudado. Una de las razones de su suicidio fue, sin duda, tratar de humillarlo mostrándole hasta qué punto había fracasado con Arón Gageac.

Por las noches iba yo al bar, donde tarde o temprano aparecía Dina, que me trataba de una manera distinta, con un tono jovial y fraterno. Sobre nuestras charlas pesaba siempre la posibilidad de que la llamasen desde un coche. A veces, sus ausencias eran tan cortas que cuando volvía reanudábamos la conversación en el mismo punto. Nuestros temas versaban sobre los nuevos productos de las tiendas o nos divertíamos criticando a los clientes de ella o los parroquianos del bar. Pero en poco tiempo se agotaron estos temas y preferimos permanecer juntos y callados. Nos inventamos un silencio acogedor, en el que cada uno se concentraba en sus problemas, pero cerca del otro, quien a su vez estaba tan amistosamente dispuesto a entenderlos, que no necesitaba hablar. Después de que cerraba el bar, a medianoche, me quedaba junto a ella y, si cabía, la acompañaba con algún cliente que nos conocía. Pero si el cliente ponía fea cara, me quedaba solo, en Corso de Porta Vigentina, tomando de la petaca, bajo el invierno todavía riguroso.

En una ocasión, Dina entró al bar con un anciano delgado y pálido, de carnes colgantes, al que le temblaba la papada, por algún Parkinson incipiente o porque estaba emocionado. Me invitó a acompañarlo, junto con Dina, a su departamento.

—No me interprete mal. Se trata de algo serio, artístico.

Dina lo arrastró a un rincón y conversaron en voz baja. Ella le mostró la mano con los cinco dedos bien abiertos, y se la volvió a mostrar unos segundos después, pero con sólo cuatro dedos extendidos. El anciano asintió resignado. Después, Dina me pidió que aceptase la invitación y los acompañara.

Nuestro amigo vivía en un par de cuartuchos oscuros y pobres. Charlamos apenas unos minutos, como si se tratara de una reunión de familia no muy íntima. Después de uno de los silencios, el viejo miró esperanzado a Dina y preguntó: «¿comenzamos?». Ella dio el visto bueno con un aire serio de autoridad.

El decrepito dueño de casa se retiró al cuarto vecino y volvió vestido con un tutú. Las piernas estaban ceñidas por calzas y los brazos por un buzo, de manera que sólo quedaba descubierta la cara blanca. Era muy flaco, pero tenía una gran papada temblorosa. Se escondió en el sector más oscuro de la salita, iluminada por una bomba de luz que, sin ninguna pantalla, colgaba del techo, muy cerca de la puerta de entrada. El viejo apoyó su frente en la pared.

—Dale —exclamó Dina—, muéstranos lo bravo que eres.

De espaldas a nosotros, agitó negativamente la cabeza, en silencio. Dina insistió varias veces y le aseguró que tenía mucho interés en ver su arte. Le hablaba razonablemente, hallaba argumentos con facilidad, porque era obvio que ya había sido persuasiva con él en otras noches, pero el anciano —por lo menos su espalda— se mostraba terco en la negativa. Finalmente, Dina arguyó: «Piensa en el señor, que ha venido desde Sudamérica exclusivamente para admirarte, y no le puedes hacer este desaire». El anciano giró tímidamente y murmuró: «Solo por el señor crítico que viajó desde tan lejos».

En la sala no había ningún aparato que pudiese reproducir música, pero eso no amedrentó al pobre viejo, que dio unos pasos de *prima ballerina* hacia la luz cenital, sin matices, y dijo: «Primera posición», con los pies en una sola línea y los codos levemente hacia afuera. Desarrolló una ilustración elemental de ballet, y cada nuevo paso era anunciado con voz cascada pero entusiasta. Después venía la ejemplificación. Realizaba sus pasos con torpeza, como si hubiera avanzado muy poco en las prácticas de su niñez y luego hubiese dedicado toda su vida a tareas que nada tenían que ver con su cuerpo. Repetía la posición varias veces y saludaba con una reverencia que yo aplaudía con

entusiasmo sarcástico. Al practicar una *attitude croisée*, golpeó con la pierna levantada un florero que cayó y se quebró. Era el único adorno de la sala, muy despojada y sin cuadros, aunque se veían clavos y marcas de polvo que denunciaban el fantasma de imágenes ya evaporadas de esas paredes grises. Con aire desolado, se sentó en un sofá de dos plazas.

—Tengo un día horroroso. Primero esa caja chica que no cierra. Después ese cliente mandón que me dejó desconcentrado. Y claro, mi arte se perjudica, pierdo precisión.

Dina se sentó de rodillas sobre el sofá, muy cerca del vejete, cuya espalda se había encorvado.

—Pero no, si has estado espléndido. Una presentación muy bella.

—¿Lo crees?

—Estoy segura. ¿No es verdad Mario que estuvo perfecto, igualito a las chicas del ballet de San Remo? —y me cabeceó para que me acercara a ellos.

—Ah, sí; muy bien —agregaba yo, mientras obedecía—, aunque faltó un poco de seguridad en la quinta posición.

—¿Faltó seguridad en la quinta? ¿Es cierto eso, Dina? —preguntó otra vez inquieto—. ¿Crees que he descendido tanto como para tener que conformarme con la compañía de presentación del Festival?

—¡Pero no! Son bromas. Estuviste siempre perfecto. Además, ¿qué tiene de malo el Festival? Lo ve todo el mundo.

Acarició al viejo de una manera extraña, refregándole la mano por la panza en un movimiento circular y automático.

—Mario, demuéstrole al señor cuánto lo quieres.

Puso mi mano sobre la panza del vejete para que yo continuase con la caricia que ella había comenzado, mientras Dina a su vez se dedicaba a tironearle suavemente de la nariz, con movimientos iguales, sin ninguna variación, absurdos.

Más que un rito entre ellos, lo interpreté como un juego, y decidí rivalizar con Dina inventando caricias disparatadas, sólo que las mías tomaron en seguida un matiz burlón y agresivo que las de Dina no tenían. Ella estuvo un par de minutos dándole palmaditas en la coronilla; de tanto en tanto se detenía y lo miraba con curiosidad,

colocando sus ojos muy cerca de los del anciano, que murmuraba: «Por favor, continúa».

Yo, entre otras maravillas de ternura, inventé unos pellizcos en la pantorrilla, a través de las calzas, mientras le decía:

—Esto es importante, le hace mucho bien a los músculos y le da seguridad para la quinta posición.

—Sí, es muy importante para mi quinta.

Lo que empezó como un juego, fue creciendo en violencia por mi parte. Sabía que el viejo no podía protestar ni armar un escándalo mientras llevase puesto su tutu. Concentré mis caricias en su papada. Se la estiré, la sacudí, la masajeeé, la apreté para que se deformase. Este juego impedía cualquier expresión del viejo, porque si quería sonreír, le estiraba los labios hasta que su cara fuese una caricatura. Lo mismo ocurría si él esbozaba algún ademán de protesta. La presión de mis manos desordenaba sus gestos hasta un punto en que el reflejo de cualquier sentimiento era imposible en esa cara. Yo trataba de anticipar las reacciones de mi víctima y ridiculizarlas en su propia cara antes de que apareciesen. Cuanto más impedido se veía el anciano de reaccionar, mayor era mi energía con las manos para modelar caricaturas con esas carnes flácidas.

En lugar de mis caricias crueles, Dina le dispensaba al viejo ternezas y besos, siempre sobre el límite entre lo paródico y lo cariñoso. A pesar de que no había un acuerdo previo, nuestras zonas de acción nunca se superponían, de manera que si yo le estiraba una oreja y le soplaba con fuerza en ella hasta terminar con un alarido imprevisto, Dina le acariciaba con un solo dedo el hombro opuesto y le aplicaba pequeños masajes en la piel correosa y colgante.

Al mes de dejar la clínica, Sandie volvió con una caja de bombones para Eligia. Me invitó a comer a su casa. Le habían quitado el vendaje y remitía la hinchazón de los ojos. El edema atenuado ponía un toque sensual, dolorido y carnoso en su cara, nota que en pocos días perdería para siempre, puesto que no era probable que su futuro marido le pegase; quizás algún accidente de auto, un parabrisas resistente, y Sandie volvería a ser sexy como cuando nos visitó esa segunda vez.

—Andá, Mario, te hará bien salir —me alentó Eligia.

Acepté sin pensarlo mucho. Faltaban diez días para la fecha de la invitación, y yo no contaba el tiempo con las medidas astronómicas normales, sino por los servicios que prestaba a Eligia: hora del desayuno, del lavado, de la lectura.

Pasó el tiempo convenido. Sandie llamó para recordarme la velada. El taxi me llevó hasta la puerta de un lujoso edificio, sobre el elegante Corso Magenta, en la zona norte de la ciudad.

La sala del piso donde vivía con su padre estaba decorada con pisos y columnas de mármol blanco, alfombrado negro, cortinados de raso púrpura y falsos muebles imperio.

Sandie se recostó en una *chaise-longue* con águilas doradas que parecían cacarear; en la cabecera, un almohadón-rollo tapizado también de negro, como todo el mueble, ofrecía su respaldo. Conservaba un aire levemente salvaje por el edema, ya casi imperceptible. Había calculado con precisión la fecha de la comida, para que su cara estuviese ya desinflamada, aunque subsistían unas vagas sombras verdes y moradas en los párpados y el ángulo interior de las ojeras.

—¿Cómo me ves?

—Bellísima.

—Pero demasiado, no. Falta todavía el tratamiento de masajes para activar los músculos y, por la noche, tengo que usar dos meses más las máscaras correctoras, pero lo que menos ha progresado es mi adaptación interior. Dice mi *therapist* que es un trabajo sólo comparable con un parto. Tengo que reflejar, en mi nuevo rostro, las esencias de mi personalidad escondidas durante toda mi vida anterior. Voy a necesitar la ayuda de todos los astros y la prudencia de todos los psicoanalistas.

Levantó un brazo en actitud de odalisca y lo colocó junto a su cabeza. Entró su padre. Luego de las amabilidades convencionales, pasamos al comedor, que estaba amueblado de una manera completamente distinta. El gusto lujoso y falso de la sala cedía a muebles del Renacimiento, con una mesa de roble sostenida por macizas quimeras. No había alfombras y en la pared lucían naturalezas muertas, también renacentistas, con manjares o piezas de caza listas para la cacerola. Me pareció que una sensibilidad más sólida y sensata que la de la sala había puesto mano en el comedor.

Sobre la pared, frente a mi lugar en la mesa, colgaba una imagen del siglo XVI que yo nunca me hubiera atrevido a concebir. En el marco, una placa de metal rezaba «El Jurisconsulto». Bajo un capote con cuello de pieles, se veía parte de un chaleco muy adornado con flores bordadas, sobre el cual caía una gruesa cadena de oro, señal de que el personaje representado gozaba del favor del emperador, pero de la cadena colgaba una medalla sin inscripción ni figuras. Por debajo del chaleco, allí donde debía estar el cuerpo del retratado cubierto por una camisa, aparecían en cambio tres gruesos volúmenes, uno sobre otro, que, a tapa cerrada, se los adivinaba áridos y soporíferos. La

gorguera era de hojas de papel escritas, y un casquete negro cubría la cabeza.

Todos estos elementos, representados con mucha naturalidad, enmarcaban el rostro más extraño que yo hubiera visto en mi vida, compuesto por pollos desplumados y amañados de tal manera que un ala constituía el arco superciliar, otro pollito, entero, formaba la enorme nariz, y un muslo con pata componía la mejilla. Un pescado aparecía doblado sobre sí mismo, de manera que su boca era también la boca del retratado, mientras que la cola simulaba una barba.

El pollito de la nariz, desplumado como sus congéneres en el retrato, colocaba su cabeza de manera que su ojo fuese también el ojo del jurisconsulto. Cuando presté atención a ese detalle recibí el golpe: el pollito estaba desplumado y vivo. Esa mirada tenía una cualidad que yo no había visto nunca: en un momento, se percibía un aire de víctima asombrada; pero si el espectador ponía distancia, el ojo adquiría un brillo distinto, que revelaba una mente siniestra de estratega. Nunca, en mi sostenido interés por el arte, había visto un «anamorfismo psíquico» tan marcado, de manera que el mismo punto de vista y las mismas pinceladas representasen, a la vez, la inocencia más despojada y el cálculo frío y despiadado. Para el espectador, no era necesario cambiar el lugar de observación si quería percibir la diferencia; el esfuerzo debía ser interior. Quien escrutase ese retrato, debía forzar en sí mismo un cambio de ánimo, de atención, si quería ver los dos aspectos del mismo ojo pintado. Me sorprendió que esa cara imaginada cuatrocientos años atrás conservase el poder de revelar dos estados de signo moral contrarios y superpuestos. Reconocí en la segunda mirada que despedía el retrato —la fría y despiadada— una materia tan atenta al mal que había perdido conciencia de sí misma y exhalaba esa misma cualidad maligna de no poder reconocerse, que yo hasta entonces le había atribuido a las rocas, esa perversidad más allá de las posibilidades humanas, instrumento de la transrazón, que de pronto encontraba yo encarnada desde tiempos remotos, como si las rocas conformasen, detrás de la carne sin plumas, una aterradora y escondida referencia al desierto.

* * *

—Veo que le place mi Arcimboldi. Mi marchand dice que ahora vale una fortuna. ¿Usted lo sabía que era un pintor de aquí, de Milán? Al Duomo se pueden ver algunas vidrieras dibujadas de él. Hago sentar a mis visitas allí, precisamente donde está usted, porque cada una ve cualidades diferentes en ese cuadro. A mí me divierte ver las reacciones de los que miran ese retrato. Hay quienes me piden que los cambie de lugar... Usted me dice que ve dos estados de ánimo localizados en el mismo punto del ojo, pero que no coinciden nunca en el mismo tiempo... que se siente como si le hubiesen hecho tragar por fuerza una contradicción que no quiere llevar en su interior, que de ninguna manera le ha estimulado su apetito. Curioso. Yo veo allí

claramente la falta de voluntad. Piense, ¿de dónde proviene la fascinación de ese retrato, si no es del contraste tan evidente entre las ropas y los libros del jurista, que simbolizan un orden social, y el caos de esa cara? Ese contraste hace evidente, para mí, aquello que está ausente en el cuadro. ¿Sabe qué le falta a esta carne de pollo desplumada y en contacto con otras carnes que no son de su raza, como la del pescado? ¡Voluntad! Voluntad de acción, de dominar, de cohesionarse... ¿Pero lo sabía usted que Arcimboldi conocía los cuadernos y escritos de Leonardo? ¿Sabe qué cosa hizo Arcimboldi con las enseñanzas de Leonardo? ¡Se las fregó en los pantalones! ¡Bueno, así también somos yo y mis amigos! Que no nos vengan con idealismos florentinos. Nosotros somos gente de acción, de trabajo, hasta en el arte. Usted que muestra tanta sensibilidad, tiene mucho para aprender en esta ciudad. No soy yo, modesto comerciante, quien se lo podría enseñar, pero algún día le presentaré a mi amigo marchand, que fue quien me explicó el significado de esta pintura y su valor. Heredé el cuadro y estos muebles de sala de comer de la mamá de Sandie, pero la mía difunta esposa tenía la cabeza plena de prejuicios tradicionalistas... No me diga que este Arcimboldi no veía las cosas con audacia degenerada. Lo odio tanto que me fascina. ¡Nada de perspectiva, ni espacio racional, ni movimiento localizado! Según mi marchand, Arcimboldi descubrió que la yuxtaposición, la falta de perspectiva y de escala, desnudan la carne mucho más que todas esas reflexiones tan racionales. Con perspectiva, sólo hay copia de la naturaleza; sólo la falta de escala permite la mezcla de carnes, la expresión de la irracionalidad de cada ser, que así, por ausencia de normas, se convierte en carne disponible para el tenedor o el cañón. Para comer o hacer la guerra, hay que dejar de lado la razón. Arcimboldi hizo de la enciclopedia un laberinto; de Linneo un guiso; de la anatomía un bocado, y todo ello antes de que existiesen la Enciclopedia, Linneo y la Anatomía. ¡Con cuatro pinceladas! Pero nuestro artista milanés no eligió cualquier tema. Eligió como motivo central materias orgánicas, comestibles. Es aun más famoso por sus caras compuestas con frutas jugosas y grandes hortalizas.

—Sí, sí... He visto algunos de esos en Viena y en mi país.

—En su país no puede haber Arcimboldi frutales. No tienen suficiente cultura, allabajo; además, valen una fortuna desde que apareció esta historia del surrealismo. Y mucho menos puede haber de ustedes estos Arcimboldi que mi marchand llama «carnales», hechos con lechones, piezas de caza, pescados y pollos. Me pregunto si armaría verdaderos modelos antes de pintar. Se imagine, los sirvientes aguardando que termine el trabajo del amo para poder darse un atracón con el modelo... Una cara de pollos asados sobre un cuerpo de libros. ¡Antropología gastronómica! ¡Sabiduría intestinal! Una cabeza de materias consumibles por el diente y un cuerpo que se consume con los ojos. ¿Puede imaginarse algo más sensual que la cara como deseo del estómago? Para colmo, del estómago del otro: ¡la cara comestible! La figura, el pensamiento y la acción, todos reunidos en el mismo acto... Eso es Milán, el lugar donde el poder siempre es auténtico. Aquí se fundaron los fascios, que eran la fuerza de voluntad del escuadrismo. Después se fueron a Roma... y Roma, ya se sabe... Milán no quiere ser Roma. Allá abajo ha sido siempre el reino de la burocracia y el calor. ¡Antilavorativa! El expediente en lugar del trabajo. No,

Milán no quiere ser Roma. No necesita esas oleadas de turismo en verano. Milán es siempre ella misma, la única ciudad italiana que permanece italiana todo el año. Milán también pudo ser Venecia, ¿sabía? Todavía recuerdo los navigli, la red de canales con un puerto completo en Porta Ticinese. Me recuerdo perfectamente de los viejos navigli, con los puentes y las escaleras de piedra que bajaban hasta el agua. No había tanto dorado y bambolla como en Venecia, pero si hubiésemos querido, bastaba un poco de «saneamiento arquitectónico» y ¡una segunda Venecia!, o por lo menos una ciudad de Brujas. Pero no. Aquí decidimos cubrir los canales, enterrar a Venecia... Sí, es verdad, no necesitamos a esos turistas irrespetuosos. Nosotros, los milaneses, el milagro italiano lo hacemos con nuestras propias manos. Además, aquí no hacen falta milagros, ¡hace falta orden y espíritu de lucha! ¡Alguien que ponga orden! Milán es luchadora. Usted cree que antes, con el fascismo, era otra ciudad. ¿No es verdad que cree eso? ¡Me diga!

—¡No! Si yo pienso igual que usted.

—A mí no me molesta esta democracia, en tanto hay negocios para hacer, pero reconozco que aquel Mussolini de los primeros tiempos era todo un hombrazo. Hay que ver cómo liquidó la huelga general que le había combinado Turati en el 31. Se equivocó después, en la política exterior. ¡Pero su programa interior!: ley, orden y trenes en marcha. En Italia, hacer llegar los trenes a horario es la verdadera revolución, ¡otra que Revolución Francesa o Industrial! Milán tenía el fascismo del trabajo, del orden... La alternativa eran aquellos partisanos comunistas; sólo querían meter miedo a las mujeres y cobrar tributo a los empresarios. Recuerdo que en diciembre del 44 los partisanos hicieron explotar una bomba en un cine.

—¡Qué horror! Me considero un enemigo personal de la violencia, ¿sabe?

—Pero vino Mussolini y se paseó por toda Milán, parado sobre un coche descapotable. Todo el mundo lo aplaudía por las calles. ¡La paz, era él! Fue al Lírico, y arengó a la gente contra los comunistas. ¡Una verba!... Pobre hombre, en el fondo, se sacrificó por nosotros. Cuando los nazis lo rescataron de Campo Imperatore, él ya no quería saber nada con la política, pero Hitler lo obligó a asumir en Salò, esa República Social que no era nada. «Si no —le dijo al Duce— trataremos a Italia como a Polonia». Mussolini comprendía verdaderamente a la Italia. Mire usted esas leyes de residencia: ¡cada uno en su casa, en su pueblito, en su región! ¿No es justo? ¡Me diga!

—Cierto, me parece justo. No hay mejor lugar que el hogar.

—Ahora, en vez, nos mandan aquí a todos esos meridionales. La guerra de Abisinia, él la hizo para tener un lugar donde mandar a nuestros emigrantes sin perderlos, no como toda esa brava gente que fue a Sudamérica y se perdió para siempre. ¡Qué situación absurda! Italianos de pura cepa trabajando en una semicolonias británica... En mis libros de la escuela, allá por el comienzo de los años treinta, ya estaban dibujadas esas llanuras de ustedes con los trenes

ingleses: una semicolonía, y nuestra gente allá, cargándose vaya uno a saber de qué vicios, de qué molicias, en aquel país de Jauja infinita... ¿Leyes raciales? ¿Aquí? Bueno... algunas se promulgaron, para quedar bien con Hitler, pero cuando los ministros le preguntaban, el Duce contestaba «¡Ignórenlas!»... Solo una vez en todos esos años de guerra me crucé, en un viaje de negocios por la Dalmacia, con un grupo de civiles custodiado por oficiales. Les pregunté a los militares qué habían hecho esas gentes, y me contestaron: «Hebreos; los portamos al norte». Una sola vez en todos aquellos años, y no era ni siquiera en Italia. Además, esos civiles que llevaban al norte estaban todos muy bien vestidos y cada uno llevaba su regia valija; no crea aquello que ve en las películas de hoy... ¿Me pregunta usted sobre los gitanos? ¿Pero cosa se cree? ¿Que esto es Sevilla?... Tampoco es verdad que haya existido tanta escasez de artículos durante la guerra. Quizás, algunas tonterías. Pero podías ir al Firenze, en Vía Manzoni, o al Biffi Galleria, y comerte un platazo de risoto con vino libre, todo por una lira; y encima te daban la mandarina. ¡Qué risoto! Nada de salsas, de esas que comen los franceses sin saber qué le están metiendo a uno en el buche. Aquí nos gusta todo claro: un poco de sabor de caldo, más tomate, parmesano, muzarela y orégano, todo bien separado y esparcido directamente sobre el arroz. Cada ingrediente a la vista, bien clarito, no como ahora que te sacan un ojo con esos platos pretensiosos hechos con sobras. Me recuerdo que en lo peor de la guerra, íbamos pateando los vidrios de la cúpula de la Galleria, y aun entonces había de todo... ¡Cómo estaba la ciudad! El Corso en ruinas. La Rinascente despanzurrada. ¡Quién sabe cuántas ventas se habrán perdido! ... Y después del trabajo —me susurró aprovechando que Sandie se había levantado para servir el postre— ¡al burdel! ¡A sacarse las ganas! Aquí, en Milán, todos prostíbulos de cinco y diez liras, no había ni uno solo de dos. Todo controlado, todas las putas con su libreta blanca. Una vez al mes, revisión. ¡Las enfermas al hospital! No como ahora, que andan por la calle, mezclada con la gente decente. Y si entonces íbamos al prostíbulo era por razones de buena educación, para no tener que cabalgarnos a las señoritas de buena familia —me miró a los ojos— ¿me entiende, no? Bien distinto de estos días en que, con los prostíbulos prohibidos, los jóvenes no hacen diferencia entre una mujer honesta y una puta. Claro que todavía, si se conocen las direcciones correctas...

* * *

Sandie regresó con un tiramisú. No simuló haberlo preparado ella. El postre tenía todas las cualidades opuestas a Sandie: equilibrio de construcción, de sabores, de capas, y las vainillas llegaban a la mesa con el punto de borrachera exacta; *good timing* de la cocinera.

Su padre se retiró después de una breve sobremesa. Antes de salir del comedor,

me metió en el bolsillo su tarjeta con la dirección de un prostíbulo y me hizo una señal de advertencia poniendo su dedo índice sobre el párpado inferior. Se inclinó sobre mí y me susurró al oído: «Si no tiene dinero, no importa. Diga que va de parte del comendador Mellein; les muestra la tarjeta, que lo pongan a mi cuenta».

Cuando quedamos solos, ella me invitó a su cuarto de estudio. Por tercera vez, la decoración cambió radicalmente, como si yo hubiese estado en tres casas en la misma noche. El sofá y los muebles tenían brazales de madera curvada clara y patas delgadas con canutos de bronce. Los tapizados eran de plástico, de un verde artificial con rayitas blancas.

—¿Tu padre estuvo muy activo durante el fascismo?

—Más o menos. Tú también hubieses colaborado. Era la patria contra los extranjeros. *Your life or mine*.

—Pero Mussolini era un violento, un irracionalista.

—Por qué te interesa Mussolini. Yo ni había nacido. En la guerra todos se hacen daño. ¿Eres tonto?

—Me interesa la gente que hace daño, porque la odio. Es natural.

—Entonces estás en un lío, porque odias a todos. Mussolini no te hace daño ahora... Y además, todos esos discursos sobre el cuadro. La mamá tenía un par de obras auténticas, pero el resto lo agregó el papá, después que ella murió. Son casi todos falsos. ¡Cómo te tomó en giro!

Encendió un cigarrillo y arrojó el fósforo en un cenicero que era también una radio a pilas.

—Te preocupas por demasiadas cosas a la vez. Debes enfocarte, hacer de tu mente un reflector espiritual. Así canalizas todas tus fuerzas en una misma dirección cósmica y entras en acción armónica... ¡Espera un segundo y verás lo que me compré hoy!

Tiró sus zapatos al aire y fue descalza a su dormitorio, caminando sobre una estera de rafia. Volvió con un par de pantuflas en sus pies, adornadas con una peluche rosada que cubría los empeines, y una luz roja en la delantera de cada sandalia, precisamente encima de las aberturas por las que asomaban las uñas del pie, pintadas de color fucsia.

—Son para evitar tropezarme cuando me levanto de noche. ¡Fíjate un poco! —y apagó la luz del estudio.

Las rugosidades de la estera se convirtieron en el centro del mundo. De Sandie sólo quedó una sombra que fue hasta el tocadiscos para poner Rita Pavone y después se arrellanó en el sofá. Me senté frente a ella, a dos pasos. Cuando puso sus pies sobre el sofá, las sandalias iluminaron la rodilla de mi pantalón.

—Mira, la política es el mundo exterior, allí donde el hombre está más a gusto. Si quieres ser demócrata cristiano o socialista, está bien para mí, con tal de que no te hagas comunista. ¡Eso no! Comunista no... En cuanto a mí, me dejas la función femenina, que es el mundo interior, el espíritu, allí donde me siento más cómoda. Lo femenino nunca va a ser completamente conocido. Solo lo podemos intuir nosotras las mujeres, en nuestros sueños, que sólo nosotras comprendemos, cuando los comentamos con nuestros terapeutas.

Giró levemente su pie y el foco rojo se deslizó sobre mis pantalones hasta detenerse en la entrepierna.

—Te falta calma, equilibrio. En una revista leí sobre un ejercicio para parejas que armoniza a ambos con el cosmos.

Se sentó en la estera y sus sandalias apuntaron hacia la falsa chimenea blanca y un jarrón sobre la repisa, con una planta que consistía sólo en unas pocas hojas lanceoladas, más parecidas a sables retorcidos que a vegetales.

—Ven, siéntate junto a mí, espalda contra espalda. Tienes que comprender que tú eres el principio exterior y yo el femenino interior. Tienes que pensar que los dos somos uno, que porque somos uno, no tratamos ni necesitamos comprendernos.

—De acuerdo... pero no con Rita Pavone.

Cambió por una música de cuerdas empalagosa y nos sentamos sobre el piso, espalda contra espalda.

—Además, por qué tanta preocupación por aquello que haya podido decir mi padre. Haz como yo. Digo «sí» y hago mi voluntad. Él es bueno, sabes; basta consentirle alguna fanfarronada y te da lo que quieras. No es nada tonto; un lince para los *business*. ¡Pero qué tanto Mussolini ni papá! ¿Tienes el Edipo mal resuelto? ¿Lo sabes cosa es el Edipo? Es odiar al progenitor del mismo sexo. *Tutta tua* lo explica clarísimo: el niño se interesa primero por el padre, luego quiere sustituirlo en todo, hasta en la cama, porque el padre es su ideal. ¿Me sigues? —me tocó el hombro para que girase y la enfrentase.

—Sé lo que es el Edipo, pero no, no creo que tenga Edipo, en mi caso...

—Todos lo tienen...

Su cabeza avanzó peligrosamente hacia mí.

—Yo no... Además, Sandie, tú eres una chica decente y yo no le puedo hacer una traición a tu padre bajo su mismo techo... Te respeto y me gustas, te casaría, pero no sé cosa será de mí, ni si te voy a poder dar la calidad de vida que mereces, comprarte esas hermosas sandalias y los portacenizas con radio... Mi familia va a quebrar después del tratamiento de Eligia, y yo no soy un lince para el dinero.

Me fui y no la vi más.

VI

A fines de marzo del 66 los médicos consideraron que el colgajo había prendido y le quitaron a Eligia los aparatos ortopédicos y el inmenso yeso que le sostenía el brazo junto a la barbilla. Las operaciones a que era sometida tuvieron, a partir de entonces, un matiz positivo, porque consistían en distribuir de una manera funcional la materia ganada.

Aprovechamos la mejoría para que diese sus primeros pasos después de muchos meses, breves excursiones por los corredores, ante la mirada aterrada de las narigonas que, en vela de bisturíes, se paseaban nerviosas esperando la próxima carnada de operaciones. Cuando la marcha de Eligia cobró firmeza, decidí realizar una visita que debíamos hace tiempo. Un domingo, muy temprano, fuimos a la capilla de la clínica, moderna, con vitrales alegres y altares claros y estilizados. Nos sentamos en un rincón escondido donde el oficiante no nos podía ver. Concurrían pocos feligreses; todas enfermeras y mucamas meridionales. El mismo sacerdote que nos había visitado en el cuarto, ofició con fe intensa. Después echó una mirada asombrada a las jóvenes y dijo su sermón.

* * *

—Aprovechemos que a esta misa temprana no vinieron los pacientes y podemos hablar de temas que os interesan en especial, mujeres jóvenes, solas, lejos del hogar, en una ciudad llena de tentaciones. Os hablaré de las tentaciones de la carne. Sois criaturas en una situación peligrosa, abandonadas a vuestras propias fuerzas. Éste es precisamente el primer sentido de la palabra «carne»: aquél de una criatura que ha sido abandonada por el sostén de Dios. Está ya claro en San Juan: «El espíritu es aquél que da la vida. La carne no sirve a nada».

Dos mucamas se susurraron delante de nosotros.

—¿A dónde fuiste anoche, picarona?

—Al cine, a ver un filme con el Newman.

—¿Cuál?

—El Premio. Hace el escritor borracho.

—¿Cómo ha estado?

—Quieren matarlo, porque, sin saberlo, se coloca en el camino de los malos. Denuncia una conspiración de un servicio secreto, pero nadie le cree, ¡a él! Con esa boquita que insulta y besa al mismo tiempo. Después lo tiran al agua cuando pasa un transatlántico. ¡Le tiran encima un transatlántico! No presté mucha atención porque estaba acompañada... El tiene siempre un aire como de quien no sabe nunca qué va a hacer en el próximo segundo... Esa nariz de boxeador junto a esos ojitos de nene desprotegido. ¡Hummm!... ¡Cómo me place! ¿No tendré el Edipo con este Newman?... ¡Pero no! ¡Qué voy a tener Edipo yo!

—... Pero por debajo de este primer estado, esta idea de «materia viva dejada de la mano de Dios», hay —nada de menos— un estado peor. No encontramos ya lo abandonado, sino aquello que ha sido poseído por el deseo del placer inmediato: ya no es un elemento indiferente al espíritu, sino un elemento opuesto a él, instrumento del Diablo. Por eso habla San Pablo de la necesidad de esclavizar y castigar la carne: «Me impongo una disciplina y domino mi cuerpo»...

—No entiendo esta parte del sermón —le dije a Eligia—, ¿de qué placer inmediato está hablando?

—Habla bien, en pies espontáneos. Se nota que hizo sus Humanidades a fondo.

—¿Y has andado al cine con Esteban? —le preguntó la misma mucama a su compañera.

—Sí, pero él no es Paul Newman.

—¿Te tocó?

—Un poquito.

—No te hagas la interesante... ¡recuéntame todo!

—... Pero no debemos ejercer una disciplina que trate de aniquilar, de negar, sino que apunte a reconquistar y transfigurar la carne para llevarla a un estado espiritual positivo...

—... y entonces me regaló una radio portátil tan pequeña que se lleva en cualquier parte, en la cartera, en el corpiño, puedo escuchar música mientras trabajo...

—... pero, ¿qué número de corpiño tienes?

—... Transfigurada, la carne se predispone a la alegría de Dios. Es... —la voz del

sacerdote se elevó y vaciló suspendida en un silencio indeciso, después retornó a un tono natural, como si se hubiese arrepentido del camino que estuvo a punto de emprender—... Se transforma en un instrumento de la buena voluntad, instrumento para hacer el bien a los demás, lo cual resulta particularmente importante para vosotras, que habéis elegido una profesión humanitaria. Ya no es la carne contra el espíritu, sino la carne que tiende la mano para ayudar al prójimo y, a través del necesitado, ayudar a su propio espíritu...

—¡Si es exactamente lo que yo pienso! —murmuré para mí mismo.

—... pensad en vuestra experiencia, pensad en esas horas perdidas que os pasáis en el cine o frente a la televisión, horas en que vuestra carne «no vale nada», como dice San Juan, y esto siempre que estéis viendo un programa sano; otramente, si os empecináis en ver un programa de los malos, vuestra carne se convierte en mala y «con un deseo de placer», como dice San Pablo; eso os ocurre cuando veis algún programa de esos planeados por el demonio o los comunistas. ¡Levantad por un momento un ángulo de esa pantalla de perdición! Espiad cosa hay del otro lado. Como si fuese una mortaja, la pantalla esconde detrás de ella vuestra propia calavera y despojos. Estáis vosotras mismas allí enterradas, al final de una vida de ociosidad, malgastada ante esas imágenes engañosas y tentadoras: contemplad vuestro cadáver, descomponiéndose detrás de la pantalla, como bien sabéis que ocurre con los cuerpos que, recubiertos por una sábana, todos los días sacáis de las habitaciones a las tumbas, carne ya indiferente a Dios, hasta que el Juicio Final la restituya. Solo si durante la vida habéis aprovechado la oportunidad que os ofrece Dios, os reconciliaréis y reconciliaréis vuestra carne con el espíritu. Porque bien dice el santo: «Nos alegraremos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por medio del cual hemos conseguido la reconciliación».

—No me recuerdo el número de mi corpiño... porque lo dejé en lo de Esteban. Es más pequeño que el de la Sommer, te lo aseguro. ¿Cosa le habrá visto Newman a esa alemana?

—... Por eso, sólo mediante la disciplina y la piedad lograréis dominar la carne, y una vez dominada ésta, dominaréis mejor todo el miedo a la muerte, seréis dueñas de vuestros huesos polvorientos. Le haréis una buena jugarreta a la muerte, que tanto os atemoriza cuando se lleva un paciente. Os diré un secreto: todos esos artistas cuyas obras veis en las iglesias, que representan una muerte terrible, de aspecto espantoso, que hace danzar a los humanos —del Papa al campesino— no son verdaderos cristianos...

—Unos violentos, unos irracionalistas —susurré al oído de Eligia, que no se interesaba para nada por el arte.

—... Para el verdadero cristiano, para aquél que ha dominado su carne, la muerte no es más que un resfrío pasajero, niñito desprotegido que trata de asustar a sus mayores. Los elegidos no morirán, se han liberado del miedo y saben que lo único mortal es la pobre muerte. ¡He aquí

que tendríamos que tener lástima de ella, de las putrefacciones de la carne, de sus huesos engañosos y provisionarios!...

—Siente, estuve distraída... si la caba me pregunta sobre qué habló el padre hoy, ¿qué le digo?

—Que debemos esmerarnos en limpiar un cuarto después que alguien murió en él. ¡Vamos que se nos hace tarde! Este no la finaliza nunca.

En un par de minutos, casi todos los feligreses se fueron de la aséptica capillita, para tomar su turno de la mañana. El sermón se había prolongado demasiado, y el recinto se vació bajo la mirada asombrada del capellán, que reflexionó mientras se concentraba con su típico ademán de cerrar los ojos, apretar la mandíbula contra el pecho y desplegar la red de arrugas de sus sienes. Luego los abrió, echó una mirada circular y lenta a la capilla vacía y dijo en voz baja, pero con determinación: «¡Que me sancionen otra vez, ahora!». Y con tono encendido siguió predicando:

—Porque no hemos sido hechos según el modelo de la muerte, sino según el modelo del amor, el modelo de la carne enamorada que el Hijo asumió cuando se encarnó por amor infinito. ¡Qué maravilla! Alguien por fin que, en lugar de ejercer todo el poder que tiene, se mete límites deliberadamente. Una kenosis, un empobrecimiento voluntario de Cristo, que renunció a comprender el mal y le bastó con padecerlo; así como en el Antiguo Testamento, Yahvé se contrae y empequeñece voluntariamente para dejar espacio al hombre y su libertad...

—Se nota que también sabe griego, ¡qué envidia! —exclamé.

—... Ese es el modelo: debemos amar tanto como hemos sido amados. En el origen, es decir en el amor de Él, «tanto» quiere decir «infinito». Depende de nosotros mantener este nivel. ¿«Cómo», os preguntáis y me pregunto? La respuesta está ya en el Antiguo Testamento: si uno ama sin límites a otro que no lo merece, tarde o temprano, la grandeza de ese amor convertirá al otro en alguien digno de ese amor. «Amor», esa palabra que figura tanto en las cancioncillas que tienen ocupadas vuestras orejas, es la palabra, y no «dinero», ni «guerra», ni «destrucción», como creen los señores del mundo...

—¡Qué horror, la violencia! —dijo Eligia con callada convicción.

—... Esta es la interpretación del amor, según el profeta: «Porque yo soy Dios, no un hombre / En medio de ti yo soy el Santo / y no me gusta destruir»... Durante este Concilio en el Vaticano estamos viendo muchos cambios, pero estas palabras no cambiarán, os lo asegura el más insignificante de los hombres.

Repitió su gesto de concentración; después miró extraviado al vacío.

—Terminaremos por comprenderlas cabalmente, por el camino bueno... o por el malo... —vaciló, esta vez apenas un segundo, y continuó con alegría—: en estas palabras nos encontraremos todos, tarde o temprano, y si para entonces ya no quedan palabras, nos encontraremos en el cuerpo crucificado que se desnudó para que todos podamos reconciliarnos en la caricia de ese cuerpo...

* * *

A fines de esa primavera, el profesor Calcaterra palpaba con mucho cuidado la cara de Eligia, principalmente su cavernosa mejilla derecha. Creí percibir una vacilación decepcionada en los movimientos de sus dedos, mientras Eligia le preguntaba cuándo iban a cubrir esos pozos. El profesor contestaba evasivamente.

—Algunas cicatrices hipertróficas... Veremos.

Nuestro médico tenía varias maneras de observar las heridas: las raspaba, les aplicaba un cristal en las zonas más congestionadas, pero finalmente terminaba confiando siempre en el tacto. En un día de primavera se sinceró: haría falta un segundo colgajo, lo que habíamos ganado era poco. Eligia no habló. Traté de transmitirle ánimos, le aseguré que más «material» era precisamente lo que se requería para un trabajo perfecto, le expliqué que ella no había sufrido todas las peripecias anteriores para echarse atrás ahora o desanimarse en este punto. En realidad, Eligia no había dado señales de echarse atrás o desanimarse en ningún momento, ni tampoco en ese día primaveral. Simplemente, no había hablado.

Esa noche tomé mucho. Dina me pidió que la acompañase a lo de unos clientes que la habían citado por teléfono, chicos buenos y conocidos.

—¿Para qué quieres entonces que te acompañe?

—Eres mi amigo, y te veo muy mal. No quiero dejarte solo.

—¿Quién te dijo que estoy mal? Déjate de diagnósticos estúpidos.

—¡Vamos! Tienen un bar con toda clase de whiskys.

Caminamos por una zona de la ciudad de construcciones revestidas de piedras pulidas, picadas o lajeadas. No había superficies lustrosas y claras, de las que abundan en Roma. Dina sacó de su cartera un llavero con unas iniciales doradas que no eran las suyas. Entramos en un gran portal oscuro. En el pasillo, por el que podían circular dos automóviles, se veía una luz confusa. Marchábamos a oscuras, en silencio. Cuando llegamos al final, dobló a la izquierda y apretó el interruptor de corriente. La luz tenue se convirtió en una fuerte claridad que iluminó un enorme ventanal. Del otro lado, en lugar del patio gris que esperaban mis ojos, crecía un jardín cuidado, de inesperada frescura. Nada en el exterior ni en el pasillo anticipaba ese rincón lozano.

Toda la arquitectura que abrazaba a ese patiecito, se presentaba con un ademán amenazador y plúmbeo, pero los brezos, enebros y arándanos, entre los que asomaban rododendros pupúreos y, en el centro, un fresnito orno, se plantaban impecables, aunque no frondosos, ante mis ojos. Permanecían en un modo de latencia expectante, reservándose la exuberancia y los desbordes para cuando comenzase el verano. Esta flora urbana, tan civilizada y prudente, tenía una manera colectiva de existir, con orientaciones y formas que se complementaban de especie a especie. Los austeros enebros azuzaban a los románticos arándanos y les señalaban las direcciones de la libertad; los rododendros asediaban con su color fuerte la copa esférica y todavía sin florecer del horno. Esta sabia complementación creaba, por relaciones de colores y formas, un espacio armónico que parecía mucho mayor que el espacio que un geómetra hubiera llamado «real» o perspectivo. El espacio del jardincito estaba hecho por colaboración, en el que cada planta preguntaba a su vecina y consultaba a la totalidad antes de construir su propia plenitud. Quedé hipnotizado, tratando de recordar qué había hecho mal.

El departamento resultó una leonera de nuevos ricos industriales, con mucho brillo violeta, rosa, fucsia y salmón. Eran dos empresarios de no más de cuarenta.

—¿No tienes corbata? —me preguntó el más joven de los dos, pocos minutos después de que Dina nos presentara (a ellos: «es un primo que ha tomado una copa de más»; «son viejos clientes, amigos de confianza», a mí).

—¿Quieres una? Elige, en el armario hay muchas. Después ve y compra algo de comida —me habló con toda buena voluntad y me dio un billete inmenso, casi una sábana—. Cerca del ángulo de Vía Spartaco hay un restaurante que tiene buena cocina. Quiero un plato de carne, una costeleta bien rellena o algo por el estilo.

—¿Es muy lejos?

—Cómo, ¿no tienes máquina? Toma las llaves de la mía. Yo tengo dos... Y ahora, ¿qué esperas?

—No sé manejar.

—¡Ufa! —me espetó mi nuevo y magnánimo amigo, mientras Dina se reía y el otro hombre parecía molesto—. Toma un taxi —me alargó otro billete, pero por lo menos éste era de tamaño discreto.

A mi partida, Dina me dijo con una sonrisa: «Excúsalos, es el milagro económico que los pone así». Cuando volví, no había nadie en la sala y se oían crujidos en el dormitorio. No estaban tan bien provistos. Tenían botellas italianas y francesas, pero nada escocés. Tomé algo, hasta que Dina salió del cuarto y se encerró en el baño. El hombre más joven me pidió comida. Le señalé un paquete en la cocina.

—Ponla al horno y sírvete también tú. Tienes mala cara.

Nos sentamos a la mesa los cuatro, en la cocina. La comida era un crimen: unas milanesas de costeletas sin hueso, con un relleno de miga, jamón y un queso que se babeaba por los bordes y formaba un lecho pastoso junto con las manzanas fritas que servían de guarnición. La carne casi había desaparecido entre tantos engrudos y fritangas, y, al cortar, en lugar de simple sangre auténtica, supuraba queso fundido. Uno tenía la sensación de estar comiéndose un marciano, no una vaca. Extrañé los bifes de mi país.

—¿Te aburres? —me preguntó Dina, al entrar en la cocina.

—No, pero no hay whisky escocés, como me habías prometido.

—¡Ah, mentiroso! Me habías prometido de lo mejor para mi primo —dijo Dina dirigiéndose al más joven.

—Se habrá terminado, qué sé yo.

—Ahora vas con tu famosa segunda máquina y nos compras una botella de whisky escocés.

El joven dudó un momento; después se puso en pie con desgano. Su compañero lo tomó del brazo.

—¿Pero qué haces? Estás loco. ¿Te has olvidado de que es una puta?

—¿Qué te creías... que le iba a hacer caso? —contestó el joven, y rió forzadamente—. ¡Ahú!, nada de whisky para el señorito —y la miró burlón y desafiante.

—¿Ah, sí? Entonces nos vamos.

—Pero vete, con ese vago sin sangre —le contestó el mayor, con tono de hastío.

Dina fue al cuarto y se vistió lentamente, como para darles tiempo a que recapacitasen. En la cocina, el mayor no se movía; el más joven hizo un gesto de contrariedad y murmuró «pero... es bella». Yo trataba de beber la mayor cantidad posible de la botella de vino que habían abierto.

—¡Ahú, despacio! —gritó el más joven—. Piensa en todos.

Dina regresó vestida y anunció:

—Bueno, me voy, páguenme.

—Un culo, te pagamos —dijo el mayor—. El trato era por toda la noche.

—Siente, yo hice lo que tenía que hacer. Quiero midinero. Esto me sucede por confiarme en «viejos clientes».

El hombre se levantó y abrió la puerta de calle.

—¡Vía!

Dina miraba fijo al más joven, mientras el mayor repitió:

—¿Y qué, eres sorda? Vía.

—No me voy hasta que no me paguen.

Sin mucha violencia, el más joven la tomó del pelo. El cuerpo de ella se retorció sensualmente; tiró algunos golpes con las manos abiertas y le arañó la cara mientras respiraba entre sollozos. Terminó en el vestíbulo. Caminé hasta ella; sentí el portazo apenas hube cruzado el umbral.

—¿Te lastimaron?

—No —respondí.

Cuando bajamos, nos metimos en el jardín. Para encontrar el acceso, Dina encendió la luz del portal; en un minuto se apagó, cuando ya retozábamos en el verde.

—Al más chiquito le dejé una marca en la cara... y no se la cavaron por nada.

Sacó de la cartera una estatuilla de porcelana, que representaba una bañista de los años veinte, de pie, con una gran toalla verde y un traje de baño con pollerita, un verdadero adefesio.

—¿Te gusta?

—No.

—¿Quién sabe cuánto valdrá?

—Nada.

—¿Qué, eres anticuario?

—No hay necesidad de ser anticuario para ver que no vale nada.

—Algo me darán...

—Nada... Para los negocios, tú... ¡un desastre!

La estatuilla se bamboleó en las manos de Dina. La colocó en una fuente con forma de concha que sobresalía de la pared del fondo. De una máscara de león borbotaba un hilo de agua que golpeó la porcelana. Con el volumen suplementario de la estatuilla semisumergida, una cantidad de líquido cayó de la concha a un pequeño estanque en el suelo; hubo un ruido sordo y reflejos en la penumbra. Después el goteo se fue regularizando hasta asemejarse a un tictac de reloj. Dina mojó sus manos y me las pasó, primero por la frente, después introdujo sus dedos entre mi pelo. La humedad me causó el efecto de una transfusión de sangre fresca. Sentí que el choque de esta agua tímida y eficaz calmaba el remolino de mi sangre.

—Entonces —anunció Dina—, yo me voy, chau. Aguanta, eres fuerte.

—¿A dónde vas?

—Retorno con esos dos. Necesito el dinero y, aunque si tú no lo creas, tienen necesidad de mí.

—Chau.

Los encuentros con Dina me procuraban una cuota de acontecimientos imprevisibles que compensaba la vida planificada del sanatorio; la usaba a ella para atraer sucesos que me aliviase de las incertidumbres del tratamiento de Eligia. Con frecuencia me sorprendía a mí mismo observando con atención el color de un injerto, y

con más atención aun trataba de memorizar el color que había tenido el día anterior, para deducir de una diferencia de matiz la marcha favorable o no del proceso. Ahora bien, es muy difícil recordar un matiz; los colores exigen el presente, la comparación inmediata. El estudio permanente de esa piel me desasosegaba: por momentos, creía que la evolución era favorable y, en otros, me parecía inevitable la necrosis. Hubiera enloquecido, pero Eligia tenía la virtud de generar vida callada y fuerte en todas las circunstancias en que estuviese; sus injertos germinaban en cualquiera de las formas que los aplicaran. Pero mi desconfianza subsistía, y miraba con aprensión las secreciones naturales de las heridas en los extremos del nuevo colgajo, como si en cada una de ellas latiese la amenaza de la infección. Esa materia en tránsito del brazo a la cara, llevaba consigo también todas mis esperanzas.

A la hora en que le tenía que dar el alimento (no lo llamo almuerzo ni cena porque no se componía de los platos habituales, sino de una porción generosa de un líquido espeso y de color indefinible) la situación tomaba un cariz infantil que me parecía ridículo. Para proteger los injertos, la cubría con varios baberos. Eligia no podía masticar porque su mandíbula tenía muy poca movilidad y los médicos le habían aconsejado no hacerlo, para no poner en riesgo sus colgajos, de manera que se limitaba a succionar el líquido caliente y amarillento. Mi tarea consistía en acercarle la soperita, mantenerla cerca de su boca y controlar que ningún grumo obturase el tubo: una misión sencilla, pero que requería cierto grado de atención, porque había que sostener el bol muy cerca de la cara y el segundo yeso, que la inmovilizaba igual que el primero, pero del brazo opuesto.

Todos estos cuidados tediosos los contrarrestaba yo por la noche, con la posibilidad de terminar en cualquier parte. Me parecía, en aquel tiempo, que el único, pobre eco de mis afanes en el sanatorio eran los elogios que me hacían las enfermeras y mucamas, dichos con más sorna por las liras que se perdían con mi trabajo, que sinceridad por las virtudes de abnegación que yo pudiera mostrar: «cuánto es bravo, siempre al lado de la señora». También es cierto que, siempre que podía, Eligia entrelazaba sus dedos con los míos si mi mano pasaba cerca de la suya.

Los cambios bruscos e inesperados de espacio durante la noche se habían convertido en los únicos marcadores temporales que señalaban el transcurso del tiempo en esa ciudad empañada. Las noches en que no encontraba a Dina, pasaban sin registro por mi memoria; volvía al cuarto: me escrutaba atentamente para asegurarme de no haber percibido nada parecido a un suspirante, y me enorgullecía cuando encontraba sólo vacío, y nada de sentimientos.

Vivía en dos esferas —la que giraba en torno de Eligia y la que giraba en torno de Dina—, muy próximas en el espacio y el tiempo, pero aisladas entre sí. La de la noche estaba —según creía entonces— separada de todo proyecto que se vinculase con mi

vida. Sabía que la esfera de las heridas de Eligia me ataba para siempre. Lo de Dina, en cambio, yo lo constituía de manera que a ella y lo que la rodeaba pudiera hacerlo desaparecer en cualquier momento.

VII

Un día cercano a ferragosto, cuando en la ciudad no había nadie, Dina entró al bar para preguntarme si quería acompañarla a un cabaret muy divertido pero lejano, al que nos invitaba un cliente que vestía una camisa a rayas verticales azul oscuras y blancas, que parecía interesado en llevar allá a la mayor cantidad de gente posible.

—Verás, te placera —me dijo el hombre.

—De acuerdo, pero no olvides —contesté dirigiéndome a Dina— que debo retornar a la casa de cura antes que Eligia despierte, para darle el desayuno.

Cuando llegamos al San Silvestro, en la fachada lucía un gran cartel: «Noche especial dedicada a los tíficos del Milán... y como de habitual, ¡gran celebración de Año Nuevo!». Una empleada robusta nos dio pitos y matracas al entrar. Terminó su rito de aceptación soplándonos su propio instrumento de viento en la cara, mientras un mecanismo de papel y plumitas plegado se extendía hasta hacernos cosquillas en las narices. Nos colocó unos sombreritos con los colores del Milán, blanco y azul oscuro.

El lugar permanecía bastante colmado, si se tiene en cuenta que la ciudad estaba vacía por las vacaciones de verano. La poca turisticidad con la que las agencias sancionaban a Milán —un par de horas para ver el Duomo y la Galería—, era un favor que preservaba sus secretos más delicados para unos *happy-few*. En el San Silvestro no vi extranjeros a la vista; se divertía allí una regular cantidad de italianos, casi todos ya se habían conseguido alguna de las chicas del local. Todos, hombres y mujeres, llevábamos esa noche gorritos de fantasía, azules oscuro y blancos; las comedías o sonajeros nos sobresalían de los bolsillos. Se oían pitazos o matracazos completamente a destiempo de las canciones que salían por los altoparlantes.

Dina se acodó en el bar, con un gesto suyo muy característico, los hombros cerca de la cara. Nos sirvieron un champán barato y ácido. El hombre de la camisa a rayas saludó a todos como si fuese un viejo parroquiano del lugar. Después se dedicó a susurrarle ternuras en el oído a Dina. De pronto, la música se detuvo y una voz sin sexo, pero con entusiasmo, anunció por los altoparlantes: «Son ya las once. Dentro de una hora celebramos el Año Nuevo. Prepárate para la gran diversión. Echa por la borda todos tus problemas. Esta noche festejamos el año que va del 13 de agosto de 1965 al 13 de agosto de 1966. ¡Adiós año bruto! Os saludo, impuestos; chau políticos, y sobre todo,

chau esposas». Una exclamación general de euforia acompañada de pitazos recibió estas dos últimas palabras.

La voz prosiguió con sus palabras de falsa alegría, pero después de las primeras frases, un desperfecto interfirió los sonidos más graves con un acorde electrónico fantasmal: «El San Silvestro es el único lugar donde estás a salvo de todos los males, también de los tíficos del Inter. Aquí, esta noche, todo es Milán, todo es blanco y azul, nada es rojo y negro. Mujeres hermosas y alegría asegurada. *Champagne* para todos — trató de pronunciar champán a la francesa—. A quién le importa mañana, mañana es el primer día del resto de nuestras vidas. Es más, si quieres, mañana vuelves de nosotros y celebramos juntos el fin de año, el fin de año del catorce de agosto al catorce de agosto. El quince, por respeto a la santa Madonnina, cerramos. Pero todas las noches que no sean fiesta religiosa, son festivos en el San Silvestro. ¡Todas las noches es fin de año!».

Debo reconocer que las chicas y los empleados del lugar hacían bien su rutina. Parecían divertirse verdaderamente... ¿y por qué no habrían de hacerlo? Era un buen trabajo, en tanto los clientes tuviesen el humor apropiado. La tarea debía de ser un poco más difícil en las jornadas frías, con pocos clientes, entumecidos por el invierno o la falta de liras, las chicas simulando felicidad en el vacío, y haciendo sonar sus patéticas trompetitas mientras zapateaban para quitarse el frío. De todas maneras, en esa noche de verano la euforia se mantenía e iba aumentando a medida que se acercaban las doce. Los camareros reían mientras llenaban las copas; sólo echaban en ellas unas gotas de su espumante ácido. De lo que sí se cuidaban era de hacer sonar bombásticamente las botellas cada vez que destapaban una. El barman anunciaba a gritos el acontecimiento y tañía antes una campana que colgaba del techo. Cuando el corcho salía volando, lo acompañaba un coro de vítores mientras se iniciaba una búsqueda en la penumbra, porque la casa regalaba una copa gratis al que lo encontrase, y de paso los clientes se colocaban en situaciones propicias para robarles algo mientras gateaban por debajo de las mesas. Después, si advertían que les faltaba la billetera, todas las chicas y los camareros buscaban prolijamente murmurando: «El bajito de pelo corto que partió apurado un momento hace, tenía una cara de ladrón que no te quiero contar».

Al servirme a mí, el barman, después de preguntarme de dónde era, estalló en risas:

—¡Sudamericano! ¡Como Sívori! ¡El mejor jugador de fútbol del mundo! ¿Pero cómo es jamás posible? Tienen allá tan buenos jugadores y tan malos equipos... porque esos de Independiente, no sólo pierden con el Milán, pierden hasta con la Inter...

Decidí no ser aguafiestas. Sentía ganas de absorber todo lo que me proponían las circunstancias. No quería tener problemas. Lo que pudiera ofrecer Dina me parecía muy pequeño comparado con este derroche de mujeres, años nuevos y champán. Las

señoritas me proponían ir a cualquier rincón oscuro por unas pocas liras. Venían de todos los rincones de Italia y también había extranjeras de los cinco continentes, incluido Oceanía. Nunca me había montado una africana, ni una oriental. Por monedas, podría decir —sin mentir y por el resto de mi vida— que conocí mujeres de todas las latitudes.

Milán ofrecía abundancia verdadera, hipnotizada por los mecanismos del derroche, que en el San Silvestro se contorneaba al alcance de la mano: un gorrito de cotillón, una trompetita de payaso, una mujer de rasgos insólitos, tanto daba. Esta entrega a los abalorios del presente exigía, por supuesto, abandonar toda idea de organización: esa exigencia era también el premio.

De pronto, la música cesó y el maestro de ceremonias impuso silencio entre el público. Se apagaron todas las luces y algunas manos femeninas se deslizaron en los bolsillos masculinos, mientras la misma voz andrógina gritó en los altoparlantes, que funcionaban a medias: «¡Silencio! Faltan sólo cuarenta segundos para que se acabe el año. Treinta, veintinueve, veintiocho... ¡Adiós año sucio! Llévate todas tus desgracias. Veinte, diecinueve, dieciocho. Se nos viene encima un año mucho mejor. ¡Vas a ver, año de mierda, lo que es un año de verdad! ¡Negocios de oro, salud de hierro y mujeres de carne! Cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡Y viva! ¡Y viva el Año Nuevo!».

Titilaron todas las luces y cayó una lluvia de papel picado. Las coperas hicieron sonar sus trompetitas y entre nubes de humo artificial vi a Dina, con su vestido claro de verano, que en el otro extremo de la barra, miraba aburrida el techo.

Un par de horas después entró en el San Silvestro un grupo de hombres, entre los que se destacaba uno pelado y corpulento, con cara grande, de la que, con la misma facilidad, manaban risas y gotas de sudor. Ya habían bebido antes de venir a nuestro cabaret. El grandote se instaló en una banqueta cercana a la mía. Pidió vermut a las dos de la mañana. Se lo negaron, hasta que anunció que lo pagaría al mismo precio que el champán. Entonces por milagro llegó el vermut. Se mostraba dicharachero y eufórico. Lo rodearon dos mujeres, y siguió tomando sus vermouths mientras ellas pedían el champán de la casa.

La prostituta más joven y bonita del «San Silvestro» le clavó los ojos varias veces, a pesar de que estaba lejos, junto a un señor canoso y de corbata, que lucía muy próspero y muy borracho, pero el hombrón no se dio cuenta de las miradas que recibía. A la media hora, la mujer se dirigió al *toilette*. Tuvo que encaminarse por un sendero que pasaba cerca del parroquiano de los vermouths.

Como había hecho con todas las mujeres que se pusieron al alcance de su voz, el hombre de la cara grande le gritó también a la bella alguna barbaridad. Mirándolo, la

mujer se detuvo a unos pocos pasos. El hombre de los vermouths quedó cortado. Echó con temor un vistazo al sofá del potentado, que allá lejos aprovechaba la pausa para conversar con la puta del sofá vecino. La bella le preguntó al hombre de la cara grande:

—¿Lo sabes quién soy yo?

El hombre vaciló.

—No.

—¿Pero estás seguro de que no sabes quién soy?...

En ese momento, el potentado reaccionó, se puso de pie y se encaminó hacia el hombre de la cara grande. Cuando con paso vacilante llegó a la pista, rebrilló un par de zapatos grises, muy ahusados y estrechos. Previendo la bronca, detrás de él vinieron todos los clientes del lugar, identificables por sus sombreritos de cotillón. Por su parte, los que habían llegado con el hombre de la cara grande, cerraron filas junto a éste, al grito de «¡A nosotros! Los de la antigua Ambrosiana, la guardia del vial Goethe». Entonces me percaté de que todos llevaban prendas o detalles de vestimenta que combinaban el rojo y el negro. Ambos grupos se apostaron belicosamente, cada uno a un extremo de la pista de baile. Albiazules contra rojinegros. El magnate señaló a la bella, y le gritó:

—¡Ven aquí!

—No puedo. Tengo que hablar con este hombre —señaló la carota sudorosa y atemorizada.

El magnate empezó a cruzar la pista, pero —sea porque sus zapatos eran nuevos, porque la pista estaba encerada o porque él estaba completamente borracho— cuando había recorrido más de la mitad del trayecto cayó y quedó despatarrado. Sus amigos albiazules no se movieron, pero en ese momento apareció, entre las filas de esas formaciones quietas, un caballero delgado, de saco, y con una corbata muy parecida a la de algunos típicos rojinegros. Trató de reincorporar al magnate, mientras con respeto le susurraba al oído:

—¿Cómo nunca, comendador?

Intentó levantarlo tres veces, pero el cesáreo millonario recaía siempre. El grupo rojinegro, al advertir tanta impotencia, se acercó por curiosidad al comendador. El caballero delgado que lo asistía, palideció al ver lo que se le venía encima. Sacudió el pescuezo del comendador y le gritó:

—¡Desgraciado! En qué embrollo nos metiste, borrachón. Yo te dejo.

En su ímpetu, los rojinegros pasaron por encima del comendador y rodearon al caballero delgado, pero, contra lo que todos esperábamos, no le hicieron daño.

La bella ni se inmutó cuando vio al ricachón en el piso, pero los amigos de éste, que eran muchos más que los rojinegros, reaccionaron. Ambos grupos rompieron botellas y las blandieron contra sus rivales con fiereza. Por momentos, unos avanzaban y otros retrocedían sobre la pista, hasta que, siguiendo razones inexplicables, la situación se invertía y la facción que antes avanzaba, después retrocedía. Finalmente, uno de los rojinegros gritó: «¡Son más!», y bastó esta presunción para que todo el grupo huyese, entre exclamaciones de «Nos volveremos a encontrar en San Siró».

Los clientes con gorritos azul oscuro y blanco no se dieron cuenta de su triunfo porque los camareros, para apaciguar los ánimos sin correr riesgos, arrojaron en ese instante tanto papel picado y humo de color que no se podía ver la propia mano. Solo al despejarse la atmósfera comprendieron que eran los triunfadores. Ya se levantaban algunos brindis de victoria, pero alguien gritó: «¡Vuelven los del Inter con refuerzos!», y el bando que un segundo antes celebraba el triunfo desapareció como por encanto de magia.

Cuando ya el local estaba casi desierto, aparecieron por primera vez unos viejos parroquianos a los que no les importaba el fútbol. Preguntaron asombrados por qué había tan poca gente. Un barman hizo un gesto ampuloso y dijo: «¡Hubo una batalla que no le quiero ni contar...!». Y así entró esa noche del 13 de agosto de 1966 en la historia y la leyenda.

Pero el único efecto inmediato de este comentario, que con toda seguridad se amplificaría hasta el mito en pocas noches, fue inquietar a los recién llegados. Bastó que estos vieran llegar a tres turistas finlandeses, borrachos y extraviados —sólo buscaban un teléfono— para que salieran como flechas. El caballero de saco que tanto asistía al comendador blanquiazul como encabezaba la carga de los rojinegros, se ofreció a guiar a los finlandeses dándose aires de conocedor de la noche, y de persona que siempre salía a flote.

Solo quedamos en el local los camareros, Dina, su amigo, yo, el hombre de cara grande y la bella.

—¿... y todavía no sabes quién soy?

—No... No sé...

—Soy tu hija.

—¿Ana?... Tantos años... ¡Ana, claro!

—Sí, tantos años.

—No sabes todo lo que he pensado en ti y cuántas veces he querido verte.

—No, no lo sé.

Por un momento el aire se tensó entre los dos, pero de pronto ella, aflojándose, le dio un beso en la mejilla. El hombrón explotó de alegría. Puso sus brazos en torno de la joven y después de hablar unos minutos en voz baja, estalló en gritos exultantes.

—¡Esto es extraordinario! ¡Hay que celebrar... vermut para todos! Yo pago.

No se veía a casi nadie en el cabaret; las tres botellas que mandó a abrir quedaron al alcance de mi mano. Bebí y bebí, y a cada copa, el hombre de cara grande me miraba peor. Finalmente estalló:

—He convidado a todoscuantos, y tú te lo bebes solo.

—Este no es un lugar para avaros.

El hombre de sudor grasoso vaciló, miró a su hija y me tomó del cuello del abrigo negro, sacudiéndome como una campanita. Busqué en mi bolsillo la navaja, la aferré, pero mi mano se paralizó. Cuantos más insultos me arrojaba el hombre de la gran cara, más pesada y rígida quedaba mi mano en el bolsillo. Me decía a mí mismo: «Solo se trata de sacarla y toda la situación cambiará». Pero no moví mi brazo.

Cerca de la madrugada, Dina y su amigo me subieron a su auto. Me recosté en el asiento trasero y todo Milán se convirtió en una calesita. Pedí que se detuviesen. Caminé dos pasos y me senté en la acera.

—¡Qué mal se te ve! Trata de vomitar —me dijo el hombre.

—No me van a voltear con champán barato y vermut, después de haber digerido tantos licores de mierda; no es justo.

Tenía ganas de acostarme, pero no tenía ganas de vomitar. Nunca tenía ganas de vomitar, entonces.

—Para qué te emborrachas si no tienes hígado. Mira, voy a un hotel con Dina. No

te podemos llevar. Ya te arreglarás. Me dice ella que tienes la costumbre...

Partieron. Crucé la acera en cuatro patas hasta llegar a un muro en el que pude apoyar mi torso.

Clareaba apenas cuando volví a abrir los ojos. Dina me estaba sacudiendo el hombro. Se reía en cuclillas, a mi lado. Después fue perdiendo el equilibrio por la risa y se deslizó a una posición despatarrada. Detrás de ella, sobre la acera, dos mujeres, una anciana vestida de negro y otra con un rosario en su mano, nos miraban en silencio.

—Dale. Haz un esfuerzo y vámonos de aquí —me exhortó Dina—. Cuando me senté, cruzó mi brazo sobre su hombro y me levantó. No dejaba de reírse. Entre su risa y el peso de mi cuerpo que se apoyaba en ella, le costaba llamar a los taxis. De todas maneras, los que pasaban no se detenían.

—Ahora apóyate aquí y resta callado, calladito —señaló un reborde en uno de los muros.

Al inclinarme comprobé que los ladrillos a mi espalda estaban tibios, que conservaban una temperatura más agradable que la de la acera. Apoyé mis manos en el muro para no tumbarme ni hacia el este ni hacia el oeste. Esto pareció causarle mucha gracia a Dina. Se rió tan sinceramente que yo, contagiado, estallé también en risas. Así llegó el vómito, a mí, que estaba orgulloso de que nunca me ocurriesen esas cosas húmedas. Reía y vomitaba en alternancias equilibradas: unas buenas risotadas y tres o cuatro torrentes que salían por mi boca neptuniana. Noté que las oleadas correspondían exactas a las risotadas: si éstas eran cinco, las olas eran también cinco, todo ello sin ninguna participación de mi voluntad. Brotaba un vómito completamente líquido y traslúcido, con el vermut y el champán intactos. Dina procuró enjugar la catarata que salía de mi boca con un pañuelo de cuello de gasa verde. Después giró y se fue. Traté de seguirla. Me adormecí riéndome.

Cuando reabrí los ojos, Dina estaba otra vez a mi lado. Detrás de ella había un taxi con la puerta trasera abierta. Se me había pasado el humor risueño y me invadía un sopor muy pesado. Escuché al conductor.

—Este angelito... lo tenías escondido. No me habías dicho nada.

Se apeó del auto y me puso de pie con facilidad. Después me alzó en brazos y me acomodó a su lado.

—Estás hecho un verdadero asco —giró hacia Dina, que se había desplomado sobre el asiento trasero—. Esta me la tienes que agradecer.

El coche arrancó en una de aquellas direcciones desconcertantes que, para mi asombro, guardaba siempre la ciudad. De tanto en tanto, el conductor me hacía una broma sobre mi estado, que terminaba siempre con una observación sobre lo bueno que había sido él, y giraba en seguida la cabeza para sonreírle a Dina. El taxista tenía razón; había sido un buen tipo. Me miró.

—Ahora estarías en la cuestura. ¿Tienes alguien que se haga responsable de ti?

—Es extranjero —dijo desde atrás Dina, desganada.

—¿Y tú? ¿Tienes alguien que se haga cargo de ti?

—Tengo la tía.

—¡Ah...! Qué suerte tu tía, una linda sobrina como tú.

El coche se movía lento. En duermevela, vi que circulaba fuera de la calle, sobre tierra, en uno de esos espacios libres que quedaban entre los monobloques que se construían a ritmo febril. El conductor detuvo la marcha y se pasó al asiento de atrás. Con esfuerzo me bajé yo también, para orinar. Me sostuve contra el auto y miré a mi alrededor, hacia los edificios. Desde los balcones y ventanas, unas pocas personas nos observaban en el silencio de la madrugada. Alguien gritó algo, risueñamente, a lo lejos. Traté de abrocharme el pantalón, pero no lo conseguí. Me tiré a lo largo del asiento delantero. El coche se balanceaba suavemente, como una cuna, mientras en el asiento de atrás alguien gemía. No pude distinguir si era una voz de hombre o mujer. Después sentí que el conductor me acomodaba con una sola mano:

—Quédate sentado, eh, no te vayas a caer —me dijo mientras con la otra mano me toqueteaba sin disimulo el pecho, hasta que encontró lo que buscaba.

Me sacó la billetera, la vació de dinero y me la volvió a colocar en el bolsillo del abrigo. Me había robado las dos mil liras que yo reservaba para la única puta del San Silvestro que había nacido en la Polinesia. Me pregunté cuándo tendría otra vez la oportunidad de hacer el amor con una mujer de Oceanía.

—No entiendo cómo no te mueres de calor con ese abrigo —fueron las últimas palabras que me dirigió el taxista.

Le dio el dinero a Dina, que, todavía recostada, no supo de dónde habían salido los billetes. Cuando llegamos al sanatorio, nos hizo bajar.

—Bueno, ahora se las arreglan ustedes. Ya yo hice mi buena obra. Ni siquiera les cobro el viaje.

—Sí... figúrate —le contestó Dina.

Calzó mi brazo sobre sus hombros para que no me cayese.

—¿Qué hago contigo? Mira que eres un incordio.

—Deja. Me voy al cuarto.

Dina me soltó, di dos pasos y caí en cuatro patas. Me volvió a alzar.

—¿Hay algún guardia?

—Aquí siempre hay algún guardia, pero a esta hora va al baño y dormita lo que puede. ¿Por qué?

—¡Qué cara de miedo! No pensaba entregarte. Quería saber si el camino está libre hasta ese cuarto tuyo. ¿Qué número?

—El 407.

Esperamos el momento en que la entrada estuvo despejada, y pasamos sin que nadie nos detuviera. Compartimos el ascensor con una administrativa. En el pasillo del piso encontramos a la mucama del primer turno.

—Señor Mario, ¿pero qué le ocurrió... un accidente?

—No, no tengo nada. ¿Cómo va la señora?

—Su madre descansa. ¿Usted no está herido?

—¡Su madre!... —Dina pegó un respingo y agregó indignada—. ¿Por qué no lo acuesta a este nene?

—Porque no es mi trabajo —contestó la mucama, cuyas recomendadas yo no había querido contratar como enfermeras suplementarias—. ¿Por qué no prueba de acostarlo usted? Se ve que tiene experiencia. ¿Y por qué no le cierra la bragueta?

Colgado de su hombro, abrí la cartera de Dina y tomé dos billetes de mil que estaban a mano y me olían a taxista. Se los entregué a la mucama y le hice una señal con mi dedo sobre su boca. Me dio las gracias. Dina me reacomodó y fuimos avanzando hasta el cuarto, al ritmo muy incierto de mis pasos. En mente, me despedía de mi amada de la polinesia. Solo cuando llegué a la puerta, recordé que mi cuarto era también el cuarto de Eligia.

—Shh —le increpé a Dina—, no hagas tanto ruido, estáte callada. Una vuelta que seamos dentro, yo me arreglo solo.

Abrí la puerta de un manotazo torpe. Una voz lúcida preguntó en seguida:

—¿Mario?

—Estoy bien. Estoy con una persona que me acompañó.

Di dos pasos por el vestíbulo sesgado que no permitía ver la cama. Antes de llegar al recinto principal, caí sobre la pared y me fui deslizandohasta el suelo. Eligia volvió a preguntar por mí, con tono más preocupado; Dina me puso en pie.

—Permiso. Disculpe señora, no quería molestar. Su hijo está bien. Solo tiene que dormir un poco —iba balbuceando mientras avanzábamos por el vestibulito.

Cuando llegamos al cuarto en sí, Dina quedó en silencio. Las presenté.

—Es Eligia. Es Dina, me ayudó mucho, pero yo no se lo pedí. Llego justo a tiempo para darte el desayuno.

—Ya tomé el desayuno hace una hora... Gracias, Dina.

Estábamos a dos pasos de mi camastro. Dina permanecía tiesa, mirándola a Eligia. Noté que los músculos de ella que me sostenían, se olvidaron de mí. Me desprendí de su brazo y me tiré en mi pequeña cama. Cuando dirigí la vista hacia Dina, todavía estaba como petrificada, mirándola a Eligia.

—¡Y por qué no te vas! —le grité.

Se fue sin despedirse; fue una huida sin descortesía. Dormí hasta que la misma mucama a la que le había dado dos mil liras trajo el almuerzo. Entró haciendo todo el ruido posible y gritando «Aquí está la minestra», como lo hacía siempre para ahorrarse el trabajo de despertar a los pacientes.

Creí que podía sostenerme erguido por mis propias fuerzas.

—¿Está ya en pie, señor Mario? —dijo la mucama con un tono maligno.

Sabía que Eligia tenía que haber visto a Dina, ya que la misma mucama se había negado a acompañarme al cuarto. Traía una sopa espesa, hirviente. Antes de irse, me señaló la cabeza:

—Le queda muy bonito. También yo soy del Milán, y odio al Inter.

Me quité el sombrero de cotillón azul oscuro y blanco. Como todos los días — cuatro veces cada día— acomodé un babero infantil sobre la parte de los injertos que quedaba debajo de la soperita, a veinte centímetros de la cara de Eligia, que era todo cuanto podía extenderse el tubo por el cual succionaba ella. Protegí la preciosa carne ganada con el esfuerzo del segundo colgajo, que le había valido otros cincuenta días de yeso, entre mayo y julio.

Eligia me miraba con fijeza. Cuando terminé de alimentarla, volví a tirarme en mi catre. Me coloqué de manera que, si entraba alguien, pareciese que yo estaba echando una siesta. Mi única preocupación era que no se me notase el *hang-over*.

Cuando volví a despertarme, faltaba poco para la cena de los pacientes. Me sentía mal: la boca pastosa, aunque advertí que las piernas habían ganado algo de firmeza. Los ojos de Eligia me seguían a todas partes. Antes de la comida, la lavé, tratando de esmerarme en los cuidados. Le propuse cortarles las uñas.

—No, hoy no... por favor, hacé algo con tu aliento.

Me cepillé los dientes. Cuando regresé, me dijo:

—¿Te acordás de los sobresalientes que sacabas en la escuela?

—Bueno, llegó otra vez la hora de la nostalgia docente —le contesté tratando de sonar divertido.

Pocos minutos después trajeron la sopa humeante y una gelatina. Coloqué la servilleta como lo hacía todos los días —cuatro veces cada día—. Tomé el bol en mis manos con decisión. Estaba un poco más caliente que lo habitual, de manera que soplé para entibiarla. Preparé una servilleta de reserva para enjugar el líquido que se escurriese de la boca. Rutina.

—A ver, un sorbo por Piaget, que está aquí cerca, en Ginebra, paseándose en bicicleta, y al que vas a ir a visitar dentro de poco... Otro por Herder... Otro por Saussure... Otro por Dewey...

Reí con forzado buen humor. Eligia no veía la soperita cerca de su boca. Un grumo tapó el tubo por el que succionaba. Traté de destaparlo sacudiéndolo con una mano. Entonces empezó a temblarme la mano que sostenía el bol. Quise controlarla, pero los temblores crecían, aumentados por el mismo peso del bol. El flujo de sopa se reanudó.

—Este sorbo por el profesor Calcaterra, que fue admitido en la Academia y su foto está en todos los diarios importantes...

La mano que había desobturado el tubo, volvió a la sopera. En ese preciso instante tuve una convulsión y el líquido se derramó casi todo sobre los baberos y servilletas que protegían a Eligia, empapándola. Lanzó un grito incontrolable y, con gemidos descendentes, me dijo que llamase a la enfermera. Apreté el timbre. Mientras esperaba, levanté uno de los extremos de la servilleta empapada y humeante. Pegado al lado inferior de la servilleta se levantó también un trozo de injerto mostrando debajo un colchón de tejidos y sangre. En seguida llegó la enfermera.

—¡Un accidente! —grité sin control—. Se derramó la sopa.

—Señor Mario... ¡Precisamente ahora, con los injertos y el colgajo nuevo!

Actuó con celeridad profesional. Bajó con un mecanismo las ruedas de la cama y se llevó a Eligia volando a la sala de curaciones. Todo ocurrió en un segundo. Cerré los ojos y sollocé con la soperita de peltre todavía en mi mano. Después de unos minutos, sin detener mis sollozos, dije en voz alta y clara: «No quería que las cosas resultasen así, Eligia. Verdaderamente quería ayudarte, esmerarme. Te lo juro. Esto no puede seguir. Si salimos de ésta, voy a cambiar. Te lo juro». Me senté en mi camita.

Después de un tiempo impreciso para mí, volvió la enfermera.

—Todo bajo control —me miró inquisitiva a los ojos—. ¿Pero qué le llega? No es tan grave, ¿sabe? Todo se va arreglar. Vamos, no se abandone ahora que su madre necesita de usted más que nunca. Un accidente, cualquiera lo tiene; después de tantos meses. ¡Pero si todo el mundo se admira de lo bien que la cuida! Es cierto que, cada tanto, debería contratar una enfermera, y tomarse un descanso. Es demasiado para una persona sola. Seguro que puedo conseguirle alguna que le haga precio por tarea prolongada, si la contrata por más de una semana... Ahora vaya de su madre en la sala de curas y llévele un abrigo liviano. Si comienza a estornudar, estaremos en líos. Vaya, que ella pregunta por usted. Le dé un beso.

Cuando entré en la sala de curaciones, hallé en la antecámara equipada con pileta y mesada metálica, la cabeza de Eligia. Estaba sin pelo, descarnada hasta un punto en que yo no la había visto nunca antes, la cuenca de los ojos vacía y los huesos en distintos grados impúdicos de evidencia. Tenía clavado un compás en la mejilla y sobre la mesada, cuyo brillo metálico y oscuro hacía un fuerte contraste con el color parejo, opaco y cerúleo de la cabeza, descansaba un goniómetro.

Uno de los ayudantes del profesor irrumpió desde la sala principal, me miró,

miró la cabeza, y la guardó apresurado en una alacena.

—Estos modelos son muy útiles, sabe. Permiten planificar científicamente las operaciones de los pacientes complicados.

Eligia estaba rodeada de médicos. Le habían quitado el injerto ensopado. Le cubrieron la parte sin piel con una gasa cicatrizante, y los médicos dejaron órdenes para hacer un nuevo injerto a la mañana siguiente. A las más de veinte operaciones que llevaba el tratamiento, había que agregar ésta, inútil.

—No se preocupe señora, será cosa de unos minutos —dijo el médico de guardia.

—¿Cómo estás, Mario?

—Estoy bien. Te traje un salto de cama. ¿Te espero aquí o en el cuarto?

—Volvé al cuarto. Aquí estoy bien cuidada. Trata de descansar.

Me paseé por el cuarto despojado, vacío, sin cama, durante una hora. Desde que había empezado su tratamiento en Italia, yo nunca esperaba a Eligia en la habitación, cuando se la llevaban, sino en la salita cercana a los quirófanos. Esta vez, en el cuarto vacío, sin la gran cama, me movía sin rumbo, descoordinado. Mis pies se habían acostumbrado a medir los pasos según la presencia de la gran cama articulada y se asombraban ahora de poder atravesar espacios que nunca antes habían hollado. Coloqué mi cabeza en el lugar exacto en el que durante tantos meses había yacido la cabeza de Eligia. Desde ese punto de vista, el cuarto tenía perspectivas completamente distintas de aquéllas a las que me había acostumbrado. La ventana y la reproducción de Cézanne eran los elementos más visibles; en cambio, el vano del pasillo por el que habían entrado Sandie, el capellán y Dina, casi quedaba fuera de la visión, y mucho menos se veía mi catre bajo adosado a la pared.

Traté de imaginar lo que podía estar ocurriendo en la sala de curaciones. Barajé todas las posibilidades, desde las más negras a las más leves. Permanecí repitiéndome, sin darme cuenta pero sin cesar, «Dios mío, ¡qué hice!».

Cuando colocaron la cama en el lugar habitual, todo pareció nuevamente en orden.

—No fue nada Mario, ya está. Mañana me reponen el injerto. No andaba muy bien y no era muy grande. Me queda piel de sobra en el muslo.

Al poco tiempo, Eligia se durmió; la noche recién empezaba. Una enfermera pasó como un susurro para tomarle el pulso y la temperatura. Eligia no se despertó.

—Todo va bien. Vaya a respirar un poco de aire fresco. Por esta vez, nosotras nos encargamos gratis. Vaya, tiene que despejarse un poco. Esto le sucede por estar demasiado tiempo encerrado aquí dentro.

No fui al bar de la esquina. Caminé casi medio kilómetro hasta que llegué a una zona que no frecuentaba el personal de la clínica y donde era un desconocido. Entonces encontré un bar oculto y pude tomarme una media docena de coñaques sin que nadie me viera.

VIII

Ein Zeichen

kämmt es zusammen

zur Antwort auf eine grubelnde Felskunst

PAUL CELAN

(Un signo / se habría de unificar /
como respuesta a un cavilante arte rocoso)

?, ? de septiembre de 1966

Encuentro a muchos idiotas que me miran con envidia porque viajo solo. Creen que todo es fácil, que ser joven y viajar solo es el máximo de libertad al que se pueda aspirar.

Como experiencia, la situación tiene un aspecto muy distinto. El viajero solitario es un peligro. Lo miran torcido en los circuitos turísticos. De alguna manera, sin embargo, se las ingenian para lidiar con él: la manicura del hotel hace alguna hora extra o hay una de esas putas que, ¡oh casualidad!, está sentada sola en el cabaret donde termina el tour nocturno. Pero en los lugares no turísticos el solitario se transforma en una amenaza insólita; un huno descolgado de la horda, más vulnerable que

amenazador. Lo digo yo, ahora; por más que te hagas el bueno y digas que «sí» a todo, todos te tienden alguna trampa: las putas, los restaurantes, los taxímetreros.

Viajar así resulta una experiencia multiplicada de lo que significa ir solo al cine o al teatro. Lo sé. Odio a esos idiotas que no pueden despegar ni a la esquina sin que su entrepierna complementaria los siga a dos pasos. Nadie me convencerá de que creen en el arte. Muy lindo los actores, el texto, el director, el mensaje, la charla en el bar después de la función, pero sin la entrepierna complementaria sudando —y a veces sangrando— al alcance de la mano, no van ni a la esquina. Con los viajes es igual: la pinacoteca, el castillo, todo muy bonito, pero sin la pareja al lado, no salen de casa.

¿Qué mierda hago aquí? ¿Qué les explico a los habitantes de estos pueblitos? ¿Qué puedo explicarles? ¿Que Eligia, después de su segundo colgajo exitoso, con abundante sustancia en la cara, está en Ginebra, embobada por Piaget? ¿Que el dinero que yo tenía para viajar durante más de un mes me lo gasté en tres días, en whisky y una puta polinesia? ¿Que no tengo a dónde volver, porque en la clínica desocupamos nuestra habitación, y la reservamos recién para fines de este mes de septiembre? ¿Que el único valor que me quedó fue el *circolare*, el billete de segunda clase que permite tomar cualquier tren hasta fin de mes? ¿Que desde más de veinte noches estoy durmiendo en los trenes de segunda y tomando de lo más barato? ¿Que —como Italia es larga y estrecha— tengo que pasar un día en el sur y un día en el norte, para poder dormir unas seis o siete horas? ¿Que cuando me despierto, me bajo en el primer pueblito (y los de segunda paran en todos los pueblitos) para poder lavarme la cara, me bebo algunas grapas y camino por aldeas de cuyo nombre no me he enterado siquiera? ¿Que inevitablemente, siempre, pero siempre, encuentro maravillas repartidas al voleo, que no figuran en las historias del arte, portentos que se me aparecen a la vuelta de la esquina, como en otras ciudades se te puede aparecer un puesto de diarios o una señal de tránsito? ¿Que se te presentan con naturalidad, sin bambollas, sin que antes de doblar la esquina puedas siquiera prever si van a ser Risorgimento, neoclásicas, barrocas, renacentistas, góticas, románicas, clásicas o etruscas? ¿Qué puedo decirles a estos estúpidos que ven sus maravillas sin darse cuenta de que son maravillas?

¿Y qué puedo decirles a ellos sobre ellos mismos? ¿Que durante las charlas en los compartimientos del tren he aprendido a sustituir mi apellido paterno por el de mi bisabuelo italiano? ¿Que en seguida preguntan? «Presotto, Mario, ¿oriundo?, ¿oriundo?», y yo contesto «oriundo», ¿y todos tratan de averiguar después si conozco al primo tal o cual? ¿Que a la hora de comer salen a relucir los larguísimos paninos y las botellas de tinto, y entonces mi oriundez tiene premio? ¿Que inevitablemente, sin fallar nunca, una mano me tiende como medio metro de panino y una botella de tinto para besar? ¿Que gracias a esa mano infalible ando todavía en pie?

Hace ya más de media hora que camino por estas calles de no sé dónde. Frente a

una placita minúscula —menos que un jardín de Milán— una iglesia enorme. Estoy cansado y entro. Me siento en uno de los bancos. Las grapas de esta mañana fueron muchas; unos obreros que esperaban su turno para empezar a trabajar me convidaron con generosidad: «¡Mira el oriundo cómo se calefacciona! ¡Y eso que hace todavía el verano!».

Me inclino hasta que la cabeza queda por debajo de las rodillas. Pongo mis manos en la nuca y presiono con la cabeza hacia arriba para que la sangre vuelva al cerebro. Se me acerca un cura.

—No puedes quedarte aquí, este banco del coro está reservado para los acólitos, en la próxima misa.

—Está bien, padre.

—¿No se te ocurrirá pedir aquí adentro? Solo puedes hacerlo en el portal, pero eres demasiado joven para eso y no tienes todavía la mirada de derrota. Eso es lo único que convence verdaderamente, más que la ropa gastada y la palidez. Si quieres comer, ven conmigo a la sacristía.

—No, no es necesario. Me quedaré tranquilo unos minutos en aquel banco y después tomaré un poco de aire afuera.

—Ve, sí, ve que te hará bien.

Me repongo; me pesa la soledad. Pasan diez minutos. Se me acerca una pareja de viejitos turistas, vestidos con mucho recato y colores oscuros. No llevan ni sandalias con medias ni camisas hawaianas. El hombre me extiende un dólar y me lo guardo en el abrigo.

—Excúseme, ¿usted habla inglés? —me pregunta.

—Muy poco.

—¿Puede usted traducirme esta bellezallena lápida?

—Puedo intentar... A ver... Obispo Alessandro, no se distingue bien... Aquí... una fecha... seis de septiembrede 1266... Buenos tiempos para morir, especialmente para aquellos obispos y comerciantes que se podían pagar una bella tumba.

—Es muy linda.

—Sí. Tiempos de sencillas tumbas —siento la necesidad de hablar y me desato—.

Una estatua yacente tan natural como posible, un idealizado muerto, porque no es el uno que vivió, pero el uno que va a resucitar, perfecto en un mundo perfecto. Mire el pedestal con santos en bajorrelieve: un viejo conservador, este Alessandro; otrocamino, él hubiera preferido pequeños ángeles inspirados en los Ancianos Tiempos, algo muy fino y vanguardista en aquellos años. Como puede ver, no hay nada tenebroso en la tumba. En el mil doscientos, tumbas usaban ser como segundas madres, lugares que envolvían el cuerpo, así que él pudiese renacer fresquito y sin pecados. Una perfecta simetría con el nacimiento. Solo después, con la Contrarreforma, aparecieron las tumbas modelo «abismo», con muchas oscuras concavidades, esqueletos y calaveras. Pero, ¿usted sabe?, es curioso, el más tétricas trataban de parecer esas tumbas del seiscientos, el más trataban de asustar... el más lujosas las construían; más mármoles y ónix en exhibición, más *putti*.

—¡Eso que dice es muy, muy interesante! ¿Cómo sabe usted alrededor de estas cosas? —me mira con atención.

—Bueno... En algún viaje anterior... Yo recuerdo que mis padres llevaban una guía turística muy buena. Todavía tiene que estar, algunlugar, con las anotaciones que hacían.

—¿Usted no es italiano?

—No, Yo soy sudamericano. Mi nombre es Mario. ¿Y el suyo?

—Yo soy australiano: Yo soy Charles, y mi mujer es Sarah. ¿Hay allí un cementerio en este pueblo?

—Supongo que sí. ¿Por qué pregunta? ¿Puede ser? Usted piensa como Yo: si quieres conocer una ciudad italiana: el duomo, la plaza y el burdel; pero si tú quieres conocer un pueblito... el cementerio, el mercado y la puta.

—Podríamos ir de visita. ¿No nos acompañaría usted?

—¿A la puta o al cementerio?

—No... no... ¡A mi edad! Al cementerio, por supuesto... Además, Yo viajo con mi mujer.

Sarah ríe; escruta la tumba de Alessandro. Los viejitos exudan dignidad y honradez.

—Yo supongo que podríamos.

—Usted habló en italiano, unos pocos momentos antes, con un sacerdote.

—¿Ellos hablan italiano en Sudamérica? —interviene por primera vez la señora.

—No, pero mi madre's familia es italiana.

—¡Oh, sí! Inmigrantes. Nosotros también tenemos muchos italianos inmigrantes allá... ¿No está casado, no tiene novia?

—No.

—¿Por qué?

—No tuve buenos ejemplos.

Mientras Sarah habla maravillas del hotel en el que están, su marido toma unas fotos de la tumba del obispo Alessandro. Me agrada encontrar por fin un turista que se interesa verdaderamente por lo que ve.

—Antes de ir al cementerio, podemos tomar una mirada en esa tumba sobre allá —dice el viejo señalando con su máquina fotográfica un sepulcro, dos capillas más adelante.

—Por supuesto.

Estamos en una iglesia extraña, eco desacomodado de los templos de las grandes ciudades. Se ven algunas estructuras románicas y, en la pared, sobre los arcos laterales, pequeños fragmentos de pintura medieval al fresco, redescubiertos y restaurados, incomprensibles e insignificantes: un brazo, una cara, una escena trunca, diseminados por la superficie clara y limpia. Las columnas que separan las tres naves son ostentosamente ricas, fuera de escala y mucho mayores que todos los otros elementos arquitectónicos del recinto. Más que sostener, parecen rellenar el espacio que las circunda proyectando la luminosidad glauca y estriada de sus mármoles. Son el fruto del saqueo a algún templo pagano desaparecido, que en esta iglesia se toma venganza desentonando con toda la fuerza de sus columnas. Sobre los muros antiguos se ven tumbas medievales, renacentistas, neoclásicas y —mucho más estridentes— barrocas y decimonónicas, éstas con sauces y ángeles de mármol blanco que lloran y dejan caer sus larguísimas cabelleras sobre los pedestales. Pero el sepulcro hacia el que nos dirigimos es, otra vez, un elemento extraño a todo lo demás. Representa un templete de granito gris claro, con un gran portal que se abre hacia un calculado agujero de vacío negro y por el que podría pasar un auto entero. Al costado, la estatua de un monje encapuchado y con la cara en sombras, señala el abismo inminente, a punto de tragarnos a todos en

cualquier momento. El efecto es teatral y siembra dudas consistentes respecto de las alegrías por la resurrección de la carne.

Mientras el australiano toma fotos desde distintos ángulos, me aparto unos pasos y, bajo el intradós del arco que da acceso a una capilla vecina, observo el conjunto de la iglesia. Ahora que lo he mirado bien, tomo conciencia del pastiche que los siglos han armado; este amasijo no está destinado a las guías de turismo. Me recuesto contra una reja decorada con hojas y flores de hierro. Vuelvo a mirar la perspectiva de la nave mayor y apoyo mi cabeza. Fijo mis ojos en el falso abismo de la tumba del monje.

De pronto, todo se sale de quicio. Esa mescolanza de ángeles barrocos, arcos románicos, capuchinos románticos y columnas romanas, hace rechinar a cada elemento en su lugar, los desacomoda entre sí y los convierte en una totalidad heterogénea. Así debe de trabajar Dios, con lo heterogéneo, con lo casual. Recuerdo los lugares de culto asépticos que tratan de definir a Dios por ausencia —como la capilla del sanatorio y las iglesias «goticizadas» por restauradores modernos— hasta un punto en que todo es del mismo estilo en ellas, como si hubiesen sido construidas en un instante, por un solo artista. La versión pueblerina italiana me sirve más: el avance de Dios por exceso de tiempo y creación, por casualidades, por disonancias, por contradicciones. Dios no puede ser algo tan delicado como el vacío ni tan simple como lo inconfundible. A Él le sirven todos los materiales, hasta los deberes mal hechos y las narigonas.

—Es hermoso. Nosotros no tenemos tanto arte allá abajo —me comenta el viejito—. ¿Quién está enterrado en la tumba del monje?

—Un famoso cantante de ópera del siglo pasado. Había nacido en este pueblo.

El cementerio, un kilómetro afuera del pueblo, me decepciona, con tumbas que sólo se remontan a fines del ochocientos. Mi compañero no parece, sin embargo, desilusionado. Fotografía varios monumentos decorados con estatuas de marmolería y me pide que le traduzca algunas lápidas. Me las arreglo mejor con el italiano que con el latín de las tumbas de la iglesia. Los textos tratan de expresar una emoción frenada pero poderosa, y por lo general terminan con puntos suspensivos y signos de admiración. En las lápidas más recientes descubro influencias de los cantantes de moda; en las más viejas, influencia de la ópera: «Madre: Con tu angelical sonrisa partiste, y a tus hijos en desolación dejaste». O: «Marcelito: A dos días de aquel día lleno de gloria para ti y oscuridad para nosotros, te fuiste de los brazos de tu mamá a la que tanto querías, para encontrar el abrigo de los brazos de la Virgen María, que tanto te ama. Pero queremos decirte que extrañamos tu risa, tus tibias caricias y te perdonamos todas tus travesuras, incluso aquella gorda de quemar a la gallina más ponedora. Solo de saberte en el regazo de la Santísima Virgen nos da consuelo, y estar seguros de que llegará la hora del reencuentro». La tumba correspondiente está abandonada desde hace por lo menos

cincuenta años. En todas las placas se entrecruzan —por debajo de la cursilería— amores auténticos, de hijos a padres, de padres a hijos, de hombres a mujeres, de mujeres a hombres, y todos esos sentimientos.

Mi viejito australiano empieza a disponer de mí con demasiada autoridad. En cuanto puedo me escabullo hacia un sector donde están las tumbas humildes. Los textos aquí son más directos, más breves, más claros y no temen la exageración: «¡No te olvidaremos, garantizado!» «¡Qué disgusto nos diste, cara!».

Después de pedirme que le traduzca algunas lápidas más, y tomar anotaciones y fotos, el anciano nota que falta algo.

—No hay tumbas de los viejos tiempos. Si la iglesia es vieja, ¿por qué el cementerio no es tan viejo como el cementerio?

Hablo con la florista. El cementerio anterior ha sido levantado porque ocupaba mucho espacio. Ahora crece en su lugar un huerto donde se cultivan habas con forma de grandes canutos, famosas entre los degustadores de toda la región.

—Se imagine —me dice la florista—, vienen también desde Boloña, para comprar esas habas. Hay mujeres que dicen que las habas tienen virtudes milagrosas, curativas; yo le aseguro que son sabrosísimas. Si quiere, le puedo vender unos kilos...

—Gracias, estoy en viaje, ¿cómo quiere que las cocine?

—Llévelas como amuleto de amor, mire que sirven también para el amor. Un joven como usted, y de viaje... no debe ser fácil. Aquí las mujeres son todas decentes... salvo que alguien le dé la única dirección apropiada —y me escrutó sin agregar nada.

—No insista. ¿Cómo quiere que coma habas en pleno septiembre? No hace frío, todavía.

—¡Ah...! Pero nuestras canelini son famosas como amuleto de viaje. Las usaban ya los peregrinos, en el Medioevo, para llegar seguros a Roma. Tiene que poner en una bolsita trescientas sesenta y cinco habas canelini junto con una ramita de romero. No falla nunca, si quiere llegar a destino.

—Mire que yo no voy a Roma. Además, no las digiero bien.

—Las nuestras son famosas a punto por lo livianas que son. Tienen propiedades curativas para el estómago, el resfrío, la anemia, el estreñimiento, la calvicie y tantas cosas más. ¿Qué le llega? ¿No comen habas allá?

—¡Momento! Nosotros tenemos un guiso criollo de porotos que ya quisieran ustedes... Mucha carne dorada en el mismo aceite en el que antes se doró el ajo, una bella cantidad de morrones, un poco de chorizo colorado y papas. Mi familia tenía una cocinera en las sierras que hacía un guisote de suspirar. El secreto, según ella, era, primero, lograr que el punto de los porotos fuera igual que el de las papas; segundo y principal, evitar el tomate, que es cosa de italianos, y además tiene ácido oxálico, que es tóxico.

—¿Esto sabía la su cocinera?

—No. Esto me lo dijo un doctor.

—¿De evitar las manzanas de oro?

—Así es.

—Propio de salvajes. Si me compra las habas, le doy una receta para prepararlas con salsa de tomate. Así aprende un poco de civilización.

—Pero mire que el tomate es originario de América.

—¡Atento con las mentiras que dice, el oriundo! ¡No me haga reír! Las manzanas de oro... de América... América del Sud... Todavía más lejos que el África...

—Bueno, dejemos los tomates donde usted quiera... ¿Pero qué hicieron con los sepulcros antiguos?

—Todo se lo llevaron vía los comerciantes, los anticuarios.

—¿Y los cuerpos?

—Al osario —me señala una construcción cónica de cemento—. No abultaban mucho; este clima pudre, no preserva. Si usted supiera —y la florista cambia su sonrisa por una exagerada expresión de dolor— cómo me hacen mal los huesos en ciertos días, con esta artritis... ¡qué cosa!

La mujer me cuenta algunos de los rumores que ha oído en sus años de estar sentada a la puerta del cementerio. Después yo agrego algún detalle de mi propia cosecha, mientras transmito los relatos a la pareja australiana.

—Los huesos los tienen reservados para construir una capilla —les explico, desfachatado.

—¿Cómo es eso?

—Sí. Aquí en Italia, cuando un cementerio es demasiado grande, se convierte en desleal competencia para la agricultura. Italia no es Australia. Así, lo desarmen y reutilizan las mejores piezas. Siempre fue como esto: sarcófagos etruscos reocupados por inquilinos romanos, estelas godas borradas y reinscriptas, tumbas desalojadas; fervientes católicos que esperan la resurrección velados por dioses paganos. Es una manera de ecumenismo: la tolerancia a través del ahorro funerario. Se acuchillaban por el sexo de los ángeles, pero después, si había que pagar el entierro, se olvidaban de las diferencias. A veces, usted encuentra cadáveres de épocas muy distantes entre sí que comparten la misma tumba. Pero una solución mejor es construir capillas con los huesos. Si usted va a Roma, debería visitar la capilla de los capuchinos, en Vía Véneto, toda de huesos humanos. Lámparas armadas con sacroilíacos: la luz sagrada que llega desde lo que fue el sexo (una idea magnífica, pienso para mí, como mirar las estrellas a través de un hermoso culo). Los ángeles de los altares son los esqueletos de los principitos Barberini muertos por la peste. Como se dice en Roma: *quod non fecit barbari, fecit Barberini*; «lo que no hicieron los bárbaros, lo hicieron los Barberini».

—¿Usted no está burlándose de nosotros? —y Sarah, incrédula, me atraviesa con su duda.

—No. Vayan y compruébenlo ustedes mismos. Hay otra, en Milán, pero es muy alta y menos estable; tuvieron que ponerle un alambre tejido para sostener los muros de fémures y cráneos, para evitar un derrumbe... Si no fuese por esas capillas, casi toda Europa sería un cementerio. Usted tiene aquí más muertos que metros cuadrados... Tome por instancia los arqueólogos: llevan consigo, en sus trabajos de campo, pequeñas cámaras fotográficas. Con aparatos de sonar buscan las antiguas tumbas. Cuando hallan una, a varios metros debajo del olivar o trigal, taladran un minúsculo agujero, y con esa especial cámara sacan fotos. Si encuentran valiosos objetos, abren; si no, ¡oquéí!, deja los campesinos arando. No es bueno que los cementerios crezcan demasiado, a expensas de las semillas. Déjalos sembrar habas... como aquí.

—Esa cosa de desarmar los cementerios me parece un pecado, una falta de respeto —observa muy preocupado el viejito, mientras toma fotos y fotos—. ¿Cómo sabe usted tanto de tumbas?

—Está en la familia. Mi padre construyó en su rancho una gigantesca, de doscientos pies de alto, y una catacumba de mármol negro debajo, para enterrar a su primera esposa, de sólo veintitrés años, con todas sus joyas. Él leía Poe.

Los australianos se miran entre sí.

—¡Una tumba de doscientos pies alto! —exclama Charles. Usted está bromeando. Usted ha estado entontándonos todo el tiempo. ¡Qué fantasía!

Pero el viejito no está enojado; en realidad, parece bastante complacido.

—Bueno, sí... era una broma, una grande, pero ahora les diré la verdad: en mi país hay unos salvajes que no sólo reducen las cabezas, sino también todo el cuerpo de sus enemigos: quedan como muñecos de apenas medio pie de alto. Sus mujeres los consideran los adornos más preciados; no los cambiarían por ningún brillante del mundo. Nadie sabe qué sustancia usan para la reducción.

—Sí, algo oí en torno de eso. Me parece a mí muy interesante —comenta Charles — pero tampoco me parece una buena idea. Esos salvajes, ¿no entierran en tumbas a sus pobres enemigos?

Cuando el anciano comprueba que mi plan de viaje no es muy rígido, me invita a acompañarlos un trecho en su auto, aparatoso modelo norteamericano, tres veces más largo que los pequeños fiats que pululan a su alrededor. Es un convertible, dos puertas, con cuatro focos al frente separados por una barra vertical en la mitad del radiador. Cuando subo, toda esta enorme cuna de metal se balancea mucho más suavemente que los taxis de Milán. Me acomodo en el asiento trasero.

—¿Le gusta mi Firebird? —me pregunta Charles.

—Supongo que llega más en tiempo que los trenes de por aquí.

—Es un gran auto. Para reales hombres. Es lo que Yo quiero más en el mundo... después de mi Sarah, por supuesto.

No consigo ensamblar el gusto de Charles por el arte con su gusto por los autos deportivos juveniles.

—Sí, un auto para hombres, pero no para irlandeses. Originariamente lo nombraron el Banshee. La Pontiac ya había distribuido los folletos de propaganda y empezaba a tomar anticipos para los primeros modelos, cuando alguien en la fábrica, algún maldito sabihondo, hizo notar que un *banshee* es un ser sobrenatural del folklore irlandés, mujer que canta quejumbrosamente anunciando una muerte en la familia. Por supuesto, le cambiaron el nombre por Firebird. Pero, extraña cosa, muchos clientes que ya habían pagado el anticipo, se retiraron cuando supieron del cambio de nombre; irlandeses ofendidos, Yo supongo. Por supuesto, en Estados Unidos hablaron de antiirlandesa discriminación. Yo vengo de una polaca familia, y no me podrían importar menos todas esas fantasías. Me gusta el auto por sus características técnicas:

mucho mejor desempeño que el Camaro o el Mustang. ¿No quiere sentarse al volante?

—No sé manejar.

—¡Cómo es eso siempre posible! —gritó Sarah, consternada como si yo hubiese anunciado mi lepra—. Tendremos que hacer algo acerca de eso.

Nos detenemos en un par de ocasiones para visitar las iglesias abandonadas que se ven desde la ruta secundaria que transitamos. Es un trámite engorroso, pero parece divertir a mis acompañantes: hay que preguntar por el vecino que guarda la llave de los templos, buscarlo, convencerlo con propina para que nos abra.

Mientras camino por los recintos vacíos y oscuros, mis acompañantes revisan cada piedra y me llaman de tanto en tanto para que les traduzca alguna inscripción. Los impresiona mucho cuando simulo traducir latín, alentado por las raíces de las palabras, la brevedad de los epitafios, el sentido obvio de las lápidas, la imposibilidad de que los difuntos me corrijan, pero sobre todo por mi fantasía.

Mis compañeros miran mi abrigo y después mis ojos.

—¿Cómo sabe usted todas estas cosas, Mario?

Me encojo de hombros y simulo modestia.

Dejamos la segunda de las iglesias vacías; el sol ya se está poniendo.

—Es tarde —dice Sarah—. Por qué no tiene cena con nosotros y lo llevamos después a la estación, para que usted pueda tomar un tren de regreso a su hotel.

—No tengo hotel.

Mis amigos se cruzan una mirada de inteligencia.

—Bueno. Si lo hemos tomado aparte de su ruta puede quedarse en nuestro lugar esta noche. Yo pago para usted; sea mi huésped.

Acepto con la mente puesta en una ducha. Llegamos a un hotel cinco estrellas, construido en parte sobre unos viejos muros que han pertenecido a una abadía, lo cual le permite llamarse Albergue de la Vieja Abadía. Los empleados apenas pueden disimular su sorpresa cuando me ven, pero acatan respetuosos las órdenes del viejo. Con dos dedos, el botones lleva mi pequeño bolso hasta el cuarto. Cuando quiero darle las pocas liras que me quedan, me sonrío y me guiña un ojo mientras repite «no hace nada». Me encuentro en una habitación con una cama infinita, que invita a dormir

atravesado. Tomo una ducha durante media hora, y el agua arrastra tierras de todos los caseríos de Italia. Vuelvo a colocarme mi único pantalón, y me echo el mismo abrigo sobre los hombros, pero me he cambiado la camisa. Desde mi ventana se ve un viejo pueblo de piedra, en la cima de una colina situada frente a la colina que sostiene a mi hotel, al borde de una pequeña llanura. De aquel caserío en la cumbre vecina sobresalen los campanarios de iglesias que, con seguridad, mis amigos ya han visitado. A lo lejos, un tren atraviesa la llanura y se dirige a unos edificios de cemento, al pie de la colina del pueblo, el barrio «moderno» del caserío.

Dispersas en la llanura, se yerguen algunas hileras de cipreses y álamos, trazos verticales que fijan la tierra con un marco de ángulos rectos... Recuerdo mi llanura natal sin árboles, ni colmas, ni hoteles, extensión desatada de toda referencia, tierra que flota ante los ojos y que vence a todos los pintores que se le enfrentan. Vengo de un país inapresable, hecho con materiales que se convierten en sueños y dudas apenas uno les da las espaldas; un lugar aéreo, donde las categorías no tienen sentido.

Mis nuevos amigos me esperan en el bar, puntuales.

Tomamos un par de whiskys y pasamos al comedor. Los camareros tratan con todo respeto a los viejitos, y me dispensan cierta campechanía. Para ellos es muy importante dejar sentado que entienden de diferencias sociales. Se muestran un poco más considerados conmigo a partir del momento en que pido una botella de Barolo, caro y sabroso. Sarah duda antes de pedir una hamburguesa; el viejo lo semblantea al *maître*:

—Supongo que en verano no tendrán ningún plato con habas.

—Pero cierto, *signore*. Tenemos el carpacho con habas.

Su inglés suena como el de los actores de Hollywood que representan a un italiano que habla en inglés, y las palabras italianas que mecha aquí y allá, también suenan como los actores de Hollywood que representan a un italiano que habla inglés.

—¿Qué es ese carpacho?

—Nosotros cortamos la carne en delgadas fetas, como hojas de papel, y nosotros la servimos cruda, junto con las bien cocidas habas. Los secretos son —se dirigió a Sarah— un poco de romero desmenuzado, el oliva aceite, que debe ser extra virgen, y las canelini habas, que son, por supuesto, de Molcone, un caserío de aquí cerca. Ellos dicen que trae suerte para las sociedades comerciales. Hay que hacer una buena comida con las famosas canelini y después, con tres pedos, el negocio no puede ir mal ni los socios pelearse entre ellos.

—Bien, tráigame el carpacho.

—Yo recomiendo a usted que lo acompañe con un buen clarete de Fiésole, *signore*.

—No, voy a tener el mismo lombardo rojo que Mario ya ordenó.

—Cuénteme —le pregunto al *maître*—, ¿el carpacho tiene tomate?

—No, sin tomate. *Capuchina* lechuga como una base, y unos cebolla's aritos, crudos, pasados por agua caliente.

—Yo voy a tener otro para mí.

Cuando llega el carpacho, Sarah se asombra por la delgadez con que ha sido cortada la carne cruda, pero no la prueba.

—¿Cómo ustedes consiguen esto? —le pregunta al *maître*.

—Solo para usted, *signora*, el secreto está en poner la carne diez minutos en el congelador antes de cortar las fetas.

La cocina es de primera, sencilla, sabrosa, platos que sostienen con firmeza todo el vino que se les echa encima y en los que se descubren sabores frescos como las brisas que entran por las ventanas, empujando un poquito de otoño. Charles come ceremoniosamente: ensarta una feta de carne cruda casi transparente y después pincha dos o tres habas. Cuando ambos manjares están a su disposición en el tenedor, cierra los ojos, toma el bocado y mastica lentamente.

—¡Hmm! Sabe bien.

—Toda Europa se alimentó con esas habas —le advierto.

Durante la comida, por momentos me remuerde la conciencia ocuparme más del vino que de mis anfitriones tan amables. Pido otra botella. A medida que avanzan los platos, ellos me tratan con más y más afecto. Me hablan del viaje que hacen por Italia, sin itinerario fijo, libres y —no me lo confíen— con abundante dinero. Trato de evaluar cuántas botellas más estarán dispuestos a pagar. Por sus preguntas, me doy cuenta de que sobrevaloran mis conocimientos. Tienen esa fe parecida a la de Eligia, que cree que todo lo que se sabe, se adquiere con mucha voluntad y la escuela apropiada. Hablamos de mi país, y me llama la atención lo inadecuada que es la información que les doy. Miento porque me hace sentir más seguro, porque la extrañeza de todo lo que me rodea me lo permite, con un placer puro y fantasioso.

Tratan de que les hable de mí, pero no suelto prenda. No hablo de mí ni de mi país, puede ser peligroso; prefiero mentir. Como defensa, los interrogo a ellos.

—Yo tengo allá algunos hermanos, nada más —el anciano parece avergonzado—. Perdimos nuestro hijo, el solo único. La culpa es de esos malditos Firebirds. Tiene que haber sido algún problema con los frenos, aunque los muchachos en la compañía de seguros no lo querían reconocer. Mi Andrew era el mejor volante de toda Gamberra y muchos kilómetros a la redonda. Él era un real hombre. Debimos tener más hijos. Mi juventud fue muy dura y me casé tarde. Me hubiera gustado ser un médico, pero nosotros trabajábamos mucho, ¿sabe Mario? Y después, ese terrible auto accidente... No; usted no sabe lo que perder un hijo significa, lo que significa depositarlo abajo allá. Yo mismo, con estas manos, cumplí todo el servicio. Hacía años que no cavaba directamente en el terreno, pero tuve que nacerlo. Yo pensé que se lo debía a nuestro Andrew.

—¡Usted es enterrador!

—Yo lo fui toda mi vida. Ahora Yo poseo una empresa. Estamos haciéndolo bastante bien, y con este viaje intento ampliar nuestros modelos y personalizar más nuestro servicio. Las costumbres están cambiando allá. Cada tiempo piden más símbolos para sus tumbas. Cuanto menos ellos entienden la muerte, más símbolos necesitan.

—Yo no entiendo a la muerte. Yo necesito esos símbolos, ¿sabe? ¿Usted entiende a la muerte?

Se reserva la respuesta.

—Nosotros podríamos usar a un joven como usted allá. Mi Sarah ya no quiere trabajar más, no después de lo que ocurrió con Andrew. Ella lo lavó y lo vistió. Después, ella no quiso volver a la oficina. Tengo empleados, pero nadie con clase, alguien que pueda pararse en el medio de la sala, recibir a un deudo destrozado y hablarle con conocimiento sobre distintos modelos de tumbas, citando en latín a los papas y reyes que las eligieron. Usted tiene lo que hay que tener para el trabajo. Mire a usted mismo: usted está ya vestido de negro. Por supuesto, tú no tendrías que cavar ni nada de esa clase. Ahora tenemos empleados y palas mecánicas. Pero yo no puedo negar que es un duro oficio el de «llevador hacia abajo» —se detiene en esa expresión y reflexiona sobre ella—. Esa misma expresión, Mario, no deja muchas salidas: «llevador hacia abajo» es una expresión que pone más confianza en el infierno que en el cielo.

—Una cree que ya ha superado los escrúpulos, que es una profesional —comenta Sarah— y de pronto muere un ser querido y toda la profesionalidad no sirve de nada.

Solo el Señor ayuda.

—Quizá mi Sarah tiene razón —agrega el viejo—. Yo no sé mucho de religiones. Ser de una específica religión no me conviene, reduciría mi clientela. Estoy en este negocio porque cuando tuve que ganarme la vida, y eso ocurrió apenas dejé de ser niño, «llevador hacia abajo» fue el mejor y único trabajo que pude conseguir. Lo que sí sé, es que es abajo hacia donde los llevo, y abajo los dejo.

A partir de ese punto, los papeles se invierten y soy yo el que carga con el peso de la conversación, inventando más historias sobre Italia o mi país, mientras mis amigos se quedan cada vez más callados. Las dos últimas botellas las pide él. Los camareros retiran los envases vacíos mirándome con una sonrisa cómplice. Nos levantamos tarde de la mesa. El viejo se despide de mí con un: «Nos vemos en la mañana. No dejes de considerar nuestra oferta. Es una buena oferta».

No tengo necesidad de encender la luz de mi cuarto; a través de la ventana abierta de mi cuarto la pequeña llanura envía un resplandor nocturnal firme. Una de las puertas del ropero vacío ha quedado entreabierta, mostrando en su interior una oscuridad gangosa. A diferencia de la tumba del cantante, ésta parece a punto de devolverme algo, de entregarme un regreso no solicitado.

Me levanto y salgo a caminar. En el vestíbulo del hotel encuentro a uno de los camareros; me pone unos billetes en el bolsillo. Oigo que farfulla una frase que termina con «comisión por las botellas. ¡Por Baco! ¡Qué hígado!». Me dirijo al pueblo.

En el trayecto, desciendo por la ladera sin cultivar de la colina del hotel. Allí encuentro al borde del camino las mismas plantas que he visto en el jardín de Milán, pero ahora están alejadas entre sí, como si esa contención que mostraban en la pasada primavera, ese mirarse unas a otras antes de existir, se hubiera convertido a fines del verano en una libertad un poco salvaje y anárquica. A las relaciones que en el jardín se entablaban entre las plantas, se impone, en la ladera y la pequeña llanura cercana, en el antiguo pueblito de piedra que se esconde en la colina próxima, una totalidad superior, que no depende de cada elemento ni de las vinculaciones que estos pudieran tender entre sí.

Miro la oscuridad y la encuentro rica. Las sombras unen todo, lo multiplican con sombras creadas por las mismas sombras, más alguna chispa arrancada a la aplacada luz del cielo, que las penumbras reciben como un remedio precioso, para armar, en la noche, un sentido colectivo de la forma.

Recuerdo el paseo en Firebird durante el día. Demasiada velocidad, demasiadas impresiones; no he podido ganar nada con aquel vértigo. Mientras camino, brezos y

enebros se balancean indiferentes. ¡He estado encerrado tantos meses!: la clínica de aquí, el departamento de Arón, la clínica de allá. Estos días de vagabundaje se limitaron a compartimientos de trenes y pueblitos. Después de tres años, doy mis primeros pasos fuera de la arquitectura. Ya no se trata de arcos y columnas. La mirada que en mí había construido con tanta tenacidad el profesor de bellas artes Bormann, y que yo había asimilado con demasiado orgullo, se adentra ahora en espacios incomprensibles. Pero la noche me da su lección simplificándolo todo, remitiéndome a lo elemental, a lo que unifica, saltando del individuo, el detalle, el ejemplar, a la composición.

Las sombras más claras delinean los pocos árboles del camino. Un soplo alcanza apenas para estremecerlos. No se trata de un lugar salvaje. Al pie de la colina se ve el sector moderno del pueblito y a mis espaldas las luces del hotel se alejan con cada uno de mis pasos. No es un paisaje que excluya lo humano, pero por cierto que lo subordina con gentileza.

Recuerdo las paredes que enmarcan con indiferencia el jardín de Milán. El pequeño cuadrado de verde prisionero invitaba a quedarse en él, pero la desordenada disposición de los planos y las perspectivas en la colina invitan a moverse en muchas direcciones. Considero, por ejemplo, el regreso a mi país, en donde una mujer bella no me espera pero me quiere; mi hogar, allá, era el departamento chamuscado de Arón. En seguida comprendo que no vale la pena convencer a Eligia de un regreso abrupto a cambio de tan poca cosa. Es seguro que ella también piensa muchas veces en volverse, y con muchas más razones que yo. Otra posibilidad es Ginebra, pero sería una intrusión en la libertad de Eligia, en su derecho de aburrirse con Piaget, un pedido de ayuda que no voy a lanzar. Hasta pasa por mi cabeza la posibilidad de ir a Milán, algún hotelcito barato y a crédito, ya que no tengo habitación en el sanatorio... buscarla a Dina para pedirle ayuda. Pero pedirle ayuda a Dina me parece absurdo. Solo después de considerar todas las alternativas, comprendo que no estoy en condiciones para disfrutar de esta libertad que me ofrece la colina.

El calor del vino y la brisa fresca producen una sensación estimulante en mí, pero aquello que se despierta es el temor de no querer ser ya un solitario, como lo he sido durante todo este vagabundear y durante tantos meses en la clínica. Me arrepiento de haber hablado hasta por los codos con los viejos. Apuro el paso; ya no tengo ritmo de vagabundo, sino de fugitivo. Sin advertirlo, me encuentro de pronto en la estación.

—¿Cuándo pasa el próximo tren?

—¿A dónde?

—A cualquier parte.

Es un tren repleto de estudiantes. Los compartimientos y los pasillos están llenos; algunos pasajeros viajan acostados o sentados sobre el piso. En el abandono del sueño, se entregan con confianza al compañero o la compañera. Me siento en un rincón. Deje mi bolso en el hotel. No podré cambiarme en los próximos diez días. Dos vecinos se reacomodan entre rezongos. Cuando llegamos a una estación, me pongo de pie para bajar y comprar alguna petaca, pero antes de dar el primer paso, el corredor se colma con otros estudiantes que suben silenciosos y se tienden donde pueden. Sin cruzarse palabra, los nuevos pasajeros retoman en seguida el dormitar que seguramente han empezado en el andén. Me parece injusto despertarlos. Debe de ser lunes: probablemente estemos en camino de alguna ciudad universitaria. Alguien rompe el silencio calmo con una exclamación: «¡Pero cuándo llegamos a Bologna! Ya deberíamos estar allá». Otra voz, más firme, le contesta: «En este país todavía hay gente que no sabe contentarse con lo peor. Tienen el tren, y ahora quieren horarios, también».

Me indigna profundamente la oferta de mis amigos australianos. Uno no anda por ahí proponiendo a desconocidos que se hagan cargo de un negocio. Además, no puedo aceptar ese trabajo, si no sé nada de latín. Sería una estafa. En el recuerdo, hasta me parece desenterrar algún tono suave y paternal en él, alguna indicación maternal en ella. La sensación de incomodidad crece en mí. Vagaré unos días más y luego volveré a Milán. Me gustaría hablar con estos estudiantes, mis compañeros de viaje, contarles lo que vi mientras bajaba por la colina, pero en estos tiempos ya no se habla de la Naturaleza: quedaría en ridículo.

Después de veinte minutos de traqueteo, una voz de soprano joven, imprevista en la oscuridad, pregunta a su compañera:

—¿Leíste el informe del Partido?

—Sí.

—¿Cosa dicen esta vez?

—Que la clase obrera está más pauperizada que nunca. La explotación no se tolera más: los obreros usan boina porque ya no tienen dinero ni para comprar una simple gorra.

—Yo porto la boina porque los cubanos usan boina.

—Dice que el consumo de proteínas en la clase obrera es menor que durante todo el siglo pasado. Que la molicie capitalista está a punto de lograr que los miembros del Partido se queden en casa mirando televisión, en lugar de concurrir a las reuniones.

—¿Lo sabes que a casa nos compramos el televisor? ¿Y de vosotros?

—Lo tenemos ya hace tres años. Ahora papá está por llegar a la seiscientos. Ni él mismo puede creerlo. El abuelo dice que somos todos traidores a la causa. ¿Viste la transmisión de San Remo? A mí, el Celentano de ahora me gusta. No hace más el payaso... Siente, ¿estás segura de que éste es el rápido de las 0 y 45 a Boloña?

—No... —interviene una voz masculina joven—, ése es pasado a las tres por Rimini. Éste es el local de las 4 y 25.

—No, no —asegura una cuarta voz, indefinible en la oscuridad—, éste es un especial a Padua, fuera de cartilla. A Boloña no se detiene.

—¿Pero alguno sabe a qué hora arribaremos?

IX

... I feel thee ere I see thy face

Look up, and let me see our doom in it.

J. KEATS (*Hyperion*, I, 96-97)

(... Te siento antes de ver tu cara.

Levanta tu mirada y déjame ver nuestra

condena en ella)

Regresé a Milán dos días después de lo convenido; Eligia ya se había reinstalado en el cuarto. Estaba animosa; el descanso la había recuperado y se mostraba con voluntad para reemprender su tratamiento. Las anfractuosidades más profundas desaparecieron gracias a la «materia» que aportaron los colgajos, y ella adivinaba muchas posibilidades en sus carnes ganadas. Los médicos no se hicieron rogar, y en la primera operación de esta etapa salió del quirófano con una gran novedad: le habían rehecho los párpados. Me pareció una restauración bastante aceptable, aunque los ojos no cerraban completamente, pero bastaba para que, de noche, la habitación tomase un aire más calmo, al quedar cubiertos sus desembozados globos oculares.

Con la sustancia, volvió la cara, o por lo menos un esbozo general de ella. La mucama de aliento sazonado me dijo con cierto desdén en la sonrisa:

—¿Quería biom-bos? Bueno, ahí tiene sus biombos.

Y señaló los párpados flamantes de Eligia.

En mis cotidianas excursiones al bar, no encontraba a Dina. Pregunté por ella, pero el muchacho no supo darme noticias.

—Esa ha desaparecido de dos meses. Dicen que ahora hace la señora.

A los diez días del reimplante de los párpados, la mirada de Eligia empezó a turbarse y su ojo derecho a lagrimear. Los médicos le hicieron una cuidadosa inspección. Cuando regresaron de la sala de curas, parecían incómodos. El profesor Calcaterra se dirigió a mí con cierta solemnidad.

—Ahora le explicará el doctor ayudante principal Risso, que estuvo a cargo de la reconstrucción de párpados de la señora.

El profesor Calcaterra se mostraba muy frío hacia el doctor Risso. El ayudante me llevó a un rincón y me habló en un tono de voz bajo, que sus colegas no podían escuchar.

—Señor Mario, hay un pequeño inconveniente. Por un descuido, del cual me hago completamente responsable, la piel del brazo que se empleó para reconstruir el párpado derecho se aplicó incorrectamente.

—No me parece así mal.

—Se empleó piel del brazo, y la epidermis quedó del lado interior, en contacto con el ojo.

—¿Eso es malo?

—No, no tendría nada de malo, si no fuese porque no advertimos unos folículos activos. Ahora los vellos están creciendo del lado interno del párpado y, por supuesto, irritan el globo del ojo. Molestan terriblemente a su madre.

—Entonces, ¿quieren reconstruir todo el párpado otra vez?

—Lo hemos consultado con su madre y estamos de acuerdo en que por ahora dejaremos las cosas así. Más adelante veremos. Se podría usar electricidad, pero es un tratamiento muy largo. Eso se haría cuando ustedes regresen a su país. Si la depilación eléctrica no diese resultado, entonces sí, se reconstruiría, pero por ahora todo lo que hace falta es, cada diez o quince días, dar vuelta el párpado con la mano, y con una pinza arrancar los pelitos que empiezan a nacer.

Cuando el profesor Calcaterra vio mi cara de asombro, se acercó a mí y me llevó hasta la cama.

—Mire —su índice señaló con la franqueza habitual las cicatrices—. Nada de quelonios. Fin del caos. Quedan algunas marcas normales y algunos inconvenientes, como le explicó mi asistente, pero éstas son cicatrices del orden, de la razón. El ataque que había desatado el caos en la carne ha quedado conjurado por estas cicatrices, que ahora son como un límite entre el odio anterior y el tiempo del futuro, que será de fe y se debe apoyar en estas marcas... Le voy a confesar un secreto: he visto tantas grandes cicatrices... a esta altura de mi vida creo que un cuerpo sólo es creador cuando sobrepasa los planes de la forma humana, cuando se supera, superando a la naturaleza —miró de reojo a Eligia, que mostraba incompreensión en su cara rellena por la ciencia—. No se deje llevar por los prejuicios —agregó dirigiéndose a ella—. «Irregularidad» es una palabra envidiosa, que los impotentes arrojan hacia la creación desde sus tristes regularidades.

Durante el resto de nuestra estada en Milán y aun después de nuestro regreso, mi vida y mi beber giraron en torno del párpado de Eligia. Cada vez que se acercaba la fecha de la depilación, tomaba sólo lo estrictamente necesario para que mi pulso no temblase. Como ella tenía experiencia en detectar huellas de alcohol, mis precauciones eran tantas que se parecían mucho a una recuperación. Cuando enfrentábamos el momento crucial, le preguntaba si quería que llamase a una enfermera para los pinzazos, pero ella prefería que fuese yo quien le quitase ese vello. Nunca me animé a averiguar hasta qué punto comprendía la situación. Años después todavía me preguntaba a mí mismo si me pedía que la depilase para mantener controladas mis borracheras poniendo en riesgo su ojo, pero la duda me fue útil a mí y esas depilaciones salvaron probablemente mi vida.

A la tercera o cuarta sesión, adquirí bastante práctica. Se trataba de apoyar la muñeca en una almohadita pequeña y usar una lupa. En la aumentada imagen de su ojo, se veían con nitidez las venas, el palpitante reverso de la piel, el globo tembloroso. Trabajaba yo con mucha escurpulosidad, aun a riesgo de causarle un pequeño tironeo, pero quería asegurarme que durante los próximos diez días ella no iba a sentir molestias, porque esa seguridad me permitía tomar por lo menos durante cinco días.

Nuestro segundo otoño en Milán pasó entre depilaciones y lecturas. Eligia estaba más atenta y tuve que repetir menos capítulos. También se mostraba más activa, lo cual nos permitía comentar lo que leíamos.

Las menciones que sobre la carne llegaban del mundo exterior ya no sonaban tan sarcásticas: las publicidades de productos de belleza, por ejemplo, habían perdido su gran carga de irrisión, y ella me envió incluso a comprarle algún polvo de maquillaje con el que trataba de disimular los cambios de color entre la piel original y los injertos.

En noviembre, Eligia me pidió una de las pocas tareas que no estaban vinculadas

con su tratamiento médico.

—Mario... Si fueses tan bueno y te pudieses escapar hasta la administración de la Universidad. No es lejos de aquí. Quizás conserven en los archivos una conferencia que dicté en el 46. ¡Era tan joven y Arón vestía tan bien! Se había mandado hacer, para el frío de Europa, un sobretodo con forro de nutria y cuello también de piel. Al entrar nosotros en la sala de conferencias, oí que un señor preguntaba si era el embajador de Rusia... ¡Vos y tu abrigo negro! Fue en el otoño del 46, noviembre, casi seguro, antes de radicarnos en Suiza. ¿Te acordás? Eras tan chiquito. Te asustabas de los escombros porque tenías miedo de que allí viviesen las momias egipcias que habíamos visto en los museos. ¿Quién te habrá metido esas ideas?... ¡Milán estaba todavía tan bombardeada! Hoy no se la reconoce. Me dijeron entonces que ya habían empezado a reconstruirla antes de que terminara la guerra. Podían volver a bombardearla, pero ellos reconstruían lo mismo. ¡Cómo trabajó esta gente! ¡Si tan sólo recordaras! La Plaza San Fedele, la zona de San Babila, la zona del Palacio Real. Una miraba las fachadas tan bien construidas, y detrás había sólo escombros y ruinas a punto de desplomarse. Lo que más me impresionaba era ver, por las ventanas, el cielo brillando en lo que debía ser el interior de los edificios... Recuerdo una cariátide: la cabeza y los pechos, en un solo bloque blanco, estaban entre los escombros que los obreros habían amontonado detrás de la fachada. Quizá era una de las famosas cariátides de la sala del Palacio Real. ¡Qué tonterías recuerda una! Por las armas que llevaba, parecía una Atenea, pero la cabeza no tenía casco...

Pregunté a los médicos dónde estaba la administración de la Universidad. «¡Ah! La Ca'Grande», exclamó uno de los asistentes del profesor, y me indicó cómo podía llegar caminando.

La fachada del edificio ostentaba demasiados motivos ornamentales: sobre las ventanas geminadas, se destacaban unos medallones, de los cuales sobresalían los bustos de terracota de profetas y sabios. Los personajes estaban plasmados en una posición incómoda, algunos con los brazos tendidos hacia el exterior, gesticulantes y admonitorios. A mí me parecían criaturas que hubiesen excavado un agujero en la pared, que se estuviesen liberando de ese lugar carcelesco. Temí un próximo parto exitoso de los ladrillos, y me pregunté qué harían las figuras de sabios y profetas una vez en libertad.

En el archivo encontraron pronto la conferencia de Eligia. «Del 46 en más, no hay problema; los problemas parten del 45 en atrás. En este edificio son caídas bombas, pero los archivos se la han cavado mejor que algunos humanos. ¡Se figure: mil años de historia!».

La conferencia trataba sobre «Las escuelas-hogares en los países de gran

extensión». Me llevó dos horas copiarla, dos horas de estadísticas viejas y aburridas. Cuando me despedí, el empleado me sugirió una visita al edificio. «Me recomiendo la Quadreria».

Pude ver la colección de arte. En el pasado lejano, el rectorado fue el principal hospital de la ciudad. Se conservaban las imágenes de los benefactores que habían sostenido la Ca'Grande con sus donaciones. Poseía obras excelentes, con retratos. Cuando estaba por partir, se me acercó un viejito con el saco de celador.

—¿Le ha placido? Bello ¿eh? Todos estos señorones, tan buenos, que donaron sus fortunas para los pobres enfermos. ¡Un grande ejemplo! Los retratos los mandaba a hacer el mismo hospital, como agradecimiento por las donaciones: medio cuerpo, por una gran donación; cuerpo entero, por una donación excepcional; ecuestre, por una fortuna. Cuanto más grande la donación, más grande y magnífico el retrato. Es justo. Después se los exponía en los pórticos, todos los años impares, el 25 de marzo, para la Anunciación de la Virgen, que nos salva de las travesuras de Eva. —Se me acercó con aire confiado y en un susurro me dijo: —No todos los cuadros son de gran calidad. Los pintores esperaban una buena propina de los ricos donantes, sobre todo de aquellos que merecían retrato ecuestre. Pero si la propina no estaba a la altura de las esperanzas del artista —me miró amenazador desde su pequeña estatura— el cuadro no resultaba una obra de arte perfecta. Los caballos eran los que más sufrían. Si el donante protestaba, el artista le respondía que era indudable la generosidad del caballero para el hospital, pero que del caballo no se podía decir lo mismo —me acercó la palma de su mano a la altura de mi ombligo—. Pero si lo consideramos con atención, los donantes tenían suerte. No siempre la cara con la que vamos a pasar a la posteridad depende de las propinas que podemos dar.

En la calle caía una neblina, luminosidad gris que se apoderó de los edificios y los árboles de los parques hasta penetrarlos y quitarles todo cuerpo, velo que envolvía las líneas y volúmenes dejando sólo una huella de lo que las cosas habían sido. En mi trayecto de regreso tuve que caminar a lo largo de una reja interminable rematada por hojas de lanza doradas, que protegía los jardines de unos edificios públicos. Otra vez, la primera gran niebla del año me sorprendía en la calle. El gris que con tanta calma se devoraba el mundo, había tomado un tono azulado, vapor traslúcido con una gota celestial que, cuando parecía estar al alcance de la mano, se disolvía en un vaho quieto e inasible. Fijé los ojos en la línea dorada de hojas de lanza que se perdía en perspectiva y el tiempo y mi memoria desaparecieron junto con las formas. Solo pervivió el dorado, que huía inmóvil hacia su punto de fuga. Poco a poco, el brillo de los áureos rombos se fue vinculando con la niebla que lo rodeaba, y pareció que la relación entre lo dorado y lo traslúcido tenía una suerte vacilante. La niebla cubría la verja y cuando ésta desapareciese, quedaría todo definitivamente confuso y perdido. Sin embargo, poco a poco, el color de oro tomó fuerza de su mismo interior y fue reafirmandose. Vi entonces

que la niebla se disipaba con el toque dorado ya en su seno. Así recobré el hilo de pensamientos en mí, y volvió con el recuerdo de Dina.

Al día siguiente empecé a leerle a Eligia su vieja conferencia. A los diez minutos, noté que dormitaba. Me callé, y en unos minutos despertó.

—Era tan joven... La conferencia es mía... pero las escuelas las habían construido el General y su mujer. ¡Qué barbaridad! Tirarla al río, como un escombros.

Los médicos anunciaron por fin la fecha en que podríamos regresar a nuestro país, en marzo del 67. No sentí ninguna alegría en particular, pero Eligia se animó mucho. Habían pasado veinte meses y no cabía en sí por volver a encontrarse con sus otros hijos.

Treinta días antes de viajar de regreso visité el bar. No había anunciado mi partida a nadie. Sentí que alguien tironeaba suavemente de la manga de mi abrigo. Era Dina. Estaba un poco más rellena y vestía un delantal grande.

—¿Qué haces aquí?

—Buscábate.

—¿Dónde has andado todo este tiempo?

—¿Me extrañaste? Me soy empleada de un veterinario. Al comienzo, barría las pelambres, pero ahora ya hago las *coiffures* de los perros. Con una compañera instalaremos una peluquería en nuestro distrito.

—¿Para hombres?

—Para perros. Y me compré en cuotas la seiscientos.

Me invitó por primera vez al lugar donde vivía. Por el trato que le dieron unos vecinos deduje que se había mudado poco tiempo atrás.

A partir de ese día, Dina pasaba todas las tardes por la esquina, a buscarme con su seiscientos. No hice ningún comentario sobre sus cambios. Se desvivió por mi bienestar. Cada atardecer, ella me tenía preparada una sorpresa agradable, alguna atención en la que había invertido su tiempo.

Me presentó a su tía, de casi setenta, que vivía con ella. Lo primero que me dijo cuando Dina nos dejó solos un momento fue: «¿qué le ocurre a ella? ¿está verdaderamente enamorada de usted? Esto es muy importante para ella... y para mí».

Pero Dina, que volvía a la sala, la mandó a callar, con un tono de falsa y alegre ofensa.

Pude dedicarle bastante tiempo, gracias a que Eligia ya no necesitaba tantos cuidados. Por las noches, la tía se retiraba temprano a su cuarto y nosotros nos besábamos y mirábamos la televisión en la sala. Los programas de entretenimientos eran casi tan estúpidos como los de mi país.

Dina intuía las insuficiencias de su oferta, pero se aferraba a ella con mucha intensidad. Había adoptado una manera de ser en la que se percibía una confiada espera. No me sugería que me cambiase de camisa ni que dejase de beber, no me regalaba corbatas ni un abrigo nuevo; no se había convertido del todo a los sueños del milagro italiano, y yo se lo agradecía, pero cuando detectaba algún botón suelto, me quitaba ella misma el pantalón o la camisa, y se inclinaba sobre la mesa para coserlo con esmero. Yo la dejaba obrar sin pedirle nada. Notaba en ella una vulnerabilidad, una tácita autorización para ser humillada, que me hizo temer por su futuro y por lo que el milagro económico haría de ella. Jamás se me ocurrió que yo pudiera tener alguna participación en ese futuro.

Después de la televisión y antes de irme, ella me preparaba una taza de canarino y me acompañaba hasta la puerta del edificio. Allí se apretaba contra mí y me besaba con demasiada fuerza.

La noche anterior a la partida, con el boleto aéreo confirmado y en mi bolsillo, todavía no le había dicho que estaba a punto de irme. Ella mantenía esa disponibilidad afectuosa. Había impregnado el modesto departamento con un aire de agradable expectación, como si algo fértil estuviera por producirse. Los muebles lucían pobres hasta lo patético, pero había macetas en los rincones, y las plantas crecían saludables.

Esa noche, Dina me tenía reservada otra sorpresa. Antes de ir a su departamento, pasamos por una carnicería —local con mármoles y vitrinas en las que se exhibían las carnes entre hojas de lechuga primorosamente dispuestas— y preguntó por el precio de las bistecas. Estaban a trescientas cincuenta liras *l'etto*. Pidió una de doscientos gramos y otra de medio kilo.

—Quiero hacerte una comida bien sudamericana para envigorizarte.

En el departamento, la tía se hizo cargo de la comida. «Bien jugosas», le recomendó Dina mirándome como si conociese todos mis gustos. Después se fue a dar un baño y la anciana y yo nos acomodamos en la cocina.

—¿Quiere un vasito de vino?

Me sirvió sin esperar una respuesta. La tía tomaba alguna gaseosa. Permanecimos un par de minutos en silencio. La carne empezó a crujir sobre la plancha. La mujer se ocupó lentamente de otros menesteres en la cocina, que olía a especias.

* * *

—¿A usted le gusta la bisteca así, cruda y sin condimento? A mí me gusta el risoto. El primer condimento del risoto es para mí el gersal; encima, vienen las otras especias, pero si esa base no está bien preparada, ¡te saludo, risoto! ¡Mi hermana preparaba unos knishes, con apenas un poco de cebolla; y hacía un falafel, con los garbanzos bien pisados y sazonados hasta que se los confundía con alguna carne blanca! Antes de la guerra, se comía con sabor. Se hacían agua en la boca las historias del pasado: estaban las especias con que habíamos combatido los fríos de Europa oriental, el cereal que la tierra nos había prometido, las recetas que nuestras abuelas habían empleado toda su vida... Pero después llegó la guerra... ¡Qué maldición!... Todo ocurrió en un día que parecía común, en el 43, antes de los bombardeos. Llevaba en brazos a Dina, de regreso a su hogar. De pronto, un camión con esos hombres se detuvo en el edificio donde vivía Dina con su madre, su padre y sus hermanos. Agaché la cabeza, y sin mirar a otra parte que el suelo, me metí con la niña en mi edificio, que estaba al lado del de mi hermana; cerré las ventanas. ¡Menos mal que la mía Dinita era tan pequeña que no entendía aquello que estaba sucediendo!... A su madre se la llevaron al norte. Entonces me refugié con Dina en una finca de unos amigos, en la Padana. No fue fácil encontrar un lugar seguro... En aquellos años, no todos se me acercaban, sabe. Esta gente, viejos amigos, había comprado la propiedad en el 19, cuando todos creíamos que los bolcheviques estaban a la puerta... Pero como en el 44 la situación empeoraba día por día, los dueños de la finca tuvieron temor y nos pidieron que nos fuésemos. Yo ni siquiera sabía cómo volver a esta ciudad. Sobre el camino nos levantó, por suerte, un camión con cuatro camisas negras. Recuerdo que antes de subir vi un cartel pintado sobre la cabina que decía «O me la das, o te bajas»... Cuando volvimos a Milán, todo andaba peor. ¡Pobre ciudad! Fue la que más tiempo sufrió: desde que empezó toda esta historia negra, apenas después de que llegó la paz del 18, hasta el último día, cuando lo colgaron aquí con esa pobre chica que no entendía nada... Al retornar nosotras a Milán, ninguna de aquellas hermosas vidrieras tenía ya mercadería. Los del gobierno decían que era para evitar saqueos durante las alarmas aéreas, pero la verdad es que los comerciantes no tenían qué poner en ellas. Tampoco había qué ponerse en la boca. Yo y Dina no teníamos dónde ir. Pasamos por el piso de mi hermana. Todavía se olía la comida que ella preparaba. Mi hermana había sido allí una reina. ¡Usted hubiera conocido comida de verdad, en lugar de carne sobre la plancha! Pero tuvimos miedo de quedarnos allí o en el edificio vecino, donde estaba mi hogar. Nos instalamos en unos cuartos, en una construcción en ruinas. Me ganaba algunas monedas haciendo la limpieza y cocinando en el piso de un grupo de oficiales alemanes. La comida de ellos, en el cuartel, era asquerosa; cocinaban los hombres, y resultaba un guiso incomible —según me contaban ellos mismos— siempre recocado, salchichas en lugar de

carne. El aceite de las frituras se usaba varias veces, y las papas se deshacían apenas las tocaba el tenedor, mientras que las habas quedaban duras como huesos. De manera que preferían mandarme a comprar lo que se conseguía en el mercado negro, así les preparaba alimento decente. De paso papaba yo y me llevaba algo para la niña, que quedaba sola. Ya por la tarde, cuando partía hacia el departamento que usaban para comer y otras cosas, era todo oscuro sobre la calle. Se imagina al volver, en invierno, con lo negra que es Milán de noche, más toda esa niebla, y en más el cubrefuego... Las calles, fuera del centro, eran agujeros. Yo les tenía miedo a las calles, no era buena época para andar por ellas. Y de más, antes de cocinar, tenía que recorrer media ciudad para conseguir un poco de sal. Era monopolio del Estado y las salinas habían quedado del lado de los aliados. En el mercado negro valía casi tanto como los remedios que llegaban de contrabando desde Suiza. ¡Sin sal!, a mí, que me gusta preparar el risoto con gersal. Hace falta mucha sal gruesa, colocarla en el fondo de una olla de hierro y tostar allí el sésamo. Necesita ser atento al tostar el sésamo, porque apenas se pasa, queda amargo... ¡Ah, sí, querido mío! En aquellos días todo estaba empapado de una ira amarga y fría, como esa neblina de las calles.

—Conozco muy bien esas nieblas de Milán.

—No era una ira grandiosa. Mi gente conoce la ira grandiosa, esa que siempre nos hace saber que hay un lugar para la reconciliación. Se puede montar en ira y dirigirse, sin embargo, hacia la reconciliación. La ira llega al otro, lo toca, los une y los supera. Pero cuando alguien intenta separar la ira de la reconciliación, entonces la ira es sólo odio, puro, frío, aislado, sin grandeza. En aquellos tiempos, la ira era profesional, no se interesaba por nada. En realidad, nadie sabía a dónde quería llegar tanto furor; sólo estaba claro que ellos querían mostrar todo su poder, sin vergüenzas, a todos... Fueron años en los que las normas eran lejanas, no tenían ninguna explicación, ninguna importancia. ¡Apenas se las podía llamar leyes! Yo había conocido normas y castigos severos desde mi infancia, pero estaban siempre cerca de nosotros. Eran leyes con historia, con recomendaciones para vivir. Podías hablar con esas leyes porque te respondían; y podías hablar con tu gente sobre esas leyes. Creo que la locura llega cuando compruebas que existen normas en contra del amor, en contra de la existencia de la gente, hechas, no para favorecer alguna conducta buena, sino para lograr el frío total. Nos cayeron encima aquellas normas de hielo. ¡He sufrido tanto el frío de esos inviernos!... ¿Ya se tomó otro vaso?...

—Es bueno.

—... Nuestras viejas normas podían ser normas de fuego, pero era el fuego del hogar.

—No hay mejor lugar que el hogar.

La anciana retiró las bistecas de la plancha; ya estaban pasadas.

—En esas normas residía Él, que Te hablaba de cerca, Te tuteaba sin mostrarte Su cara. Reservaba Su faz. ¿Por qué habría de mostrárnosla todos los días, si nosotros mismos no podemos ver nunca nuestra propia cara? La cara es para recibir a los otros; todo aquello que recibe está en la cara: ojo, oreja, boca y hasta la mejilla, que recibe los golpes. La cara es para que los hombres puedan conocerse a fondo entre ellos. Por eso es sagrada...

—Sí, la cara es sagrada.

—... porque ya es el Otro. La gente debe hacer de su cara la cuna del amor. Solo hay cara de verdad cuando hay voluntad de querer; si no amas, la cara de tu prójimo se convierte en bisteca, en algo temible... Todo el mundo se ha olvidado del miedo. Antes, por el miedo, nos cambiaba la cara a todos. Ahora, miro en torno, y resulta que la única miedosa fui yo. Cuando se tiene miedo, cambia la naturaleza, cambia el gusto de la comida, cambia hasta el miedo mismo... A partir de ese día en que se llevaron a la madre de Dina, tuve miedo. Salir a la calle era una hazaña. Me representaba el trayecto paso por paso, y los lugares donde cualquier uniformado o cualquier policía de civil me detendría. A partir de ese día, me sentí despegada de todo... Tampoco me sirvió encerrarme en aquel edificio medio en ruinas, porque tenía la sensación de que ni siquiera mi hogar me pertenecía. Oía el silencio en la escalera, y yo misma lo llenaba con crujidos de escalones y pasos de botas. Me parecía que, de afuera, una fuerza hiciera presión y el pestillo estuviese siempre a punto de saltar. Era enloquecedor, estarse quieta todo el tiempo, mirando el picaporte. Una se imaginaba alguien parado del otro lado, al acecho, en silencio... Además, se delataba, ¡sabe! Todos tenían derecho a condenar a muerte a unos pocos. Se traicionaba; el mismo ojo que hoy te sonreía, mañana te hacía una denuncia. ¡Cómo cambiaban las caras de esos desgraciados! Parecía increíble que fuese la misma gente. Un hombre, pero dos caras... Hoy todo es distinto. Con la paz, las caras parecen siempre las mismas. Pero una ya sabe que basta que alguien de la política se meta a decir estupideces para que esas caras empiecen otra vez a ser dobles. ¿Usted qué piensa?

—¡No! Si yo pienso igual que usted.

—¿Qué cara puede tener una persona que está más allá de la culpa, que vive en la burocracia del mal? «Una nunca sabe de antemano la cara que tendrá el mensajero de Él», decía la abuela de nuestro doctor teólogo, pero por lo menos, agregó yo, sabemos que en el momento elegido, la mostrará y no la ocultará debajo de cascos, viseras, antiparras, gorras, anteojos negros. Los fascistas usaban todo eso para que se les viesen sólo los labios, esas bocas indiferentes. La cara sólo se muestra por amor... Había que ver esos hogares vacíos, después que pasaban ellos y se llevaban a la gente por la fuerza.

—¡Qué horror! Me considero un enemigo personal de la violencia, ¿sabe?

—Se notaba que no quedaba en aquellos cuartos ningún rincón para el reencuentro,

ninguna memoria de lo que allí se había vivido. Ninguna madre podría cocinar otra vez en esas cocinas...

* * *

Dina interrumpió el monólogo de la vieja. Sin decir palabra, la tía se fue a algún cuarto. Comimos la carne seca, los dos en la sala, en silencio pero con ganas, bajo la mirada atenta que desde un póster nos dirigía Paul Newman. Después tomé unos whiskys. Consideré que, si no fuese por mi viaje del día siguiente, ésta hubiera sido una buena oportunidad para cambiar nuestras relaciones: un par de besos, dos palabras... y Dina se olvidaría por completo de la aparición nocturna y evanescente que durante veinte meses había sido para mí. No era una mujer voluptuosa; estaba seguro de que a ella no le costaría convertirse, por indolencia y simpatía, en una compañera fiel. Pero debía confesarme a mí mismo que la cualidad que más me atraía en ella resultaba precisamente esa evanescencia nocturna que me liberaba de todo compromiso. Consideraba, en aquellos tiempos, que había cumplido totalmente con Dina: jamás le había pedido ayuda.

Me besó y se desnudó. Tenía piernas y brazos largos, pero un cuerpo compacto en el que los volúmenes y oquedades se presentaban con timidez, creando sombras y modelados suaves pero firmes. Todo en ella era materia positiva, que no necesitaba abismos que la sostuviesen. Su piel se extendía con firmeza, en espera de la caricia, una caricia que producía en mí el efecto parecido al que sentía al palpar con los ojos cerrados una estatua pulida. Pero el cuerpo de Dina no era de mármol ni ninguna otra roca; casi me sorprendió cuando lo toqué y cedió allí donde mi dedo apretó, en el extremo superior del esternón.

En la salita, entre muebles tapizados con plásticos de colores chillones que parecían hechos con la intención de rechazar cualquier cosa tibia que se les acercase, el cuerpo de Dina se destacaba por contraste, por su disposición para aceptar todo, y la certeza de poder recibirlo todo. La miré con detenimiento: una cara que sostenía su presencia ante la desnudez, tan leve y notable, al mismo tiempo, que lograba el equilibrio con el cuerpo. Por un giro de su cabeza, se destacó en ella, como un flechazo, el tendón que en el cuello unía el rostro con el pecho, transportando el alto triángulo que formaban los ojos y la boca a otro mayor, pero de proporciones parecidas, formado por los pezones y el ombligo. Mi mirada saltaba de la cara al cuerpo y del cuerpo a la cara... Los artistas son víctimas de los géneros —me dije en mente—, ningún pintor había logrado el equilibrio entre retrato y desnudo que conseguía Dina.

Detuve mis ojos en su cara. La ceja y el arco del hueso coincidían en el ceño, pero cerca de la sien se separaban un poco y el hueso mostraba allí su perfil inmediatamente debajo de la piel fina. Los párpados no necesitaban maquillaje: las órbitas huesudas sombreaban naturalmente, en cuanto la luz se inclinaba, los ojos hundidos.

Dina era una mujer a la que le gustaba acodarse apenas encontraba la oportunidad. Muchas veces la había visto recostada sobre el pequeño mostrador del bar o sobre una saliente del muro del Corso, mientras un cliente le hablaba. Cuando se acodaba, sus dos hombros se elevaban hasta muy cerca de las mejillas y se podía apreciar entonces su cuerpo, tan a contramano de las divas neorrealistas en boga por esos años de abundancia. Había que tener coraje para trabajar entonces con ese cuerpo. Callejeaba con un aire desvalido, quijotesco, pero por suerte tenía poca competencia en ese sector tranquilo y alejado del centro.

Un día, en el bar, a poco de conocerla, en uno de esos acodamientos —esta vez sobre el *juke-box* en el que sonaban las nostalgias de «Aquel muchacho de la vía Gluck» entonadas por un desgastado Celentano— me fijé en su brazo, primero; en un fragmento del mismo, después, hasta que el foco se hizo tan pequeño que se convirtió en un plano sin referencias. Así pude apreciar la naturaleza de esa piel, pálida, predispuesta a reanimarse, con una cualidad hipnótica que invitaba a no pensar. Desde ese día, me acostumbré a mirar fragmentos de ella, haciendo abstracción de su cuerpo. Pero en la salita de su departamento, después de comerme el succulento bife envigorizante y reseco, miré por primera vez su cuerpo como totalidad.

Me di cuenta, con alarma, que yo era el único que testimoniaba ese momento. La impresión del cuerpo de Dina, que ya había traspasado mis ojos para filtrarse en mi memoria, se convirtió en una responsabilidad, pacto que sin palabras ni firmas me ligaba para toda la vida con esa imagen. Barrunté que algo parecido debía esconderse detrás de todo compromiso de fidelidad: imágenes del otro que sólo nosotros presenciamos y que nos hacen testigos y depositarios de lo más valioso y frágil de esa persona, su existencia contingente, que necesita de nuestro testimonio para no desaparecer. Una obligación de vivir conservando los mejores momentos del ser que amamos. No me sentí cómodo.

Mientras estuvo de pie, desvistiéndose, Dina se mostró delgada, casi sin volúmenes, pero al recostarse sobre el sofá, le nacieron curvas de sensualidad imprevista, y el triángulo de ombligo y pezones se convirtió en una vela tensada, con sus músculos bien marcados en el abdomen y elongados en los brazos. En cada movimiento, en cada torsión, aparecía fugazmente una venus nueva, por un momento con el dorso de la pierna apretado contra el muslo, por otro, con el vientre que se abultaba al levantar las rodillas. Entonces, unos pequeños rollos de piel e insospechada gordura resonaban ante cualquier movimiento del resto del cuerpo.

Al acodarse sobre la tela, verde, rígida, amarilla y artificial, surgió una cadera poderosa allí donde antes parecía esconderse sólo la delgadez. Me pregunté cómo podía curvarse tanto y con tanta flexibilidad un hueso y su piel. La pelvis se había convertido en el trazo dominante que desencadenaba las formas del resto del cuerpo. El muslo había cobrado coherencia por proximidad a la cadera, le hacía eco a un ritmo que anunciaba o resolvía el trazo poderoso e iluminado del sacroilíaco según los ojos se fijasen primero en la cadera y después en el muslo, o a la inversa. En cualquier dirección que tomase la mirada, cada forma del cuerpo de Dina invitaba a comprender la próxima. Así supe que la belleza es totalidad, continuidad que se desarrolla en todas las posibilidades.

Una vez recostada sobre el sofá, se apoyó sobre un codo, mientras su brazo libre caía sobre la cintura, con la mano apoyada en el tapizado. Quise conservar también ese instante. Los dos pasos que nos separaban producían una Dina entera, completa y nueva. Quedamos suspendidos unos segundos.

Después, tuvo un momento de abandono y se tendió, levantando el brazo que antes descansaba sobre la cadera y que, en ese momento de apertura de su cuerpo, quedó casi pegado a la mejilla. Una sombra modeladora cubría esa parte de la cara de Dina; otra más clara recorría el brazo, pero en ambas, la tonalidad pálida de la carne vencía a la oscuridad y se transparentaba como un desafío silencioso... sin colgajos que confundiesen brazo con mejilla.

Desvié mi mirada, primero hacia el sofá, después hacia la vulva de Dina, que, con, el vientre y los muslos, absorbían la luz de un velador encendido sobre una mesita, al lado del sofá, a los pies de la mujer. Miré nuevamente todo su cuerpo. «Si la beso, aniquilo este instante único y este sentimiento lírico que me inspira».

No estaba frente a un cuerpo perfecto y suspendido fuera del tiempo: llevaba una cicatriz de vacuna; tenía demasiado marcados los abdominales, por causa de su trabajo; la ropa interior dejó una línea de color rosa viejo apenas por debajo del ombligo; le habían salido callos en los pies, de tanto estar parada en el Corso de Porta Vigentina, pero el conjunto en sí permanecía alejado de la historia de los detalles.

Había cometido un error al concentrarme sólo en una pequeña fracción de piel del brazo, aquel día en que la vi acodada en el bar, y estaba cometiendo otro error al fijarme en callos y vacunas. Dina era infragmable; resultaba inútil tratar de deducir algo de sus labios o de sus músculos abdominales, porque ella era el principio mismo de la unidad. Cada parte de su cuerpo existía tomando en consideración a la que la continuaba. Recordé mi Nietzsche: «tu cuerpo no dice “yo” mas actúa como Yo». Era con toda ella con lo que yo tenía que actuar, no con sus fantasmagorías ni fragmentos de su piel. Sentí calor y el pantalón tenso. Di un paso en su dirección.

Dina comprendió que yo estaba conmovido. Cerró sus ojos y acercó sus labios. Tomé de mi bolsillo la navaja. La saqué sin vacilar y le corté un pómulo. Pude ver el hueso por un segundo, antes de que se cubriese de sangre. También tuve tiempo de aplicar un segundo corte en la cara, antes de que Dina abriese los ojos horrorizada, no por las heridas, sino porque no entendía lo que estaba ocurriendo. Recuerdo que en aquel momento pensé que sus cicatrices serían vistosas, pero no graves.

Le pregunté qué comisión le habían dado aquella vez en la tratoría, cuando me estafaron con la historia de *l'etto*. Ella enterró la cara en el sofá hostil, que no absorbió su sangre.

X

Voice assumes mouth, eye, and finally face, a chain that is manifest in the etymology of the trope's name, «prosopon poien», to confer a mask or a face (prosopon). Prosopopeia is the trope of autobiography, by which one's name [...] is made as intelligible and memorable as a face. Our topic deals with the giving and taking away of faces, with face and deface, «figure», figuration and disfiguration.

PAUL DE MAN

(La voz asume la boca, el ojo y finalmente la cara, una cadena que es manifiesta en la etimología del nombre del tropo, «prosopon poien», conferir una máscara o una cara [«prosopon»]. Prosopopeya es el tropo de la autobiografía, por el cual el propio

nombre [...] se convierte en tan inteligible y memorable como la cara. Nuestro tema se vincula con el dar y el quitar caras, con cara y descaro, «figura», figuración y desfiguración).

Viajamos con Eligia al día siguiente. Atrás, abajo, quedaba Milán, misteriosa y mía. En nuestro país, los tratamientos se prolongaron durante varios años más: una cicatriz que se pulía, retoques quirúrgicos en las manos para que pudiese extender con comodidad.

Todos elogiaban el trabajo del profesor Calcaterra, principalmente los médicos locales, que escribían a Italia para pedir la secuencia fotográfica. Eligia era —también— una ilustración en algún tratado de cirugía, con cintita negra sobre los ojos para que no se la reconociese, o planos detalle que sólo mostraban fragmentos de su cara.

En la calle flotaba otro aire, distinto de las alabanzas doctorales. Los chicos seguían fijando sus ojos en la piel de parches desentonados, en la forma desmoldada de su cara, mientras los adultos prorrumpían en una catarata de elogios —evidentemente forzada— sobre lo bonita que había quedado. A pesar de que la familia le ofreció mudarse, prefirió instalarse en el departamento donde habíamos vivido Arón y yo. Por mi parte, me mudé a un departamento de un ambiente —pieza de soltero— a tres cuadras de donde vivía Eligia.

Con el empuje que todos le conocían, se sumó otra vez a la vida política, siempre fiel a las ideas de desarrollo racional de la educación. La historia le jugó un enroque curioso. Se reveló en el 71 que el cadáver hermoso e intacto de la mujer del General no había sido arrojado al río, como se anunció en 1965, sino que permaneció escondido en Milán, en un sepulcro anónimo, no muy lejos de la clínica. Ambas habían estado a miles de kilómetros de su patria: una, perfecta, eterna, enterrada a escondidas y bajo falso nombre; otra, destrozada, ansiosa de trabajar, tratando de regenerar su propio cuerpo bajo la mirada asombrada de todos.

El partido político de Eligia se alió, en las luchas electorales que siguieron, con el del viudo General. A ella la designaron para hacer campaña en la provincia de las sierras en donde el padre de Eligia había sido gobernador, caudillo... y primer y acérrimo enemigo del General.

Eligia se había planteado el dilema entre la memoria de su padre y la certeza de que nada se podría lograr sin el apoyo popular. «Voy a ir a las sierras para hacer campaña en favor del frente generalista —me dijo—. El partido de papá (opositor declarado también del pequeño partido de tecnócratas de Eligia) me va a atacar con todo, pero no veo otra salida... Ahora es el momento de las reconciliaciones y las alianzas...». Corría 1973.

El mapa político de mi país hervía después de seis años de gobierno de facto. Se intentaban nuevas combinaciones, pactos, aparecían fuerzas inesperadas. Yo, como siempre, no opiné ni actué; cada acontecimiento me desconcertaba más. De mi país, mejor no hablar, como me había recomendado Eligia en la cárcel, cuando yo tenía diez años. Mejor no mencionar nada.

El mapa político de mi familia tendía a convertirse en un laberinto móvil: los padres de Arón habían sido conservadores; él, anarcoindividualista stirneano; el padre de Eligia, constitucionalista y furibundo antigeneralista; ella, desarrollista y por lo tanto, miembro del frente que comandaba el General.

La acompañé al acto de apertura de la campaña en su provincia. Habló en un pueblo pequeño. Cada uno de los partidos y partiditos del frente electoral había anotado su orador, de manera que la lista era interminable. Cuando le tocó el turno a ella, pronunció un discurso parco, citó cifras detalladas con las que demostró cómo la educación había retrocedido durante los gobiernos de facto. El público no prestó atención a sus palabras, y cuando mencionó el «aumento del índice de repitencia primaria» como dato contundente contra el gobierno de facto, algunas sonrisas se cruzaron entre los espectadores, mezcladas con cabeceadas somnolientas y resoplidos de fastidio.

El público estaba sólo interesado en el coraje de la oradora, que daba la cara a la adversidad, lo cual era considerado como una virtud mucho más importante que el análisis de las estadísticas de educación. Pero ese toque personal y emotivo era precisamente la nota que Eligia nunca iba a tañer. Si hubiese hecho alguna referencia, aunque indirecta, sobre sus sufrimientos, se habría ganado el fervor del público. Pero no la hizo.

La despidieron con el reconocimiento por su estoicismo; sin el entusiasmo con que se aclama el coraje. El acto transcurrió envuelto en fórmulas retóricas repetidas, pero después hubo un asado.

En la noche, las vaharadas de chivitos crucificados invadían las aulas de la escuela en la que se festejaba el inicio de la campaña electoral. Con Eligia, nos retiramos a las dos de la madrugada. Al cruzar el patio pasamos cerca de uno de los fogones. Una

anciana de más de ochenta hablaba rodeada de gente humilde.

* * *

—Yo puedo dar testimonio de la Señora, de esa Señora que nos trajo el General para que nos proteja y nos beneficie. ¡Si la vieran como la he visto yo! Una señora rubia como un sol, buena moza la Señora.

—Esta viejita trabajó más de veinte años en la casa de una hermana de la señora del General —nos susurró uno de los políticos locales.

—El General la quiso mientras vivía y después de muerta también; y así tenemos que hacer nosotros. El General se tuvo que ir cuando le hicieron traición. Entonces aprovecharon sus enemigos para robarle el cuerpo de la Señora, que ya estaba embalsamada, que se dice, y se la vía como el angelito que siempre hai sido, y ahí le hicieron eso que le han hecho. ¡Vaya Dios a saber las maldades que le han hecho! Pero la Señora fue más fuerte y no le pudieron cumplir ningún daño. Entonces la tuvieron que esconder. Tan bien la escondieron que su gente no le podía hallar el rastro. Nadie sabía ande se habían llevado su cuerpo y lo habían escondido. Un buen rato estuvo desaparecida, pero ella mesmita reapareció —sólita se volvió— y yo la pude ver cuando reapareció tan rubia como siempre; y aunque tenía las marcas del odio de sus enemigos, estaba blanca, angelical y eterna. Daban ganas de acareciar su cuerpito. «Es eterna», confirmó el dolor que la revisó, «sólo el fuego o el ácido la pueden dañar»... pero a mí se me hace que ni el fuego ni el ácido, porque de seguro ya habrán probado sus enemigos. Todo probaron, de seguro. Yo mismo la vi cuando reapareció: habían tratado de cortarle la oreja, y la habían golpeao en la mandíbula, y le destrozaron la nariz, y le quemaron los piesecitos, ¡pobrecita! No sabían sus enemigos — como sabemos nosotros— que los golpes y la quemazón purifican. No han sabido, no sabían, que ella ya había pasado antes la prueba del fuego. Mi patrona —la hermana de ella—, que me dice «compañera», me contó un milagro de juventud. Estaban las dos una mañana jugando en la cocina, hace muy muchos años, cuando la Señora tenía sólo doce...

—¿Oíste? No sabe que «muy» es apócope de «mucho» —le dije a Eligia por lo bajo. En esos tiempos me ganaba la vida corrigiendo para editoriales.

—¡Escucha!

—... jugando golpeó el mango de la sartén que estaba al fuego, y el aceite quemó todo su cuerpo de angelito. Esa mañana tormentaba; por eso estaban jugando en la cocina. Fue tanto el dolor de la quemazón que se quedó muda, en silencio, a la luz de los refucilos. Su hermana creyó que no le había pasao nada. Pero cuando la tocó, retiró la mano como si hubiese tocado una brasa.

La piel ardía. La llevaron al doctor del pueblo. Sin embargo, a pesar de la cencia, su cuerpito de doce años empezó a escurecerse, como si se quemase despacio y por dentro. Quedó convertida en una costra que caminaba, una imagen que metía miedo a los otros chicos. Pero la costra cayó un día como un solo molde, en una pieza, y debajo se vio una piel como nunca nadie vio, una Compañera amasada en el dolor y la quemazón. Asinita fue... ahora, si le promesamos el voto para estas elecciones y ganamos, nos va a milagrar y beneficiar para siempre; va a quedar con su pueblo para siempre, eternamente, que se dice. Y va a ser milagrosísima, esta Señora, muy protectora, porque la necesitamos así.

* * *

Eligia, que había llegado al asado con ánimo muy bueno y un rollo de páginas escritas que sobresalía de su cartera, fue adoptando, a medida que hablaba la anciana, un aire de pasividad desarmada. En los próximos días renunció a ser oradora de barricada. Durante el resto de la campaña electoral se dedicó a tareas de apoyo desde un escritorio en la sede de su partido.

Después de que la alianza ganó las elecciones, rechazó los cargos públicos y prefirió ocuparse de un proyecto internacional de investigación pedagógica. Se trataba de analizar para la Unesco la relación que había entre los estudios que cursaban las mujeres de nuestro país y la oferta laboral. Seleccionó un equipo de universitarios de primer nivel y se instalaron en unas oficinas que facilitó el ministerio de Educación, en la capital nacional. Cuando la tarea quedó terminada, la funcionaria checa que supervisaba el informe por parte de la Unesco, felicitó a todo el equipo y publicó el estudio como modelo para otros similares que se debían realizar en todo el mundo.

Pasaron quince meses. Eligia leyó un día en el diario que la funcionaria internacional estaba de visita en nuestro país. La llamó al hotel y se citaron para ese mismo día. Las acompañé, mientras recorriamos en coche la metrópolis. Nuestra agasajada se asustó un poco cuando vio una manifestación de personas haciendo tronar sus bombos, pero le explicamos que era una característica típica de la vida política local. Se tranquilizó y tomó varias fotos, paladeando por anticipado la sensación que causarían a su regreso.

Más tarde nos sentamos en una confitería. Hablaron de compras y también de educación. Cuando el hielo quedó derretido en varias tazas de té y dos fuentes de masas, la funcionaria quiso sacarse de encima un enigma que la intrigaba.

—Hay una cosa que no entiendo. Tres meses después de terminar su trabajo, se produjo una vacante en la jerarquía de la Unesco. Envié dos cartas a su ministerio para pedirles su *curriculum*, pero a la primera carta no me contestaron y a la segunda me llegó el *curriculum* de una maestra de jardín de infantes, de veintitrés años. Aquí la tiene.

Eligia hizo una pausa larga. Un trabajo en la Unesco era sin duda su sueño favorito:

—No sé qué decir.

Era una carta con membrete de nuestro ministerio de Educación y los datos personales de una maestra que solicitaba el cargo. Al título de maestra jardinera había sumado algunos puntos por cursos sobre primeros auxilios y labores manuales. Eligia reconoció el nombre de la empleada a cargo de distribuir la correspondencia en el ministerio. La conclusión obvia era que la joven había abierto la carta de la Unesco dirigida a Eligia, después de que ésta dejó de trabajar en el ministerio, le había gustado el puesto, y se había postulado sin que se lo pidiesen.

Después de este episodio, disminuyó su ritmo de actividades y se dedicó a terminar sus tratamientos médicos. Uno de los últimos detalles fue la extirpación de los folículos del reverso del párpado en muchas sesiones, porque algunas raíces esquivaban la electrocución, y renacían con molesta tenacidad. Eligia ponía más cuidado en estas depilaciones que en otras cirugías más importantes. Cuando los médicos estuvieron seguros de que no quedaban rastros de vello, le anunciaron el fin de su tratamiento. Había pasado un año en su país, con los injertos de urgencia; veinte meses en Italia, con el profesor Calcaterra; y más de doce años de regreso, puliendo en la medida de lo posible lo que el profesor había iniciado. Finalmente, todos los doctores estuvieron de acuerdo: no tenía sentido buscar la perfección, había que poner fin a una serie que —si se tenían en cuenta las posibilidades de la ciencia— era infinita.

Durante un par de años, se dedicó a administrar un campo y visitar amigas en las estancias más apartadas de la llanura. Casi todas eran docentes, pero si Eligia las acompañaba a sus escuelas, un silencio de miradas cundía entre los alumnos.

Una tarde de octubre del 78 me mostró un álbum de fotos de sus tiempos de funcionaria, antes de que la vitriolase Arón. El fotógrafo la había captado en un acto escolar, mientras izaba la bandera o decía alguno de sus discursos con datos. En la imagen se la veía feliz. Me preguntó con angustia:

—¿Qué hago con todo esto?

No supe contestarle. Estábamos en la misma biblioteca en la que Arón le arrojó el ácido y donde yo escribo ahora. Los viejos sillones Luis XVI han sido sustituidos, pero todavía brillan las lacas negras y guindas del escritorio chinesco y el cofre sobre la mesita. Yo sé que debajo de la alfombra nueva y de mala calidad, quedan algunas manchas de ácido en las tablas del piso.

—¿Y con esto?

Abrió el cofre, en el que había guardado recuerdos suyos, como las cartas que le enviaron nuestros familiares a Italia. También estaban amontonados allí (a pesar de que había lugar en los estantes de la biblioteca, porque yo vendí los ejemplares pornográficos franceses de Arón apenas volvimos de Milán, pero ella no había colocado en su lugar los pesados tomos de pedagogía e historia) algunos de los libros y revistas que le había leído doce años atrás, incluida la publicación de historia con el texto sobre un combate del remoto pasado. Sueltas entre los libros, se ajaban una foto de la iglesia de Santa María en el Paraíso que veíamos desde nuestra ventana en Italia, servilletas de papel con el membrete de la clínica, recetas del profesor Calcaterra, y una estampita con la imagen de la Madonnina, la Virgen dorada que remata el duomo de Milán, que le había dado en Italia el sacerdote del sanatorio.

Nunca imaginé que hubiese adoptado una actitud tan sentimental respecto de aquellos tiempos. Era el mismo cofre en el que Arón había guardado las composiciones del colegio de sus hijos. Traté de remover el contenido. Vi abajo los viejos papeles que había dejado Arón; más arriba los que agregó Eligia. Muchos de ellos se referían a sus hijos. Casi en la superficie nadaba un *paper* de un congreso de literatura en el que yo había presentado un trabajo sobre la imposibilidad de la lírica en nuestros tiempos. Había sido un intento vano por conseguir un puesto de auxiliar en una cátedra, a pesar de que no tenía título universitario. Mis monografías fueron recibidas con sorna por los profesores jóvenes, que me aseguraban que mis puntos de vista estaban pasados de época.

—¿Qué hago con esto? —insistió mostrándome el cofre abierto. No supe contestarle.

Al día siguiente saltó de la ventana de su departamento, que había sido también el de Arón, pero en el que nunca vivieron juntos. La trayectoria de su caída fue de este a oeste, en dirección a la cúpula detrás de la cual se pone el sol.

XI

Precisamente en la universidad, mientras terminaba mi adscripción, me reencontré un mes después, en noviembre del 78, con un licenciado al que ya había conocido en las redacciones y editoriales. Me comentó que estaba interesado en Arón Gageac y sus novelas. Nos sentamos en el bar de la universidad, silencioso y cuidadosamente pintado.

Era joven, de apenas cuarenta años, pero tenía el aire seguro y campechano que tanto envidiaba yo a mis compatriotas, sin poder imitarlo nunca.

—¿No te acordás de mí? —me preguntó—. Yo trabajaba en la Editorial de Mayo, cuando vos corregías los fascículos de cocina. ¿No te acordás? Eras famoso porque corregías en pedo y sin embargo no se te escapaba nada.

—Modestamente, soy un profesional.

—Una cosa es la fama y otra la realidad. En esa colección de recetas te olvidabas de controlar que todos los ingredientes de la lista figurasen después en el texto que explicaba cómo preparar el plato. Cuando vos ya habías terminado el trabajo y salieron a la venta los fascículos, empezaron a llamarnos las abuelas preguntando «¿qué hago con los trescientos gramos de atún?» o «¿dónde meto los cuatro rabanitos cortados en rodajas finas?». Errores de ortografía, no había, pero la sintaxis culinaria tenía cada agujero...

—Necesitaba trabajar.

—No hace falta que me lo digas a mí. En las recetas te armaste un lío con los garbanzos, las habas, las judías, los porotos, las lentejas, las habichuelas, las arvejas... ¿Pero para vos es todo lo mismo?

—¿No son más o menos lo mismo? Todavía hoy no sé distinguir... Eso sí, conozco todos los nombres. Te olvidas del guisante, el frijol, la alubia, la judía negra, el caragilate, la algarrobilla y unas cincuenta más, pero como en mi diccionario dice siempre lo mismo: «Planta herbácea leguminosa, que produce un fruto esférico y comestible, en vaina. / Semilla de esta planta», ¿cómo querés que las diferencie?

Al advertir que la dirección de la charla no me resultaba cómoda, ensayé un contraataque.

—¿Me querés decir para qué te interesas por esas novelas pornográficas con tramas que parecen de ópera? ¿Te crees que te las van a dejar publicar en estos tiempos?
—El General había muerto y los militares tomaron otra vez el poder.

—Habrán sido pornográficas cuarenta años atrás, pero ya cambiaron los sistemas de lectura, la recepción de los textos. En cuanto a estos tiempos —bajó la voz— también van a cambiar... A mí no me interesa la técnica literaria pura, sino los significados sociosemióticos del texto. El narrador, en las novelas de Arón Gageac, no es más que otro objeto textual, usado como referente del sujeto de la escritura. Éste, en su candor semántico, recoge una serie de signos literarios de su extratexto y los traspasa al texto casi sin transcodificarlos, salvo la sublimación de sus propias tendencias... En el caso de Gageac, la sublimación produce ideales, en los primeros libros... y resentimientos, principalmente en el último, el del año de su muerte.

—No lo leí. ¿Qué tal es?

—Es... malo —vaciló antes de agregar unas palabras que en definitiva no salieron de sus labios.

Continuó con sus reflexiones, como si los tecnicismos lo protegiesen de algún momento incómodo: «Si tomamos el primer período de su obra literaria, que coincide con los primeros pasos del autor en la acción política, podríamos aplicar algunas nociones de la crítica actual sobre los novelistas de la década del treinta, según las cuales el análisis de los personajes revela la decepción porque el mundo en aquellos años no había progresado en la manera utópica que esperaban estos autores. Ya sabes, la crisis del 30 y todo eso... La degradación de los personajes en esa década, refleja la degradación de los autores. Ambos —personajes y autores— abandonan el prestigioso status de héroes que habían conquistado apenas quince o veinte años atrás y lo truecan por una soledad enfermiza desprendida de todos sus valores, que están en ruinas. Con estos escombros construyen un ego que se alimenta de metalogismos completamente personales. En el caso de Gageac, su elevada posición económica determinó que este derrumbe del ego se produjese en un campo social y en un período en el que esos privilegiados sujetos de la enunciación del discurso de poder que eran los bacanes, volvían con todos sus privilegios. Pero en Gageac, ya sea por propia voluntad o por optación execrativa de los miembros de su clase...».

—¿Cómo? —pregunté confundido.

—... quiero decir que, o mandó a la mierda a sus amigos de clase social de los

clubes paquetes, o sus amigos lo mandaron a la mierda a él... La autoexclusión de la clase social alta que hace Gageac es única en este país tan cholulo y trepador, de manera que su caso resulta interesante para la sociología... —El licenciado vaciló, me miró a los ojos, y prosiguió—: ...En el plano diacrónico, considerando su evolución, el interés es más psiquiátrico que sociológico. El hecho de que su último libro lo haya ilustrado un pintor que después trató de asesinar al Papa, demuestra precisamente el poder de convocatoria paranoide, subconsciente e iconoclasta hasta el absoluto, de los resentimientos de Gageac, que son una advertencia sobre la dirección que estaba tomando el país. En él se manifiestan como resentimientos contra su propia clase, durante su actuación política en los treinta, y se proyectan hasta poco antes de su muerte, en los años sesenta, cuando afloran ya sin ropaje ideológico, el autor convertido en emisor de resentimiento y provocación contra todo ideal que camina. Es el fracaso de los grandes discursos y de la razón universal del Iluminismo...

—Perdón... ¿qué es un «emisor»?

—Tiene un sentido un poco más amplio que el de «enunciador».

—¿O sea?...

—Mira, si te movés con Austin, es algo cercano a «locutor», que se opone a «alocutorio» y «delocutorio».

—No conozco a Austin.

—Bueno... tendrías que conocer las categorías actanciales. En este terreno se podría hablar de «destinador», el que da las cartas...

—¿Dar las cartas es bueno o malo?

—¿Bueno? ¿Malo? No me digas que todavía te manejas con esas oposiciones. Hablas como si creyeses en el sujeto, el conocimiento y la ética. ¿No serás un idealista?

—¡No...! Si de Kant no entiendo nada...

—O peor... ¿No serás un humanista, vos? ¿No? —me miró con un poco de lástima.

—No... ¡Qué voy a ser...! Si no pude terminar mis Humanidades... Si le hubiese hecho caso a mi vieja... ¡Sabes los laburos que me perdí por no conocer latín!... Estaría bien forrado y a miles de kilómetros del famoso Aron Gageac y todas sus «emisiones»...

—Lo que yo necesito —me dijo el licenciado— es un poco de información

objetiva. ¿No sabes si aparecieron críticas a sus libros en las secciones literarias de los diarios de la época?

—No aparecieron, ni para destrozarlo. Le hicieron la cruz en los círculos literarios: contrera y traidor de clase. No te olvides que el hijo de nuestro poeta nacional fue jefe de policía en aquellos tiempos. Cuando asumió el cargo, Arón estaba preso porque había organizado alguna chirinada; a uno de los primeros que se encargó de fajarlo personalmente fue a él. ¡Qué dúo! ¿No?

—¿Qué amigos de Gageac viven?

—Ninguno... Los amigos le duraban semanas, a lo sumo meses. Se puteaba con todos. Al final, quedó casi completamente solo.

—¿No guardas los libros de su biblioteca?

—No. Los que valían algo los vendí... No me mires así, vos sabes que pasé malarias muy feas, semanas enteras a ginebra y arroz, y a veces no me alcanzaba ni siquiera para salchichas. Cuando te toca un viejo que se cree el marqués de Sade y se gasta la guita en construir monumentos a la pasión, terminas a arroz y salchichas... ¿Qué podía hacer? Viví siempre en departamentos de un ambiente. ¿Cómo iba a guardar una biblioteca de regular tamaño, si ni siquiera entraban dos muebles locos?

—¿Cartas? ¿Diarios privados? ¿Manuscritos sin terminar?

—Él quemó mucho papel antes de suicidarse... A propósito... ¿no me podes prestar un ejemplar de ese último libro?

—Mira... No es bueno... Se te va a caer de las manos.

—Quiero echarle una ojeada... por curiosidad.

—El que tenía lo presté.

* * *

LA LOCA DE LA CASA NO SE RINDE: LAS DIFICULTADES DE LA LÍRICA EN LOS TIEMPOS DEL MERCADO

La actitud lírica, que es una de las posibilidades de la existencia del hombre —Goethe la llamaba «especie natural»— ha sido duramente golpeada por la reciente metástasis de los

mercados...

La lírica (¡vamos Wolfgang Kayser todavía!) nace de la fusión del sujeto y el objeto. Esta posibilidad se nos presenta como uno de los senderos existenciales unificadores del ser, junto con la religiosidad, la idiotez o los estados de conciencia artificialmente alterados (en una relación en la que el ensanchamiento de algunos de estos senderos, como los de las alteraciones artificiales o la idiotez, revela la desaparición de otros, como el misticismo o la lírica)...

Como todo lo nuclearmente humano, el trabajo lírico es solitario y por ello, despreciable, en tanto la industria de la cultura no lo procese, tergiversándolo. Este acoso del mercado al corazón del hombre ha sido combatido por los artistas con retiradas estratégicas («la poesía no vende») o creaciones que no dejan ningún producto apropiable (happenings, performances). Las filosofías de hoy asocian lo lírico con la negación de la pluralidad, el elitismo o la irracionalidad. La vacuna es Goethe. El pensador alemán se opuso al arte como voluntad desatada, aun antes de que Schlegel concibiese el Yo absoluto de la irracionalidad romántica. La lírica goetheana nace de una especie particular de saber. Para precisar la naturaleza de ese saber, conviene recordar a Karl Löwith, que destaca dos puntales del pensamiento goetheano: primero, el carácter creador y autónomo del sentimiento lírico está referido siempre a una obra colectiva (la catedral «bárbara» de Estrasburgo o la canción popular) no a un yo panteísta y absoluto; segundo: lo lírico se reconoce en una Naturaleza (en su caso, el Mediterráneo de la Antigüedad), que representa en la visión goetheana el hacer y el padecer del hombre en una unidad perceptible: «al unísono, el hombre capta el mundo desde sí mismo y a sí mismo desde el mundo»...

Lo lírico prescinde de las relaciones sociales, es autosuficiente, se emite y recibe desde la soledad, la intimidad sagrada sólo compartida con lo sagrado; su voz es un silencio cargado de significados negativos: no pretende que el amor se resuelva en sexo, no pretende que la muerte se esconda en el consumo eterno, no pretende que la melancolía se disperse en el turismo. La palabra que pronuncia lo lírico sólo puede palpar los alrededores de su propio núcleo, puesto que la actitud lírica nace sin diálogo, pero lo fundamenta en el límite del silencio y el grito...

El núcleo de lo lírico permanece ajeno al tiempo y la contradicción. Desde su excentricidad, destruye la lógica, la gramática, las racionalidades, puesto que en su carácter de actualización primaria no se rinde nunca a las sistematizaciones...

Aunque los universitarios de hoy no presten atención al fenómeno lírico, los poderosos en la tierra lo reconocen inmediatamente por la capacidad que tiene de reventarles todo el sistema, con créditos y televisor incluidos. Ésta es una característica muy tenaz del género que analizamos, precisamente porque no tiene la intención de reventar nada ni de transgredir, y mucho menos la intención de dominar o venderse. La lírica nunca se fió de la Historia, el Progreso, la Revolución, el Mercado o la Cultura. Realiza el ideal de encontrarnos con la Naturaleza y nuestros semejantes, sin destruirla ni dominarlos. Ninguna de esas palabras con

mayúscula puede decir lo mismo. Solo lo místico ofrece una actitud similar.

Lo lírico se enuncia como una oferta elevada al azar, sin expectativas de recepción. Elude la comunicación de masas y con frecuencia también el yo-tú. Es una oferta sin condiciones, señalada por la predisposición del sujeto y no por el precio del mercado, es una oferta que en lugar de someterse a la demanda, se presenta ante la libertad.

XII

?, ? enero de 1979

Vuelvo al departamento donde vivieron Arón y Eligia pero no Arón con Eligia. Abro las ventanas para disipar los meses de aire encerrado. Los torrentes de calor se pasean por los cuartos. Vine para llevarme los objetos que pertenecieron a Eligia antes de que el departamento se ponga en venta. Remoloneo en la cocina y el comedor, atareándome con vajilla sin importancia. Huelo encierro y humedad, pero no hay olor a alimentos ni especias. Encuentro algunas botellas abiertas de licor barato que Eligia usaba para postre, y una, casi terminada, de whisky, de la misma fuerte marca escocesa que le gustaba a Arón. Como no valen la pena el trabajo de mudarlas, decido tomármelas.

Solo cuando la tarde empieza a declinar y su luz se filtra a través de las ramas secas del balcón que nadie ha regado desde octubre, me animo a entrar en la biblioteca. Ato en paquetes los pocos libros que restan. Finalmente abro el cofre. Debajo del *paper*, en un nivel estratigráfico incierto, que no permite asegurar quién la guardó, encuentro la última novela de Arón.

La devoro mientras termino un licor color granada traslúcido y paso a otro opaco y espeso. El libro es un torrente de resentimiento absoluto. Lo que en los años treinta había sido elogiado como su «capacidad de jugarse entero», terminó, a comienzos de los sesenta, en un grito de rencores estentóreos: odiaba a las mujeres, los deportistas, el Papa, los judíos, los lectores, los yanquis, los revolucionarios, los amigos, los empresarios, los periodistas, las personas prepotentes, las personas serviles, los gitanos, los intelectuales...

Leo: «¿Por qué no negar al hijo engendrado más por curiosidad que por deseo? ¿Qué obligación de amar al nacido? Que carguen ellos con su vergüenza y no yo con su perdón».

Trato de imaginar qué lugar puedo hacerme yo en ese texto y no encuentro

ninguno. Trato, también, de rechazar de plano todo lo que me vincule con esas letras impresas y su autor. La indignación me hace dar un respingo. Releo algunos pasajes: ha ido mucho más allá que los borrachines, ha construido un espacio en el que es imposible reconocer un límite. Abrió un desierto al que no se le ven fronteras, género de mal que ya no necesita ejercitarse en la agresión, porque se ha encerrado en un orbe en el que no cabe lo humano; un mundo narcisista, que se crea a sí mismo, que corta toda relación, toda perspectiva, toda reunificación. Ha elegido mirar hacia el vacío, el grado cero de la esterilidad, producir donde no se produce ni se admite ningún defecto, porque reconocer un defecto supone ya admitir que existe alguna perfección: el grado cero de la esterilidad. Para llegar voluntariamente al desierto, Arón ha desandado su amor por Eligia y su trayectoria política rescatable de los años treinta.

En su vínculo con estos dos temas cruciales —mujeres y política— existe una diferencia. Su agresión a lo femenino se apoyó sobre motivos egoístas. Como todos los hombres de su época se creía superior a cualquier otro en asuntos de mujeres, y desde muy joven se resentía con ellas por no ser el amante exclusivo de todas.

Pero en el plano político, parecía bien encarrilado, altruista... ¿Por qué había concluido atacando todo aquello por lo que había luchado?

Ya sin mucha lucidez, trato yo mismo de esbozar una explicación. Supongo que sus primeras embestidas se originaron en un sentimiento auténtico pero contradictorio con su clase. Al no encontrar en la política el freno de otra voz, como en el amor encontraba el freno de otro cuerpo, se abalanzó sobre los ideales con más ingenuidad que planes. Marchó preso y le pegaron. Conoció el odio; le gustó más que los ideales, y ya no se separó de él. Para colmo, durante los años más duros de la década del treinta fue uno de los pocos que combatió. Cuando pasaron esos tiempos infames, sus propios correligionarios lo evitaban por su carácter violento y no le reconocían ningún mérito. Hasta el viejo Presotto, el padre de Eligia, gobernador de las sierras, lo mandó detener por rumores de que andaba en otra conspiración, y ordenó allanar la estancia que Arón tenía en aquella provincia y secuestrar las doscientas armas que le encontraron escondidas en el casco, en la enorme tumba de «doscientos pies» donde yacía el cadáver destrozado y quemado de su primera esposa —la que había caído durante un raid aéreo— hacia Levante, y hacia Poniente, en la escuelita para el personal, donde Eligia dio sus primeras clases. Apenas salió de esa detención que le infligió el viejo, se casó con la hija de Presotto, que tenía dieciséis años. Así sumó su megalomanía sexual a su resentimiento político. Cuando decidió separarse para siempre, veintiocho años después, escribió antes este libro que tengo entre las manos...

La explicación no me convence mucho; cualquier otra me parecería también insuficiente. Entre el hombre que construía escuelitas y monumentos al amor de más de setenta metros de alto y el que arrojaba ácido a su amada, hay una evolución que no

puedo entender. Mi fracaso por comprenderlo me ata a él.

Una y otra vez se me aparecen asociadas su aberrante caída ideológica con su separación de Eligia y con el ácido que le tiró. «¿Cómo se le puede hacer daño a una mujer indefensa?», me pregunto estupefacto.

Arón había escrito este libro que tengo en mis manos, mientras vivía conmigo, solos los dos. Trato de recordar esos tiempos. Nos hablábamos poco y tomábamos mucho. Yo despreciaba sus escritos, y me esforzaba por diferenciarme de él, pero había compartido voluntariamente la atmósfera insana de ese departamento, y quizá contribuido a ella. Ahora, la opción parece ser, para mí, o parricida de su memoria, o resentido por herencia, sin beneficio de inventario; o vulgar imitador en la copa y el balazo. No debo quedarme solamente en la negación de Arón. Tengo que dar vuelta esta historia.

«¿Cómo pudo hacerle daño a una mujer que lo había querido tanto?», me he preguntado unos minutos antes: como lo había hecho yo, dos veces, en Milán, con Eligia y Dina. La tormenta de Arón jadea dentro de mí. Todas las reflexiones que me he planteado respecto de Arón, valen también para mí. Parece la única puerta que me dejó entreabierta. Comprendo que esa abertura hacia el abismo quedará en mí para el resto de mi vida. No sé qué voy a hacer con ella, pero sobre todo no sé qué va a hacer ella conmigo.

Quiero moverme; ha pasado la medianoche. En una bolsa para la basura, arrojo las cremas para la piel de Eligia y los maquillajes con los que trataba de disimular los injertos. En el fondo del mismo botiquín encuentro las aguas de colonia que habían pertenecido a Arón, reconcentradas en sí mismas después de catorce años de quietud. También están allí todos sus artículos de tocador, tal como él los había dejado, sin que Eligia, durante los doce años que vivió aquí después del suicidio de Arón, ni yo durante mi regreso de ocho meses antes de viajar a Italia, los tocásemos. La máquina de afeitar tiene barbas de la última pasada.

Luego es el turno del dormitorio. Los cajones del ropero guardan las blusas severas de Eligia en la superficie, pero debajo están las camisas amarillentas de Arón, de cuello y puños duros, que ya eran un anacronismo en los sesenta. En los percheros cuelgan los *tailleurs* de ella junto a los trajes cruzados y gangsteriles de él. Eligia no se había desprendido de ninguna de las pertenencias de Arón. Los objetos se habían acomodado juntos durante doce años.

De pronto me golpea una duda, con más fuerza que cualquier certeza. ¿Leyó ella el último libro de él? Comparo fechas. «¡Imposible!», me dije con alivio; había sido impreso pocos días antes de la agresión y nunca fue distribuido, como seguramente

tampoco ocurrirá con este texto si lo descubre el resto de mi familia. Pero no puedo negar que —como las camisas y los trajes en el ropero— el tomo había permanecido en el cofre durante doce años en los que también Eligia guardó allí sus recuerdos de papel. ¿Lo leyó y abominó del texto pero amó al hombre? ¿Qué sentimientos confusos había experimentado? ¿O fue tan sabia que ni siquiera abrió las tapas? ¿Hay candor una vez que se acepta convivir con el mal? ¿Qué terrenos son estos, de los que nunca nadie habla? «Si uno ama sin límites a otro que no lo merece, tarde o temprano, la grandeza de ese amor convertirá al otro en alguien digno de ese amor». ¡No me vengan con sermones! ¿Qué ocurre si «tarde» queda más allá de nuestras vidas y entendimiento? Estoy en el punto exacto en que Dios no es más un sermón y se convierte en una necesidad. Le pido misericordia en su ira inteligente, que lleve a buen puerto mi historia heterogénea y grotesca.

Vuelvo a la biblioteca y salgo a su balcón. Está cubierto de hojas secas. Echo un vistazo hacia la cúpula en sombras y los árboles del centro de manzana. Treinta metros por debajo de mis ojos está el jardín en el que cayó Eligia y se estrellaron las habilidades del profesor Calcaterra. Algunos reflejos permiten ver «damas de noche» y geranios florecidos: sólo fragmentos. Una cadena parece tironear de mí hacia el vacío. Tampoco Arón y o Eligia parecían libres después de sus suicidios. Renuncio, y me invade una sensación rica de posibilidades. Recuerdo un camino libre, de noche, en una colina a miles de kilómetros de esta biblioteca.

Por más injertos, quelonios y colgajos que hubiese sufrido, Eligia (tendría que empezar a llamarla «madre», o algo así como «mamá»; en realidad, es por ahí por donde empiezan todos) siempre halló en Milán algún resto de fuerza para enlazar su dedo con el mío, para tratar de sonreírme sin labios, con esa sonrisa tímida y esforzada que era su única posibilidad de sonreír. Fue en su carne que —me guste o no— Arón me concibió. La interpretación de San Juan, así como la hizo el sacerdote que nos predicó en Milán, está equivocada; no hay carne indiferente. La carne sirve: porta placer o porta sufrimiento. En ambos casos, lleva consigo a otro, un enamorado o un torturador, y comparte con otro su destino. El mal tiene, al fin de cuentas, voluntad, pero también la tiene nuestro tiempo, por insuficiente que sea. Vuelvo a la biblioteca, con sus estantes vacíos.

A los treinta y seis me convenzo de que he malgastado todo. Si doce años atrás se había terminado para mí el tiempo de las metáforas, ahora se termina el tiempo de las excusas. En estos meses recientes no he tropezado con nada vital salvo esta decisión de volver del balcón a la biblioteca desnuda. Lo único que me ha salido al cruce desde el suicidio de Eligia son textos, algunos para consuelo, otros para abrumarme. Mi salud no está a la altura de las esperanzas que traigo del balcón; me aparté demasiado de la vida; vomito todos los días. Tarde o temprano yo también seré sólo un texto; no me queda mucho más por hacer. Escribo estas líneas, y ese frágil impulso de hacerlo es todo lo que

todavía puede llamarse, para mí, «vida» o «acción» o «posibilidades».

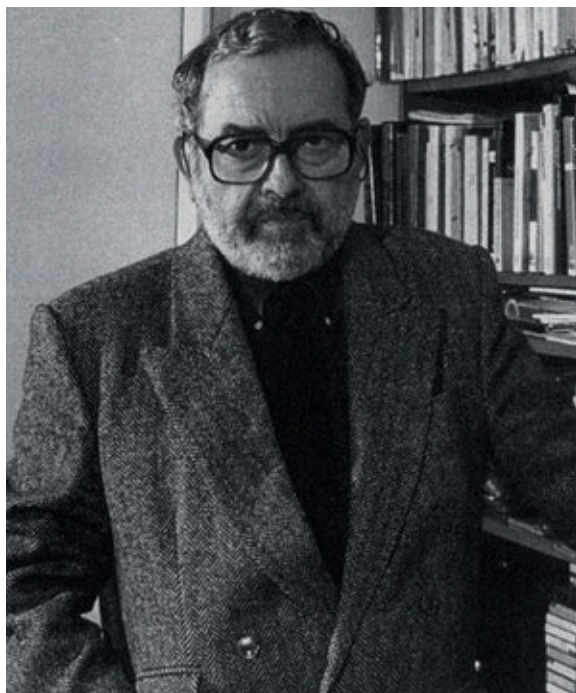
Me instalo en el recuerdo de Dina, como en una carpa. A su manera, se había ocupado de los otros —enamorados o torturadores— o, por lo general, una mezcla confusa de ambos. Se había plegado a los deseos de los que la deseaban; los había acariciado como querían; incluso les había robado, cuando ésa era la conducta que esperaban. Conmigo, había aparecido y desaparecido con una exactitud angélica, siempre tomando mi mano, llevándome y dejándome en el lugar decisivo, para que yo pudiera —si así lo hubiese querido— ponerme en pie y abrazarla. Cuando comprobó que yo no era capaz de retenerla, abandonó su cualidad angélica y fantasmal para amarme: la destrocé. Siento la gravedad de estas imágenes de ella que vuelven a mí después de haber estado calladas tanto tiempo. Me calientan hasta un punto indigno. Es de reconciliación de lo que estoy hablando.

FIN

Fuentes

El cocoliche del alemán, italiano e inglés empleado a ráfagas en el texto no tiene ninguna sistematicidad; simplemente traté de dejar, en español, señales de que se está hablando en otros idiomas, que no domino. Los versos de Goethe pertenecen a la balada «Der Schatzgräber» (El cavador de tesoros). La proclama «¡La hora de la lucha ha llegado!» fue publicada en *Tribuna Libre* el 6 de septiembre de 1933, y reproducida en el libro *Por qué me hice revolucionario* (Raúl Baron Biza, Editorial Campo, Montevideo, 1934). Mis recuerdos de viaje fueron restaurados por *Milano* (Instituto Geográfico DeAgostini, Novara, 1990). Algunos fragmentos del artículo periodístico del capítulo IV han sido sugeridos por «Aquí yace Eva Perón», Buenos Aires, enero de 1966 (en la novela, sólo los párrafos en cursiva siguen textualmente al artículo de la revista *Panorama* N° 32). No existe el libro *The Goddess you will be* que se menciona en el mismo capítulo. El artículo histórico es ficcional, pero algunos episodios, como el del militar obligado a mirar las cabezas de sus compañeros degollados, quedaron vivamente impresos en mi memoria, aunque no recuerdo la fuente. Para la redacción del sermón del capítulo VI consulté principalmente el *Diccionario de Teología* (Louis Bouyer, Desclée, Tournai, 1966, versión en español de Ed. Herder, Barcelona). Las *Oraciones Fúnebres* de Bossuet estuvieron en mi recuerdo. La cita del capítulo IX sobre la «cara del mensajero» pertenece a la madre de Martín Buber, según *La vida de Martín Buber* (Maurice Friedman, Editorial Planeta, Buenos Aires, 1993). Algunos conceptos sobre la cultura hebrea también fueron tomados de esta obra. El epígrafe del capítulo IX pertenece a «Autobiography as De-Facement», en *The Rhetoric of Romanticism* (Paul de Man, Columbia University Press, Nueva York, 1984). Muchas expresiones que pronuncia la anciana criolla en el mismo capítulo las tomé de las recopilaciones de *Leyendas argentinas* (Berta Vidal de Battini, Ed. Culturales, Buenos Aires, 1984) y el *Léxico* (Julio Viggiano Esain, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1969). Las expresiones pertenecen a distintas regiones, de manera que traté de armar unas páginas «pancriollas», sin verosimilitud lingüística. Las citas del capítulo XII pertenecen a *Punto final* y *Todo estaba sucio* (Raúl Baron Biza, Ed. de autor, Buenos Aires, 1941 y 1963, el último con ilustraciones de Benjamín Mendoza). El texto sobre la lírica fue presentado con el mismo nombre que en la novela, en una versión más extensa, en *III Jornadas de Literatura desde la Cultura Popular* (Jorge Baron Biza págs. 238-244, Universidad Nacional de Córdoba, 1996). Tuve que hacer algunas modificaciones para adaptarlo cronológicamente (en la novela, es publicado veinte años antes) e integrar su sentido al de la ficción. La cita en el mismo texto pertenece a *De Hegel a Nietzsche* (Karl Löwith, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1974).

NOTA: Originariamente, fui inscripto en el registro civil como Jorge Baron Biza (Registro Civil de Buenos Aires, 1067, 22 de mayo de 1942). Cada vez que mis padres se separaban, la conciencia feminista de mi madre exigía que se me agregase el Sabattini de su familia. Mi nombre actual es Jorge Baron Sabattini. No sé si «Jorge Baron Biza» debe ser considerado mi otro apellido, mi patronímico, mi seudónimo, mi nombre profesional, o un desafío. (JBB)



JORGE BARON BIZA, nació en 1942 y se suicidó en la ciudad de Córdoba el 9 de septiembre de 2001. *El desierto y su semilla*, su única novela, se publicó en 1998, en una edición pagada por él mismo. Póstumamente, apareció *Por dentro todo está permitido* (2010), una recopilación de su labor periodística.

«Una gran corriente de consuelos afluyó hacia mí cuando se produjo el primer suicidio en la familia. Cuando se desencadenó el segundo, la corriente se convirtió en océano vacilante y sin horizontes. Después del tercero, las personas corren a cerrar la ventana cada vez que entro en una habitación que está a más de tres pisos. En una secuencia como esta quedó atrapada mi soledad.

Por lo demás, nací en 1942, me formé en colegios, bares, redacciones, manicomios y museos de Buenos Aires, Friburgo, Rosario, La Falda, Montevideo, Milán y Nueva York. Leí Mann, traduje Proust. Viví treinta años de mi trabajo como corrector, negro, periodista (desde publicaciones de sanatorios psiquiátricos hasta revistas de alta sociedad) y crítico de arte».

JORGE BARON BIZA